
HARLEQUIN
Deseo™
UNA SITUACIÓN INESPERADA
YVONNE LINDSAY



UNA SITUACIÓN INESPERADA

YVONNE LINDSAY



Editado por Harlequin Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una situación inesperada, n.º 2006 - octubre 2014
Título original: A Father's Secret
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-4884-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo Uno

–¿Qué vas a hacer?

Erin miró a su amiga, que la observaba preocupada, bajó la vista a la carta que tenía en la mano, que había recibido de un bufete de San Francisco, y sacudió la cabeza.

–No sé siquiera qué puedo hacer.

–Tienes que averiguar algo más. Llegado el caso, estarás más preparada para enfrentarte a ello si estás bien informada –le dijo su amiga Sasha con vehemencia–. ¿Qué decía la carta del otro día? Que alguien ha dicho que la clínica de fertilidad cometió un error. No dice que tenga ninguna prueba que lo respalde. Podría no ser más que un empleado insatisfecho que busca problemas.

Erin apartó la carta, fuera del alcance del bebé, sentado en su regazo, y suspiró.

–Bueno, lo que está claro es que hay alguien que lo considera lo bastante plausible como para investigarlo. ¿Y si fuera cierto?, ¿y si las pruebas demuestran que Riley no es hijo de James?

–Tú eres su madre, ¿no? La ley tiene que estar de tu parte; aunque fuera cierto que es hijo de otro, ese hombre no sería más que un donante, que solo puso el esperma.

–¡Sasha! –la reprendió Erin–. No debes hablar así; es evidente que ese hombre y su mujer estaban yendo a la clínica por el mismo motivo que James y yo. Me parece un poco cruel decir que no es más que un donante.

Besó la cabecita de Riley y aspiró su dulce olor de bebé.

Sasha la miró azorada.

–Bueno, sea como sea tú eres su madre. Eso no puede negarlo nadie, así que estoy segura de que quien lleva las de ganar en la custodia eres tú.

Sus palabras no reconfortaron demasiado a Erin, que querría que hubiera algún modo de negarse a que sometieran a Riley a las pruebas de ADN para demostrar quién era su padre: si su difunto marido, James, o un extraño. Todo aquello era una locura. Riley

tenía que ser hijo de James; tenía que serlo.

Se suponía que esa clase de errores no podían ocurrir. James y ella habían decidido probar un tratamiento de fecundación in vitro que los había llevado desde su hogar, a orillas del lago Tahoe, a San Francisco, para llevar a cabo el procedimiento que llevó al nacimiento de Riley, cuatro meses atrás. Nunca habría imaginado que la clínica pudiera cometer un error así, ni que los síntomas, aparentemente de gripe, que había experimentado James unos meses después la fecundación, enmascaraban una infección que le provocaría, dos semanas después del nacimiento de Riley, un fallo cardíaco que se lo llevaría de su lado.

El tener que enfrentarse a todo aquello ella sola la abrumaba. El papel le tembló en la mano y lo dejó en la mesa de la cocina, una mesa que habían usado generaciones y generaciones de la familia Connell. Una mesa que solo podrían seguir usando otros Connell según lo estipulado en el contrato de fideicomiso de la propiedad. Se suponía que esa propiedad pasaría a ser de Riley en caso de que James falleciese, pero si se demostrase que no era hijo suyo, no tendría ningún derecho sobre ella.

Alisó la carta con la mano, deseando no haber ido ese día a la oficina de correos.

Sasha le puso una mano sobre la de ella.

–No te preocupes, Erin –le dijo–. Contesta a esa carta y pídeles más información antes de acceder a que le hagan ninguna prueba a Riley.

–Tienes razón, es lo que debo hacer –asintió ella–. Además, así al menos retrasaré las cosas un poco, ¿no?

–Exacto –Sasha miró el reloj redondo que colgaba de la pared y suspiró–. Bueno, tengo que irme; tengo que recoger a los chicos del colegio –añadió levantándose.

Erin tomó a Riley en brazos y se levantó también.

–Márchate, no te preocupes por mí. Y gracias por venir; de pronto me sentí como si se me hubiese venido el mundo encima.

Después de leer aquella carta Erin se había derrumbado, pero había bastado con una llamada a Sasha para que su amiga lo dejase todo y fuese a su lado. Después de que, en los últimos doce meses todo hubiese cambiado de repente, el apoyo constante de Sasha había sido su salvación.

–¿Para qué están las amigas? Llámame cuando sepas algo más, ¿de acuerdo? –Sasha le dio un abrazo–. ¿A qué hora esperas a ese huésped?

–Hasta las cinco no llegará.

–Bueno, al menos eso te ayudará un poco económicamente. Sigo sin poder creer que James os dejara a Riley y a ti sin nada.

Erin frunció el ceño.

–Hizo lo que pudo, Sash. Ninguno de los dos pensamos que fuera a morir tan joven. Además, entre las facturas médicas por su enfermedad y los gastos añadidos del nacimiento de Riley… en fin, por ahí se nos fue mucho dinero.

–Lo sé; lo siento. Es que es tan injusto…

Erin, a quien de repente se le había hecho un nudo en la garganta, tragó saliva. Sí, era muy injusto. Después de todo por lo que habían pasado juntos… Al notar que la tristeza empezaba a apoderarse de ella, frenó en seco sus pensamientos. Lamentarse por lo ocurrido no solucionaría nada; tenía que luchar por Riley.

Después de acompañar a Sasha a la puerta, le cambió a Riley el pañal antes de darle el pecho y acostarlo en su cuna para que se echara la siesta. Se llevó el receptor del escucha bebés para oírlo si se despertaba y subió al piso de arriba para comprobar la habitación en la que iba a alojar al huésped al que esperaba.

Hacía mucho que nadie se alojaba en Connell Lodge, y ella, que esos días no sabía dónde tenía la cabeza, temía haberse olvidado de algo importante. Pero no, la habitación estaba perfecta, y el sol de la tarde que entraba por las ventanas emplomadas le daban un aire muy acogedor.

Había puesto sábanas limpias; un ramo de rosas del jardín en un jarrón de cristal sobre la cómoda; y el suelo, que había encerado, brillaba. El cuarto de baño estaba impecable, con toallas limpias en el toallero, y el albornoz colgaba de la percha junto a la puerta. Jabón, champú… sí, no faltaba nada.

Además, a petición de su huésped, había convertido la habitación de enfrente en un estudio. Según parecía estaba escribiendo un libro, y le había dicho que durante su estancia quería tener intimidad.

Durante la enfermedad de James habían dejado de admitir huéspedes y les dijeron a los empleados que iban a cerrar, al menos

durante una temporada.

Mientras bajaba las escaleras, se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo a pesar de las preocupaciones. Quizá las cosas estuvieran empezando a mejorar después de todo.

Sam Thornton se bajó del coche y gimió al sentir el dolor, ya familiar, en la cadera y la pierna derecha. El trayecto desde San Francisco no le había sentado nada bien. Se irguió, inspiró, y movió lentamente la pierna para desentumecer los músculos.

–¿Está bien, señor? –le preguntó el chófer, rodeando el vehículo.

–Estoy bien, Ray, gracias. Debería haberte escuchado y haberte dejado que hicieras alguna parada más de camino aquí.

Ray enarcó una ceja.

–¿Está admitiendo que se ha equivocado, señor?

–Ya sabes que sí. Anda, cierra el pico y saca mi equipaje del maletero –le dijo con una sonrisa.

Después de tenerlo tantos años trabajando para él, consideraba a su chófer como un amigo.

Alzó la vista hacia la vieja e imponente casa de campo que se alzaba a unos metros. De dos plantas, los muros de gotelé estaban en buena parte cubiertos por algún tipo de planta trepadora que se veía algo descuidada, como si hiciese tiempo que no la hubiesen podado. De hecho, toda la casa daba la impresión de estar algo descuidada.

Pero no era el estado de la casa lo que le interesaba; estaba allí por un motivo más importante.

–¿Seguro que no quiere que me quede con usted un día o dos, señor? –le preguntó Ray, tendiéndole su maleta y el maletín del ordenador portátil.

–No necesito una niñera –le respondió él con cierta aspereza. Cerró los ojos un momento, irritado consigo mismo, y suspiró–. Perdona, Ray, te lo agradezco, pero no hace falta; estaré bien. Lo que tienes que hacer es irte a ver unos días a tu hija, como habías planeado. Te llamaré si te necesito, aunque espero que no sea necesario.

–Usted manda.

Ray asintió y volvió a subirse al Audi A6. Mientras lo veía

alejarse, Sam supo que no había vuelta atrás. Echó a andar hacia la casa, y justo en ese momento se abrió la puerta y salió al porche una mujer esbelta de pelo castaño y corto.

El detective privado al que había contratado para encontrarla no le había mencionado lo atractiva que era la joven viuda.

–Buenas tardes –lo saludó–. Bienvenido a Connell Lodge. Debe de ser el señor Thornton.

Sam se paró en seco. Aquello no podía estar pasando, se dijo apretando el asa de la maleta. No podía ser que estuviese sintiéndose atraído por aquella mujer. Sin embargo, aunque lo intentó, no pudo reprimir una ráfaga de deseo. Una ola de calor se le estaba extendiendo por todo el cuerpo, y llegó incluso a cierta parte que había ignorado tanto tiempo que hasta había llegado a creer que se había vuelto insensible. Y habría preferido que hubiese seguido así.

–¿Señor?

La mujer estaba mirándolo preocupada. Tenía unos ojos castaños tan profundos que un hombre podría perderse en ellos. Sam se reprendió por pensar esas tonterías. No se sentía atraído por aquella mujer. De ninguna manera.

–Sí, soy Sam Thornton, pero no hace falta que seamos tan formales. Llámame Sam, por favor.

Dio un paso adelante, todavía entumecido por el largo viaje, dejó la maleta en el suelo y le tendió la mano.

–Soy Erin Connell, la dueña de Connell Lodge.

Cuando le estrechó la mano y le subió un cosquilleo por el brazo, Sam supo que aquello era una batalla perdida. Ella carraspeó, nerviosa.

–Pasa, por favor; te enseñaré la habitación.

Erin se volvió y entró delante de él, ofreciéndole una vista excelente de sus femeninas caderas y de su bonito trasero. Los pantalones blancos que llevaba seguramente estarían prohibidos en ciertos países islámicos por cómo se ajustaban a las curvas de su cuerpo.

Apartó la mirada, no sin esfuerzo. Aquello era de locos. Aquella mujer ni siquiera era su tipo, pensó mientras subía la escalera detrás de ella. De hecho, no quería volver a saber nada de mujeres en lo que le quedaba de vida.

–¿Eres extranjero? –inquirió Erin.

Era algo que le preguntaban muy a menudo.

–Soy de Nueva Zelanda, pero llevo viviendo unos ocho años aquí, en Estados Unidos.

–¿En serio? Vaya, siempre he querido visitar Nueva Zelanda. Quizá algún día.

Habían llegado al rellano superior, y Sam se sintió aliviado de no tener ya a la altura de los ojos su sugerente trasero. La siguió por el pasillo enmoquetado hasta una habitación grande y bien iluminada, con unos ventanales que daban a unos jardines. Se veían igual de descuidados que el exterior de la casa. A diferencia del interior, se dijo mirando alrededor.

–Bueno, pues esta es tu habitación –le dijo Erin–. Creo que lo encontrarás todo a tu gusto, pero si necesitas cualquier cosa no dudes en decírmelo.

Su sonrisa vaciló cuando se quedó allí plantado, mirándola como un idiota. Se obligó a emitir un gruñido de aprobación, y debió de ser convincente, porque a ella se le relajaron las facciones.

–Como mencionaste que querías disponer de un despacho, he dispuesto uno justo en la habitación de enfrente. Ven, te lo mostraré.

Sam la siguió al pasillo y entró tras ella en otra habitación, donde no había cama y había un escritorio cerca del ventanal, a través del cual se divisaba el lago y un pequeño embarcadero.

–Pensé que tal vez te gustaría mirar el lago de cuando en cuando mientras trabajas –continuó diciéndole Erin–, para que descanses la vista.

–Gracias.

Ella le respondió con otra sonrisa.

–No hay de qué. Ese es nuestro… bueno, mi objetivo: que los huéspedes estén a gusto –dijo con voz algo trémula–. En fin, te dejaré para que deshagas el equipaje. En el correo que enviaste al hacer la reserva decías que preferías cenar temprano, así que ya tengo la cena preparada. El comedor está justo frente a las escaleras, y junto a la puerta encontrarás el tirador de la campanilla, para que me avises cuando estés listo para que te la sirva.

–Gracias, pero no tienes que tomarte tantas molestias.

–No es molestia –le aseguró ella–; es mi trabajo.

Capítulo Dos

Al bajar la mirada y ver el escucha bebés que llevaba Erin enganchado con una pinza a la cinturilla del pantalón, los ojos de Sam se iluminaron y sintió una punzada en el pecho. Justo en ese momento se oyó el lloriqueo de un bebé. Los ojos se le humedecieron, y tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Se aclaró la garganta y le preguntó:

–¿Tienes un bebé?

–Sí, tiene cuatro meses, pero no debes preocuparte porque vaya a molestarte mientras estés aquí. Vivimos en el piso de abajo y su cuarto está en el otro extremo de la casa. Además, ya duerme toda la noche del tirón, gracias a Dios.

–No pasa nada, no me molesta –replicó él con una sonrisa–. Ve a atenderlo, no quiero entretenerte.

–Gracias –contestó ella antes de salir–. Cuando bajes toca la campanilla y te serviré la cena.

Sam levantó una mano a modo de asentimiento, y la siguió con la mirada mientras abandonaba la habitación.

Se volvió hacia la ventana con un suspiro, y se quedó mirando el lago, con la vana esperanza de que las tranquilas aguas lo llenasen de la calma que tanto hacía que no sentía.

Había pasado ya un año desde la muerte de su esposa, un año de dolor, pérdida y una sensación de culpabilidad que seguía reconcomiéndole por dentro. Lo había sobrellevado con estoicidad; era lo menos que podía hacer teniendo en cuenta que Laura había muerto por su culpa, por culpa de la estúpida decisión que había tomado.

Se había jurado que nunca volvería a tener otra relación. Incluso se había hecho una vasectomía para asegurarse de que no volvería a arruinar la vida de otra persona. Se lo debía a Laura. Hasta ese día aquello no había supuesto un problema, pero la repentina atracción que le había despertado Erin Connell lo había dejado descolocado, y le enfurecía y le asustaba a partes iguales.

Ni siquiera con su esposa la atracción inicial había sido tan intensa, tan instantánea.

Aquello estaba mal, muy mal. Sobre todo teniendo en cuenta que probablemente Erin consideraría imperdonable el motivo por el que había ido allí: para encontrar la manera de reclamar a su hijo.

Erin bajó las escaleras casi corriendo. La llegada del huésped que había estado esperando la había dejado descolocada. Era más joven de lo que había imaginado, y también mucho más atractivo. Se frotó la palma contra la pernera del pantalón de un modo inconsciente, intentando acallar el cosquilleo que sentía en ella desde el momento en que se habían estrechado la mano. Un cosquilleo que se le había extendido por todo el cuerpo cada vez que la había mirado a los ojos.

Al entrar en el cuarto de Riley fue derecha a la cuna, donde el pequeño seguía llorando con los bracitos levantados, pidiendo que le atendiera.

Lo sacó de la cuna y lo meció contra su hombro, arrullándolo para que se calmara.

–Eh… no llores más, anda –le susurró–. ¿Qué tal la siesta? No has dormido mucho. ¿Te ha despertado nuestro huésped? ¿Te has enfurruñado porque creías que estabas perdiéndote algo?

Llevó a Riley al cambiador, le quitó el pañal y le puso uno nuevo con destreza. Mientras se lo cambiaba, siguió hablándole.

–Claro que no te culpo por querer conocer a nuestro huésped, ¿sabes? No está nada mal, y no es que me interese ni nada de eso, ¿eh? Solo hay un hombre en mi vida –se inclinó para hacerle una pedorreta en la barriguita–. ¡Y eres tú!

Riley prorrumpió en risitas y Erin lo levantó del cambiador, diciéndose que tenía que centrarse en su hijo, por mucho que la hubiese deslumbrado el huésped. Por los educados correos que habían cruzado para hacer la reserva, había esperado a un hombre más mayor, a un hombre… poco interesante, no a un tipo endiabladamente sexy.

Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba muy corto. Tenía arrugas en la frente y en las comisuras de los labios que sugerían que se reía a menudo, y sus ojos grises eran hipnóticos. Tenía una mirada que

parecía que podría, si quisiese, penetrar hasta su alma.

No podía dejarse llevar por esa atracción; por mucho que hiciese una eternidad de la última vez que un hombre la había hecho sentirse así, tan mujer.

Fue a la cocina y sentó a Riley en la hamaquita que tenía siempre sobre la mesa, para poder tenerlo vigilado mientras hacía sus cosas. Ajustó el móvil de juguete que tenía la hamaquita a un lado, así Riley podía alcanzarlo y entretenerse, y se puso a tararear mientras ponía en una bandeja los condimentos para sazonar el estofado de ternera al vino tinto que había preparado para la cena y que tenía calentándose en el horno. Para acompañarlo había hecho puré de patatas y una ensalada.

Quizá fuese demasiado para una cena, pensó de pronto, quizá el huésped prefiriese algo más frugal. Bueno, si no le parecía bien, que se quejase al gerente, se respondió con humor. Ahora era ella la gerente, la cocinera, quien se encargaba de arreglar las habitaciones… Estar sola al frente del negocio a veces resultaba un poco estresante, pero sentía pasión por Connell Lodge.

Diez años antes, cuando había una plantilla numerosa y no faltaban huéspedes ni en temporada baja, llegó allí para hacer una entrevista de trabajo y la contrataron. Había llegado sin nada y se había enamorado, había formado una familia y había encontrado su sitio en el mundo. Y ahora, diez años después, estaba a punto de perder su hogar por la presunción de un extraño de que Riley no era hijo de James, su marido.

Lo que necesitaba era el consejo de un abogado. Pero los abogados cobraban unos honorarios que no podía pagar. De pronto un nombre le acudió a la mente: Janet Morin. Había conocido a Janet en las clases de preparación al parto, y le había dicho que tenía intención de volver a su trabajo a tiempo parcial como abogada unos meses después de que naciera su hija. Tal vez ella pudiera ayudarla, o al menos aconsejarla.

Riley escogió ese momento para golpearse la nariz con uno de los muñecos del móvil que había agarrado con la manita, y rompió a llorar. Erin le desabrochó las correas, lo levantó de la hamaca y lo tomó en brazos.

–Shhh… venga, Riley, no llores –murmuró Erin dándole besitos.

Nada, no había manera, y por experiencia sabía que solo había

una manera de calmarlo. Se sentó en una silla, se desabrochó la blusa y le ofreció el pecho a Riley, que lo succionó con gusto mientras ella le secaba las lágrimas con el pulgar.

–Ay, Riley, este no es buen momento para que te entre una rabieta, ¿sabes? Nuestro huésped bajará en cualquier momento para cenar.

–No tengo prisa, puedo esperar.

Aquella voz la sobresaltó, y se apresuró a taparse como pudo.

–Perdón –balbució sonrojándose–, no he oído la campanilla.

–Es que no he llamado –contestó él entrando en la cocina. Se acercó a la mesa y sacó una silla–. He ido al comedor y, aunque es muy bonito, no me atrae demasiado la idea de cenar allí solo. ¿Te importaría que comiese aquí, contigo?

¿Que si le importaba? Una parte de ella quería gritar: «¡Pues claro que me importa!», pero la pregunta casi había sonado como una súplica, y había advertido en su voz un matiz de soledad que la hizo ablandarse. ¿Explicaría eso sus ojeras?, ¿el cansancio en su apuesto rostro?

–No, claro que no –contestó con la mayor naturalidad posible–. Perdona que esté… es que Riley ha empezado a llorar de repente y parece que tiene hambre. A lo mejor es que va a pegar otro estirón.

–¿Riley? ¿Es así como se llama?

A Erin le pareció advertir un matiz de melancolía en su voz, pero se dijo que debían ser imaginaciones suyas.

–Ese es su nombre –contestó, apresurándose a taparse cuando Riley soltó su pezón y giró la cabecita para sonreír al recién llegado–: Riley James Connell.

–¿Puedo tomarlo en brazos?

Erin no pudo disimular su extrañeza. ¿Quería tomar en brazos a Riley? La mayoría de los hombres salían corriendo al ver a un bebé, y no querían saber nada de niños hasta que no sabían ir al baño solitos y empezaban a hablar. De hecho, su difunto marido había sido uno de ellos.

–Claro, aunque primero tengo que hacer que eche los gases –respondió abrochándose la blusa con una mano, e irguiendo a Riley en su regazo con la otra.

–Puedo hacerlo yo –dijo Sam.

–¿Lo has hecho antes? –inquirió ella sorprendida.

–No, pero no creo que sea tan difícil, ¿no?

Aquel hombre no sabía en lo que se estaba metiendo.

–Es que… a veces vomita un poco cuando eructa.

–Bueno, puedo ponerme un paño en el hombro –dijo Sam sin darle importancia–. Es lo que se suele hacer, ¿no?

Erin asintió y se levantó. Sacó un paño de un cajón y se lo dio. Sam se lo puso abierto sobre el hombro y tendió los brazos hacia Riley, que se fue con él tan contento.

–Estará más cómodo si lo sostienes así –dijo Erin, poniendo uno de los brazos de Sam debajo del pañal de Riley–. Y ahora tienes que apoyarlo en tu pecho y frotarle suavemente la espalda.

Sam hizo lo que le decía, y cuando Riley eructó, la expresión de satisfacción de Sam la hizo sonreír.

–¡Vaya, sí que eructa bien este pequeñajo! –dijo mientras continuaba frotándole la espalda.

–Pues eso no es nada –contestó ella riéndose–. Deberías ver lo que puede llegar a echar por abajo.

Sam contrajo el rostro.

–Me lo imagino.

–Voy a terminar de preparar la cena; si quieres puedes volver a poner a Riley en su hamaca –le dijo Erin señalándosela.

–¿Es segura?

–Claro, y me es de gran ayuda. Así yo puedo hacer mis cosas y Riley se entretiene mirándome.

–No te preocupes, no me importa sostenerlo en brazos hasta que vayamos a cenar.

Mientras ponía la mesa, Erin no pudo evitar sentirse extraña. Hacía mucho desde la última vez que había cenado en compañía, antes de que la enfermedad postrara a James en la cama. Apartó aquellos recuerdos de su mente. Bastantes cosas tenía ya en la cabeza como para ponerse triste también.

Sam tragó saliva con dificultad. Se le había hecho un nudo en la garganta de pensar que, por difícil que le resultara creerlo, era probable que el pequeño que tenía en brazos fuera hijo suyo.

Observó a Erin mientras se movía por la cocina. El aroma de la fuente que puso sobre la mesa no le dejó lugar a dudas de que era

una excelente cocinera. Y le daba la impresión de que también era una madre fabulosa.

Al verla dándole el pecho al bebé al entrar en la cocina le había asaltado un torbellino de emociones. Erin alimentaba a su hijo con su propia leche, y aunque era algo perfectamente natural, en ningún momento se había parado a pensar en la dependencia que el pequeño podría tener de ella.

Se preguntó si Laura habría hecho lo mismo, si también le habría dado el pecho a su hijo. Sus discusiones nunca habían llegado a ese punto. Solo les había preocupado que consiguiese quedarse embarazada, y eso los había consumido hasta el extremo de que había quedado excluido prácticamente todo lo demás.

Volvió a sentirse culpable, y se sintió como si estuviese traicionando la memoria de su esposa al estar allí, con aquel niño en brazos, que podría ser hijo de él, pero no de ambos. Si hubiera ido a recoger a Laura aquel día, en vez de atender ese asunto que le había surgido en el trabajo…

–¿Va todo bien?

La voz de Erin lo arrancó de su ensimismamiento, liberándolo de las cadenas del dolor del pasado y devolviéndolo a la calidez de aquella cocina y de su compañía.

–Sí, todo bien. Eso huele de maravilla –dijo señalando la mesa con la cabeza.

–Al hacer la reserva no me indicaste si tenías algún tipo de preferencia en cuanto a la comida, así que espero haber acertado.

Erin tomó a Riley de los brazos de Sam y lo sentó en la hamaca, donde el bebé se puso a jugar con los muñecos del móvil y a balbucear alegremente mientras ellos se sentaban a la mesa.

–Esto está de muerte –dijo Sam, paladeando un trozo de carne–. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

–Pues en buena parte podría decirse que soy autodidacta. Connell Lodge tenía una cocinera cuando llegué, pero prefería las comidas sencillas y sin mucho aderezo. Yo empecé a experimentar con algunos platos, y cuando se jubiló, poco después, James me ofreció su puesto.

–¿Fuiste empleada aquí?

El informe que le había redactado el detective privado no decía nada de eso. Claro que apenas había tenido una semana para

recabar información sobre ella, y ante su insistencia estaba intentando averiguar algo más.

–Al principio sí, hasta que mi marido y yo nos casamos Es un poco cliché, ¿no?, lo de casarte con tu jefe –una sonrisa agridulce le asomó a los labios a Erin.

–¿Pero qué fue lo que te trajo aquí? –inquirió él.

–Envié una solicitud de trabajo para trabajar como doncella. Una de las empleadas se había caído y se había roto una pierna, así que andaban cortos de personal. Vi el anuncio en un periódico local, y me decidí a contestarlo.

–¿Qué hacías antes de venir aquí?

La expresión de ella cambió, y su mirada se volvió algo hostil, como si acabase de robarle su bien más preciado. ¿Y acaso no era eso lo que había ido a hacer allí?, pensó de pronto.

–Un poco de todo –contestó ella, y no dijo nada más.

Era evidente que no le gustaba hablar del pasado. De hecho, tenía la impresión de que estaba ocultándole algo. Ese presentimiento era lo que le había llevado allí. Su intuición era lo que le había llevado a lo más alto en su campo, el desarrollo de software, porque nunca se daba por satisfecho con quedarse en lo superficial y sentía la necesidad de ir más allá.

Estaba decidido a averiguar qué estaba ocultándole Erin, cualquier cosa que pudiese utilizar como arma para conseguir la custodia de su hijo.

Capítulo Tres

Erin cerró con cuidado el sobre dirigido al bufete de San Francisco que representaba al hombre que aseguraba ser el padre de su hijo. Dentro iba la carta que les había escrito, escogiendo cuidadosamente las palabras, solicitándoles la información en la que se sustentase la reivindicación de su cliente antes de acceder a que se le hicieran a Riley las pruebas de ADN.

Rogó para sus adentros que tardasen al menos una semana en recibir su carta, aunque probablemente solo serían unos días.

Por el vigila bebés enganchado en la cinturilla del pantalón oyó el balbuceo feliz de Riley, al que había dejado en la sala de estar, tumbado en su mantita de juegos, mientras iba al despacho a por el sobre.

Se había puesto en contacto con Janet, tal y como había pensado, y tras explicarle brevemente la situación le había dicho que estaría encantada de aconsejarle y que no le cobraría nada, lo cual había sido un alivio enorme para Erin. Habían quedado en que ese día a media mañana se pasaría por su oficina para que hablaran.

Estaba dándose la vuelta para salir, y guardando el sobre en el bolso, cuando se chocó con un muro de sólido músculo –el torso de su huésped, Sam Thornton–, y el bolso se le cayó al suelo, desperdigándose todo lo que contenía.

En su intento por no perder el equilibrio, se encontró plantando las manos en el ancho pecho de Sam, cuya camisa de algodón apenas ocultaba la los músculos que se marcaban debajo. Los fuertes dedos de él la asieron por los brazos, y el masculino aroma de su colonia la envolvió.

La respiración de Erin se tornó entrecortada al mirarlo, y los tempestuosos ojos de él se clavaron en los suyos. Por un segundo tuvo la descabellada impresión de que iba a besarla. Aquel pensamiento la intrigó y la aterró a partes iguales, y no pudo evitar preguntarse cómo sería sentir sus labios sobre los suyos. Pero el momento pasó y la mirada de Sam se volvió fría y distante antes de

que la soltara y diera un paso atrás, apartándose de ella. Debían haber sido imaginaciones suyas. O quizá fuera que se moría por que ocurriese algo entre ellos.

Se obligó a apartar la vista y se agachó al mismo tiempo que él para recoger las cosas del suelo.

–Perdona –le dijo ella con voz ronca–, estaba distraída y no te he visto.

–No, es culpa mía; debería haber llamado antes de entrar aunque la puerta estuviese abierta.

Los largos dedos de Sam tomaron el sobre, y a Erin le pareció verlo vacilar un instante antes de pasárselo. Acabó de guardar las cosas en el bolso y se incorporó, consciente de lo cerca que estaban el uno del otro.

–¿Que-querías algo? –balbució, aspirando una vez más el olor de su colonia antes de dar un paso atrás.

–Necesito imprimir unos documentos –le dijo él–, y estaba preguntándome si tu impresora tiene conexión inalámbrica. Si tienes un CD con los *drivers* podría instalarlos en mi portátil y mandar el documento a la impresora para que los imprima.

Erin sacudió la cabeza.

–Me temo que no va a poder ser; es una impresora antigua. Pero tengo que ir a la ciudad; podría pasar por la tienda de informática donde compro los cartuchos de tinta y comprar una para que la uses arriba.

–¿Y si voy contigo? –le sugirió él–. Puedo comprarla yo mismo. También necesito folios y otras cosas. ¿A qué hora te marchas?

Erin, que no se esperaba aquel cambio de planes, se quedó aturdida un momento antes de mirar su reloj.

–Pues… podríamos salir dentro de una media hora, como a las nueve. Tengo una cita a las diez a la que no puedo llegar tarde, pero si salimos a las nueve me dará tiempo a llevarte antes a la tienda de informática y traerte de vuelta.

–No quiero hacerte ir y venir dos veces. Tú déjame en la tienda y luego te espero en alguna cafetería que haya cerca.

Erin respiró aliviada; no quería llegar tarde a su cita con Janet.

–Claro. Entonces, si te parece, podemos salir un poco más tarde.

–¿Vas a llevarte a Riley?

–No, una amiga va a venir a quedarse con él mientras esté fuera.

Sasha le había asegurado que no era ninguna molestia quedarse con Riley un par de horas, y la había picado, diciéndole que estaba deseando conocer a su huésped. Solo esperaba que su amiga no fuese a avergonzarla delante de Sam cuando llegase y se lo presentase.

–¿Una amiga? ¿Y te fías de dejar a tu hijo con ella? –le dijo Sam en un tono extrañamente áspero, y casi desaprobador.

–¿Que si confío en ella? –Erin se rio–. Por supuesto que sí. La conozco desde hace diez años, y ha criado a tres hijos. El pequeño acaba de empezar el colegio. Sasha es mi mayor apoyo cuando necesito tomarme un descanso o cuando tengo que ir a algún sitio y no puedo llevar a Riley conmigo.

Fuera se oyó el ruido del motor de un coche.

–Debe de ser ella –dijo Erin–; será mejor que vaya a abrir.

Llegó a la puerta antes de que Sasha pudiera llamar al timbre.

–¿Has visto qué puntual llego? –le dijo su amiga con una sonrisa–. Bueno, ¿dónde está mi chico?

Erin le dio un abrazo y se hizo a un lado para que pasara.

–En la sala de estar. Está encantado con esa mantita de juegos que le regalaste. Le das demasiados caprichos.

–¿Para qué están las amigas sino para malcriar a tus hijos? Pero dime, ¿cómo van las cosas con tu atractivo huésped? –le preguntó bajando la voz y subiendo y bajando las cejas–. Quiero que me lo cuentes todo.

Erin se rio.

–No hay nada que contar. Es el huésped perfecto; hasta ahora no se ha quejado de nada.

–¿Y de qué podría tener queja?

Erin se sonrojó al oír aquella voz, y cuando se volvió vio a Sam apoyado en el marco de la puerta de la cocina. ¿Cuánto habría oído de la conversación?

–De nada, espero –respondió con una calma que no sentía por dentro.

–Faltaría más –intervino Sasha–. Ni en un hotel de cinco estrellas estaría mejor que aquí. Hola –saludó a Sam–, soy Sasha Edsell, amiga de Erin.

–Yo soy Sam, Sam Thornton –respondió él, tendiéndole la mano–. Siento interrumpir, pero quería confirmar a qué hora vamos

a salir –le dijo a Erin.

–Sobre las nueve y cuarto, si te parece bien –contestó ella.

Sam asintió.

–Estupendo, gracias –dijo–. Un placer, Sasha –le dijo a su amiga.

Se excusó y subió a prepararse, dejándolas a solas. Erin frunció el ceño extrañada. Casi parecía que hubiese salido al vestíbulo para ver a su amiga, como si no la hubiese creído cuando le había dicho que era de confianza y que se quedaba tranquila dejando con ella a su hijo.

Sasha, tan teatral como siempre, se abanicó el rostro con la mano.

–¡Madre mía! No exagerabas cuando dijiste que era guapo. Y no te culpo por llevarlo contigo hoy a la ciudad; si lo dejases aquí tendría que contenerme para no arrojarme sobre él.

–¡Sasha, por favor! –Erin le chistó, llevándose un dedo a los labios. Sin embargo, no pudo reprimir una sonrisa–. Además, ¿qué diría Tony si se enterase?

Naturalmente solo era una broma. Sabía que su amiga, que era muy feliz en su matrimonio, jamás le sería infiel a su marido.

–¿Y cómo es que te llevas a don guaperas contigo a la ciudad? –le preguntó Sasha cuando entraron en la sala de estar y tomó a Riley en brazos.

–Necesita comprar unas cosas en la tienda de informática. Está justo frente al edificio donde tiene su despacho Janet.

–¿No te resulta familiar? –le preguntó Sasha–. A mí me parece como si lo hubiese antes, pero no consigo recordar dónde.

–¿Familiar? No. A lo mejor has visto su foto en algún periódico. Por lo que tengo entendido es un empresario importante que se está tomando un periodo sabático para escribir un libro.

–Umm… Puede que tengas razón. Bueno, será mejor que nos dejemos de cháchara y vayas a prepararte –la instó su amiga–. Y por Riley no tienes que preocuparte.

–Gracias, Sash.

–De nada.

* * *

Los dedos de Sam tamborileaban sobre el escritorio del estudio

mientras observaba las tranquilas aguas del lago, preguntándose qué habría escrito Erin en aquella carta que le había enviado a sus abogados.

Sabía exactamente qué decía la que le habían enviado antes a ella, y a esas alturas había pensado que ya habría recibido una llamada del bufete para informarle de cuál había sido su respuesta. El saber que se había tomado su tiempo para contestar a los abogados, y que lo había hecho por carta, cuando podía haberles telefoneado o enviarles un correo, había hecho que le hirviese la sangre en las venas.

Se preguntó si no le importaba que Riley pudiese tener un padre que estuviese vivo, un hombre que querría ser parte de su vida, igual que ella. Por no mencionar que, si los resultados de ADN demostrasen que era el padre, tenía todo el derecho a formar parte de su vida. Y allí estaba ella, demorando los trámites legales para aclarar las cosas.

Bastaría con tomar una muestra de mucosa bucal para hacerle las pruebas de ADN. Él ya había ido al laboratorio para que se las hicieran, y aquella espera se le estaba haciendo interminable.

Se había planteado incluso tomar esa muestra a espaldas de ella, cuando el pequeño estuviese solo en su cuarto o en la sala de estar, pero tenía la sospecha de que un juez no aceptaría aquello como una prueba legal, y que obrar así no le daría puntos precisamente para conseguir la custodia.

Apretó los puños, lleno de frustración. Su abogado le había advertido de que aquel proceso podría llevar bastante tiempo, y en parte esa había sido la razón por la que había contratado a un detective privado para que la encontrara y la investigara, y la razón por la que había ido allí.

La paciencia nunca había sido su fuerte. Quería resultados, y para conseguir resultados en la vida uno no podía sentarse a esperar. El problema era que en aquella cuestión no le quedaba más que esperar, pensó, y al mirar su reloj de pulsera se dio cuenta de que ya era hora de que bajase.

Erin estaba esperándolo en el vestíbulo, y como cada vez que la miraba, en ese momento sintió una vez más aquella fuerte atracción que despertaba en él. Y es que estaba de lo más tentadora…

Se había cambiado los vaqueros y la blusa por un sencillo

vestido azul marino con cuello de barco que dejaba sus gráciles brazos al descubierto. Se le secó la boca solo de imaginarse trazando con la lengua sus delicadas clavículas.

Tragó saliva y apartó la vista para contenerse y no recorrer el resto de su cuerpo con la mirada.

–Bueno, ¿nos vamos? –dijo abriendo la puerta.

–Me has quitado las palabras de la boca.

Salieron y fueron hasta donde estaba aparcado el coche de Erin. Era un monovolumen con tracción en las cuatro ruedas, como el coche con el que él había tenido el accidente. Hasta era del mismo color.

De pronto, fue como si un puño helado le estrujara el corazón, haciéndole imposible respirar. No se había vuelto a poner al volante de un coche desde aquel aciago día.

De hecho, desde entonces, cada vez que había tenido que ir en coche a algún sitio solo lo había hecho con su chófer, Ray, al volante. Y aun así le había llevado varios meses calmarse lo suficiente como para poder sentarse en el asiento del copiloto.

Un sudor frío le recorrió la espalda. Pedirle a Erin que le dejara ir a la ciudad con ella había sido una idea estúpida. No sabía si era una buena conductora. ¿Y si fuese de esas personas a las que les daba por correr al ponerse al volante?

Erin, ajena a sus pensamientos, le sonrió y le tendió las llaves:

–¿Quieres conducir tú?

–¡Ni hablar! –casi rugió él.

Su repentino estallido pareció aturdir a Erin por un momento, pero luego dejó caer la mano y rodeó el vehículo para sentarse al volante.

Sam se obligó a dar un paso hacia la puerta del copiloto. Le temblaba la mano cuando la alargó hacia la manecilla y tiró de ella para abrir la puerta. No debería haberle pedido que le dejara ir con ella. Debería haberse quedado en su habitación y haber continuado trabajando. Pero ahora no podía echarse atrás. No había llegado donde había llegado en la vida echándose atrás cuando había tenido que hacer frente a un desafío.

Sin saber cómo, se sentó dentro del coche. Nervioso, tiró del cinturón, pero lo hizo con tal fuerza que se activó el mecanismo de seguridad, haciéndole imposible tirar más para poder abrocharlo.

Erin lo miró como si fuera un bicho raro y señalando el cinturón le dijo:

–Tienes que soltarlo un poco para poder tirar más.

Él, sin embargo, hecho como estaba un manojo de nervios, volvió a tirar con demasiada fuerza, con lo cual se activó de nuevo el mecanismo de seguridad.

Para su sorpresa, Erin se inclinó, alargando un brazo por encima de él para alcanzar el cinturón, y al hacerlo puso una mano sobre la de él y su seno se apretó contra su hombro.

–Así, ya está –dijo tirando con cuidado del cinturón para luego abrocharlo–. Ahora ya estás perfectamente seguro.

¿Seguro? En la carretera uno nunca estaba seguro. Bastaba con que un idiota se cruzase en tu camino. Y en su caso él había sido ese idiota, y Laura había pagado el precio de su arrogancia. Se obligó a respirar despacio para intentar relajarse, inspirando por la nariz y expulsando el aire por la boca.

–Gracias –le dijo de un modo abrupto, con los ojos fijos en el parabrisas, frente a él.

Erin puso en marcha el coche y bajó despacio la cuesta hasta la carretera. «Por ahora todo bien», pensó Sam, pero en cuanto tomaron la carretera esa sensación de seguridad se desvaneció.

–¿Cuánto tardaremos en llegar? –le preguntó, y su voz le sonó tensa incluso a él.

–Unos veinticinco minutos –contestó ella, mirando por el retrovisor.

Veinticinco minutos no era mucho, pero a él se le iban a hacer eternos, pensó Sam mientras avanzaban por la serpenteante carretera. Al cabo de un rato tuvo que admitir para sus adentros que Erin era una buena conductora, además de prudente. Casi estaba empezando a relajarse cuando vio cómo un coche se incorporaba a la carretera por un desvío sin esperar.

Reaccionó de forma instintiva, pisando con el pie un freno imaginario y poniéndose tenso. Erin lo miró de reojo, pero por suerte no hizo ningún comentario.

Para cuando llegaron a la ciudad, Sam no podía esperar ni un minuto más para bajarse del coche. Erin aparcó frente a la tienda de informática y se apearon del vehículo.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Erin poniéndole una mano

en el brazo, preocupada.

–Sí, sí, perfectamente –respondió él estoico.

–Hay una cafetería justo ahí –le dijo ella, señalando calle abajo, en la misma acera–. Yo voy aquí al lado, pero si quieres puedo darte mi número de móvil, por si necesitas algo.

–No, en serio, estoy bien. Cuando acabes ven a la cafetería y te invito a un café antes de que volvamos.

–De acuerdo. Pero de todos modos estaré ahí enfrente –reiteró ella señalando un edificio al otro lado de la calle.

En la entrada había un rótulo que decía: «Bufete Morin & Morin». ¿Iba a ver a un abogado? ¿Qué podría significar aquello? ¿Iba a intentar coartar su derecho a averiguar si Riley era su hijo?

Sam sintió que le hervía la sangre mientras la veía alejarse hacia el paso de cebra para cruzar. Cuando hubo entrado en el edificio, sacó el móvil del bolsillo y llamó a su abogado, David Fox.

–Dave –le dijo en cuanto contestó–, quiero que consigas una orden judicial para solicitar la prueba de ADN del bebé, y quiero que lo hagas ya.

–Buenos días a ti también Sam –respondió Dave divertido–. Creía que habíamos quedado en que lo intentaríamos por una vía amistosa, para que la otra parte coopere de forma voluntaria. Para evitar enemistarnos con la que podría ser la madre de tu hijo, más que nada –añadió con sorna.

–Lo sé –Sam resopló, lleno de frustración–, pero es que no quiero seguir esperando. Quiero que se haga esa prueba y quiero tener ya una respuesta.

–Veré qué puedo hacer –contestó el abogado poniéndose serio.

Quizá por fin hubiese entendido que aquello no era un juego para él.

–Bien. Llámame cuando sepas algo.

Colgó y volvió a guardar el teléfono. Si Erin Connell quería pelea, la iba a tener.

Capítulo Cuatro

Cuando la recepcionista llevó a Erin al despacho de Janet, esta, que estaba sentada tras su escritorio, se levantó y le tendió la mano.

–Erin, me alegro de verte. ¿Cómo está Riley?

–De maravilla, gracias. Crece a una velocidad de vértigo –contestó Erin con una sonrisa, estrechándole la mano–. ¿Y Amy, cómo va?

–Igual que tu hijo –contestó Janet riéndose–. A veces me arrepiento de haber vuelto al trabajo tan pronto, pero sé que me habría vuelto loca si me hubiese quedado en casa. Mi marido y yo nos estamos turnando para cuidarla, alternando los días libres, y la verdad es que nos está funcionando bien.

Erin envidiaba que Janet compartiera el cuidado del bebé con su marido, el otro socio del bufete Morin & Morin. Con James nunca habría podido hacer lo mismo. Quince años mayor que ella, era un hombre tradicional en cuanto a los roles del hombre y la mujer.

Janet le pidió que tomara asiento.

–Bueno, por teléfono me explicaste un poco por qué querías mi consejo –le dijo, volviendo a sentarse ella también–, pero voy a necesitar que me des más detalles.

Erin asintió y le explicó los pormenores de la situación en la que se encontraba.

–¿Y la clínica admite su responsabilidad? –le preguntó Janet cuando terminó de hablar.

–No estoy segura, pero tengo entendido que se han visto obligados a cerrar –Erin sacó de su bolso la carta de los abogados del hombre que creía ser el padre de su hijo, y se la tendió–. Esta es la carta que te decía que me enviaron.

Janet la tomó y la leyó detenidamente.

–Bueno, lo que te piden es razonable –comentó, alzando la vista hacia Erin.

–James es el padre de Riley –dijo Erin con firmeza. «Tiene que serlo», añadió para sus adentros con desesperación.

–No tienes más remedio que demostrarlo. A ti misma te conviene averiguarlo cuanto antes. Porque, si resultase que ese hombre de verdad es el padre de Riley, tendrás que prepararte para lo que pueda venir, y cuanto antes mejor.

Erin asintió con pesadumbre.

–De acuerdo.

–Bien, pues vamos a empezar por poner las cosas en claro.

Janet tomó papel y un bolígrafo, y empezó a hacerle preguntas a Erin, que esta fue respondiendo lo mejor que pudo, incluyendo las referentes a la posibilidad de que tuviera que compartir la custodia de Riley. La sola idea la aterraba.

Una hora después Erin salía del bufete, deseando que fuese tan fácil dejar atrás el temor que la atenazaba como el edificio. Al menos ahora tenía el consuelo de que Janet iba a tomar las medidas necesarias para protegerlos a ella y a su hijo.

Aunque Janet se había mostrado de acuerdo con que solicitar más información a los abogados de la otra parte sería una manera de ralentizar las cosas, le había dicho que sería mejor y que tendría más peso si lo hiciera ella, como su abogada. También le había recomendado que intentase demostrar por su cuenta que Riley era hijo de James.

El problema era que aquello entrañaba ciertas dificultades. Janet había llamado a un laboratorio para que le enviasen por mensajería urgente a Erin un estuche para la prueba de ADN, que le llegaría al día siguiente.

Le habían dicho que bastaría con que les enviase un pelo de James, o incluso su cepillo de dientes, y con que recogiese una muestra del carrillo de Riley con uno de los bastoncillos que se incluían en el estuche. Eso sería suficiente para que pudiesen analizar las muestras y extraer el ADN que les diría si eran padre e hijo.

Tomar una muestra de Riley no supondría ningún problema, pero encontrar algún objeto que pudiese tener una muestra orgánica de James… eso era harina de otro costal. Cuando James supo que estaba muriéndose, le había dicho que no quería que se aferrara a sus objetos personales. Por eso, respetando su voluntad, después de su muerte había donado su ropa a un albergue, y había entregado sus posesiones a sus amigos, tal y como le había pedido.

Sus objetos más personales los había guardado en una caja para dárselos a Riley cuando creciese y empezase a preguntar por su padre. Sin embargo, aunque abriese esa caja, dudaba que fuese a encontrar nada entre sus trofeos y sus álbumes de fotos de lo que se pudiese extraer una muestra de ADN.

Entonces se acordó de un cepillo de ropa con el mango de plata que también había guardado en esa caja. Era una reliquia de familia que había pertenecido en principio a su bisabuelo, el primer propietario de Connell Lodge. No recordaba haber visto nunca a James usándolo para cepillar sus chaquetas, pero tal vez cabía la posibilidad de que lo hubiese hecho alguna vez, y que entre las cerdas se hubiese quedado enganchado algún cabello.

Satisfecha de contar con un punto de partida, se encaminó hacia la cafetería donde le había dicho a Sam que la esperase. Miró su reloj y contrajo el rostro; había tardado bastante más de lo que había pensado que iba a tardar. Esperaba que su huésped fuese un hombre paciente, aunque esa palabra no era la primera que acudía a su mente al pensar en él.

Y la verdad era que pensaba bastante en él. Demasiado. Había invadido sus pensamientos, y también sus horas de sueño. Aquello la tenía desconcertada. No hacía mucho que había enviudado; no debería estar teniendo esa clase de pensamientos. Sin embargo, por más que intentaba luchar contra la atracción que sentía por él, la verdad era que no podía negarla, y que disfrutaba de su compañía.

Había intentado racionalizarlo, diciéndose que lo que le pasaba era que hacía mucho tiempo que no tenía relaciones íntimas y era natural que lo echara de menos. Y, de hecho, durante buena parte de su matrimonio, el sexo con James no la había dejado satisfecha.

Ya habían empezado a distanciarse bastante antes de que lograse quedarse embarazada gracias al procedimiento de fecundación in vitro. Sus repetidos intentos por concebir un hijo habían convertido su matrimonio en un constante cálculo de ciclos de fertilidad y encuentros sexuales a los que se obligaban para intentar que ella se quedase embarazada.

La verdad era que no le extrañaba que dos años atrás James hubiese buscado amor en los brazos de otra mujer. Cuando Erin descubrió su infidelidad, cuando llevaba engañándola casi un año, él le echó toda la culpa a ella. Según él, había destruido la

espontaneidad en su matrimonio con su obsesivo empeño por ser madre. Le había dado a entender que por eso había iniciado aquella aventura, porque era una relación sin complicaciones con alguien que solo buscaba su compañía y no le exigía nada.

Sus palabras se le habían clavado como dagas. Siempre había creído que los dos querían las mismas cosas: crear un hogar estable y una familia juntos. Le había dolido descubrir que sus planes eran tan distintos de los de ella, y que James había roto sus votos matrimoniales con tanta facilidad. Sin embargo, lo había aceptado. Incluso había aceptado que parte de la culpa era suya, por haberse empeñado en tener un hijo, y que eso había acabado minando el ego de James por la imposibilidad de dárselo. Sin embargo, nunca había podido perdonar que hubiese traicionado su confianza.

Él había puesto fin a su aventura cuando lo había descubierto, y justo entonces, por los caprichos del destino, había conseguido quedarse embarazada con la fecundación in vitro. Cuando lo supieron, James le dijo que estaba convencido de que las cosas iban a mejorar entre ellos, sin la presión por ser padres, y ella había querido creerle aunque no conseguía arrancarse la espinita que tenía clavada en el alma por su infidelidad.

Con lo que no habían contado era con que él cayera enfermo. Había pasado de ser un hombre vital y lleno de energía a un hombre que dependía de ella para todo y que no era más que una sombra de lo que había sido.

Apartó aquellos pensamientos de su mente. Todo aquello no justificaba su atracción por Sam. Era un huésped nada más, y se lo recordaría todas las veces que hiciera falta.

Cuando ya estaba llegando a la cafetería, vio que Sam estaba sentado en una de las mesas que había fuera. Él la vio también y la saludó con la mano.

–Perdona que haya tardado tanto –se disculpó al llegar junto a él. Sobre la mesa había un vaso de café, un plato con migas y un periódico abierto–. ¿Quieres que volvamos ya?

Él le dirigió una sonrisa que hizo que se le llenase el estómago de mariposas. ¿Cómo iba a verlo solo como un huésped cuando la hacía sentirse de aquella manera?

–Te había prometido que iba a invitarte a un café, pero si tienes prisa por volver con Riley… –dijo él levantándose del asiento.

–No, no pasa nada –replicó ella–; le di el pecho poco antes de irnos y le dejé un biberón a Sasha, por si acaso.

–¿Cómo quieres el café? Iré a la barra a pedirlo.

–Un capuchino estaría bien, gracias.

Erin se sentó, y Sam regresó al rato con su café.

–Como no sabía si preferirías que le espolvorearan encima cacao en polvo o canela, les he dicho que te pusieran las dos cosas. Espero que esté bien así.

–Es lo que suelo hacer yo –contestó ella con una sonrisa–. Así te ahorras el tener que decidir.

Sam se puso tenso, y palideció de repente.

–¿Estás bien? –inquirió ella preocupada–. ¿He dicho algo malo?

–No, por supuesto que no. Es solo que… me has recordado a alguien al decir eso.

Sam se frotó el muslo con los nudillos. Erin estaba segura de que era algo inconsciente, pero le había visto hacerlo a menudo, y se había fijado en que después su cojera siempre era más pronunciada.

–Te duele la pierna, ¿no? No te molestes en negarlo –le dijo con una sonrisa–. Podemos volver ya, si quieres. Puedo llevarme el café.

–¿Seguro que no te importa?

–No, claro que no. Ya he hecho lo que había venido a hacer –contestó ella poniéndose de pie y tomando el café.

¿Era su imaginación, o se habían endurecido las facciones de Sam al oírle decir eso? No, debían ser imaginaciones suyas. Sam se levantó también, y se agachó para levantar del suelo una bolsa de plástico con el logotipo de la tienda de informática.

–¿Has encontrado lo que buscabas? –le preguntó Erin mientras iban hacia el coche.

–Sí. No es lo último en impresoras, ni nada de eso, pero hará su función.

Cuando llegaron junto al coche, Erin lo vio tensarse de nuevo e inspirar profundamente, como si estuviese intentando armarse de valor para volver a subirse a él.

–¿Tan mal conduzco? –le preguntó de broma ya dentro del coche, mientras él se abrochaba el cinturón, esa vez sin problemas.

–No, es que no soy muy buen pasajero.

–¿Has tenido alguna mala experiencia?

–Un accidente, pero preferiría no hablar de eso –contestó él con

cierta aspereza–. ¿Podemos irnos ya?

–Claro –asintió ella, y puso el coche en marcha.

Debía haber sido un accidente terrible, pensó Erin mientras salían de la ciudad. Cuando llegaron a Connell Lodge, Sam le pidió que le llevase el almuerzo a su estudio, se excusó y subió al piso de arriba.

Erin se sintió aliviada de perderlo de vista un rato, porque de repente se había vuelto frío y distante. A lo mejor era de esas personas que cambiaban de humor sin previo aviso, se dijo. Fuera como fuera, no era asunto suyo, pensó, y fue a sus habitaciones a decirle a Sasha que ya había llegado.

Después de darle las gracias a Sasha de nuevo por quedarse con Riley y acompañarla a la puerta, Erin fue a preparar el almuerzo.

Cuando subió a llevárselo a su huésped, llamó suavemente a la puerta del estudio antes de entrar. Sam estaba sentado frente al portátil, leyendo algo muy concentrado en la pantalla.

–Te traigo el almuerzo –le dijo–; ¿dónde quieres que te lo deje?

Sam le señaló un hueco en el escritorio sin apenas apartar la vista de la pantalla. Erin colocó allí la bandeja, y estaba saliendo ya por la puerta cuando Sam la llamó.

–Erin, ¿puedes volver un momento?

Ella se detuvo y se giró hacia él.

–¿Necesitas algo más?

Sam alzó sus ojos grises hacia ella.

–Perdona que me haya comportado antes de un modo tan brusco. Ha sido muy grosero por mi parte.

–No pasa nada –se apresuró a asegurarle ella.

–Claro que pasa. No suelo comportarme de ese modo. Es que, como te dije, tus palabras me recordaron a algo que mi esposa, mi difunta esposa, solía decir.

–Comprendo –murmuró ella–. Lo siento.

–No –replicó él–. Soy yo quien lo siente. No debería haber reaccionado de ese modo. Si no estás enfadada, ¿podría cenar contigo en la cocina esta noche? Preferiría no cenar solo.

Erin se compadeció de él. Ella tenía la suerte de contar con Riley, que la mantenía ocupada, pero comprendía lo solo que debía

sentirse. Esbozó una sonrisa tímida y respondió:

–Claro que no me importa. ¿A las seis?

Sam asintió.

–A las seis está bien, gracias.

Se hizo un silencio incómodo, y Erin giró la cabeza hacia la impresora que él había comprado esa mañana.

–¿Qué tal va? ¿Funciona sin problemas? –le preguntó.

–Sí, hace lo que se supone que tiene que hacer.

–Bien. Bueno, pues nos vemos luego.

Cuando salió, Erin se sentía aliviada de que Sam se hubiese disculpado y que su comportamiento de antes tuviese una explicación. Ahora lo que debía hacer era concentrarse en encontrar algo que pudiese contener una muestra de ADN de James.

Capítulo Cinco

Cuando Erin se hubo marchado, cerrando la puerta del estudio tras de sí, Sam se pasó un mano por el cabello y resopló. Había pensado que todo aquello iba a ser muy simple –ir a Tahoe, alojarse en Connell Lodge, ver a su hijo–, pero no estaba siendo así.

No se le había ocurrido, ni por un momento, que fuera a sentirse atraído por la madre del bebé, ni que le recordaría a su difunta esposa. Y no era por lo físico, pues Erin, con su corto cabello castaño y su piel morena, no se parecía en nada a Laura, que tenía el cabello rubio y una piel de porcelana. Pero sí se parecían en su forma de ser y en su instinto maternal, y eso era algo que le atraía y le incomodaba al mismo tiempo.

Tras la muerte de Laura se había jurado que no volvería a amar a otra mujer. No solo porque no merecía volver a ser amado, sino también porque no se fiaba de sí mismo. En cada cosa que había hecho en su vida se había esforzado por dar lo mejor de sí mismo, y había dejado el listón bien alto. En cambio, a su esposa le había fallado. En lo más importante había fracasado. Y eso le había costado la vida a Laura.

Durante el tiempo que había pasado ingresado en el hospital, después del accidente, había aceptado con estoicismo el dolor de las heridas que había sufrido, y luego también la agonía de la rehabilitación para volver a caminar. Cada paso tortuoso en su recuperación había sido un justo castigo por lo que había hecho.

Desde hacía más de un año vivía en una oscura angustia en la que solo había penetrado la luz cuando la clínica le había informado de que Riley Connell podía ser en realidad su hijo.

De pronto había sentido que tenía de nuevo un motivo para luchar, por el que vivir, alguien en torno a quien construir un futuro. No podía esperar más. Quería saber la verdad. Necesitaba formar parte de la vida de Riley, de su futuro.

Para cuando bajó a la hora de cenar, había logrado sacudirse de encima el mal humor. Al entrar en la cocina vio a Erin yendo atareada de un lado a otro mientras Riley balbuceaba en su hamaca, observando a su mamá.

Aquella escena hizo que sintiera admiración por ella. No debía ser una tarea fácil criar sola a un niño, no la había oído quejarse.

–Ah, ya estás aquí –dijo al verlo–. Perdona, voy un poco atrasada con la cena.

Parecía distraída y cansada.

–No pasa nada, puedo esperar un poco. Se acercó adonde estaba Riley y se agachó para recoger un juguete que había tirado al suelo.

–¿Por qué no vas al salón y te sientas a ver un rato la tele? –le sugirió Erin.

¿Estaba intentando librarse de él?

–Aquí estoy bien, gracias –respondió–. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

–Sam, eres un huésped; no hace falta que ayudes.

–Bueno, tampoco es que te sobre el personal precisamente –le contestó él con una sonrisa–. Y no me importa echar una mano cuando me sea posible.

Riley volvió a tirar su juguete al suelo y de inmediato empezó a lloriquear. Sam volvió a recogerlo y se lo dio, preguntándose cuántas veces habría hecho aquello en lo que iba de tarde. Bastantes, seguramente, a juzgar por la tensión en los hombros de Erin y su cara de cansancio.

–Perdona –le dijo, secándose las manos en un paño de cocina–, es que ha dormido demasiado esta mañana, cuando estábamos fuera, y antes, cuando he intentado que se echara su siesta de media tarde no había manera de que se durmiera, así que está un poco cansado y gruñón.

Sam se rio.

–Entiendo cómo se siente. ¿Y si lo llevo a pasear un rato por los jardines? ¿Ayudaría a que se calmara?

Una expresión de alivio afloró al rostro de Erin, pero de inmediato la reemplazó otra de culpabilidad.

–No puedo pedirte que hagas eso.

–Me he ofrecido yo –le recordó él.

En los ojos de Erin vio cómo se debatía por dentro,

preguntándose qué debía hacer, y supo que había ganado cuando suspiró y le dijo:

–De acuerdo, iré por el carrito y por su mantita.

Fuera hacía ya un poco de fresco, un recordatorio de que el verano estaba acabándose y pronto llegaría el otoño. El agua del lago estaba tranquila, y los altos árboles que lo rodeaban arrojaban sombras alargadas sobre su superficie. Sam se acuclilló junto al carrito y le señaló a Riley un par de pájaros que pasaron volando, pero ya habían llamado la atención del pequeño.

Sam aprovechó la ocasión para estudiar la carita del bebé con más detalle. No, no se había equivocado. Tenía en la barbilla el hoyuelo que era característico de los hombres de su familia. Riley tenía que ser hijo suyo, lo sabía, lo sentía, y cuando el pequeño giró la cabecita hacia él y le sonrió, el corazón se le encogió de emoción.

–Parece que por fin se ha calmado –dijo la voz de Erin detrás de él.

Sam se irguió y se giró para mirarla mientras iba hacia ellos. A ella también se la veía más calmada; volvía a ser la mujer capaz que había visto en ella desde el día en que había llegado a Connell Lodge.

–Sí, quizá solo necesitaba un cambio de ambiente.

–Se te dan bien los niños. ¿Tienes hijos? –le preguntó Erin.

Sam, a quien de repente se le había hecho un nudo en la garganta, tragó saliva.

–Mi mujer y yo queríamos formar una familia, pero murió antes de que pudiéramos hacerlo.

Sam se preparó mentalmente para lo que sabía que venía a continuación, la misma charla que le echaban sus familiares y amigos, con la mejor intención, sobre que podía conocer a otra mujer y tener hijos. Para su sorpresa, sin embargo, Erin se limitó a decir:

–Debe de ser duro para ti.

–Algunos días son peores y otros mejores, pero voy tirando.

–Igual que yo –Erin suspiró y giró la cabeza hacia el lago.

Sam miró también hacia allí, y sus ojos se posaron en un yate amarrado junto al embarcadero.

–¿Es tuyo? –le preguntó.

Erin asintió.

–Es parte del negocio. Solíamos usarlo para llevar a los huéspedes a pescar, pero no lo he utilizado desde que el padre de Riley enfermó.

Sam sintió un sabor amargo en la boca al oírle decir aquello. Habría querido señalarse a sí mismo, golpeándose el pecho con el pulgar y decirle: «Yo soy el padre de Riley. Yo», pero no podía hacerlo; aún no.

–¿Y piensas volver a hacer uso de él cuando tengas más clientes? –se obligó a preguntar Sam, antes de decir algo de lo que luego pudiera arrepentirse.

–No lo sé; la verdad es que estaba pensando en venderlo –Erin suspiró de nuevo–. Bueno, ¿vamos dentro? La cena está lista.

Sam asintió, y volvieron a la casa.

* * *

Esa noche Erin estaba haciendo su ronda habitual, asegurándose de que todas las ventanas estuviesen bien cerradas antes de acostarse, cuando vio que la luz de la biblioteca estaba encendida.

Asomó la cabeza por la puerta abierta, y sonrió al ver a Sam, que estaba sentado en un sillón de cuero junto al fuego. Tenía un libro en el regazo, pero estaba absorto mirando las llamas, que danzaban en la chimenea.

–¿Todo bien? –le preguntó–. Iba a acostarme ya, pero si necesitas alguna cosa…

–Siéntate un rato conmigo, Erin –le dijo él–, aún es temprano.

Erin vaciló. Sam era un huésped, y se suponía que debía guardar las distancias con él. No quería que las cosas se complicaran, enamorándose de él o algo así. ¿Enamorarse de él? ¿Pero en qué estaba pensando?

Apartó esa idea ridícula de su mente. No era una adolescente enamoradiza; podía controlarse. Por eso, como si quisiera demostrarse que podía mantener a raya la atracción que sentía por aquel hombre, tomó asiento frente a él, en otro sillón orejero junto al fuego.

–¿Es bueno el libro? –le preguntó para romper el silencio que se hizo de pronto entre ellos.

Sam bajó la vista a su regazo, y por un instante casi pareció

sorprendido de encontrar aquel libro sobre sus rodillas, como si no supiese cómo había llegado allí. Se rio y su cálida risa hizo que el estómago de Erin se llenase de mariposas. Debería reírse más a menudo.

–Pues no sabría decirte si es bueno o no. Lo he sacado de una estantería y lo he abierto, pero no he leído nada.

Erin se rio también.

–¿Y ese libro que estás escribiendo?, ¿cómo va?

–Bastante lento. En realidad es un manual sobre desarrollo de software.

–Suena fascinante –bromeó ella.

Sam se rio de nuevo.

–Para los apasionados de la informática como yo lo es, aunque ahora mismo estoy atascado en el Capítulo en el que estoy, así que me he venido aquí a desconectar un poco –dejó escapar un suspiro–. Siempre he escrito en casa, pero ahora… hay demasiados recuerdos.

–¿De tu esposa?

Él asintió.

–Laura.

–Es un nombre bonito.

–Igual que ella; era preciosa. Y habría dado lo que fuera por ser madre, como tú –Sam cerró los ojos un momento y se frotó los párpados–. Me culpo de su muerte, y no es fácil vivir con eso.

A Erin se le cortó el aliento.

–No digas eso, Sam; dudo que fueras responsable de…

–Iba conduciendo cuando otro coche nos embistió de costado –la cortó él en un tono amargo y enfadado–. Fue culpa mía; me salté un semáforo en rojo porque llegábamos tarde a una cita. Y la culpa de que fuéramos tarde era mía también, porque me había entretenido con el trabajo.

Erin no sabía qué decir. ¿Qué podía decirle cuando había expuestos los hechos de un modo tan descarnado?

–Perdona –murmuró Sam. Dejó el libro sobre una mesita alta que había junto a su sillón y se puso de pie frente a la chimenea–. No debería utilizarte para desahogarme.

–No pasa nada.

–Claro que pasa –replicó él–. Me comporté de un modo arrogante, estúpido, temerario –murmuró apretando los puños–. He

intentado asumirlo, asumir las decisiones que tomé ese día.

–¿Y lo consigues?

–Me cuesta mucho. Laura se merecía a alguien mejor que yo. Durante la mayor parte del tiempo que estuvimos casados antepuse mi negocio a nuestro matrimonio, y fue lo que hice ese día. Si hubiera delegado en otra persona y hubiese salido de la oficina a la hora a la que debería haber salido, ella aún estaría viva.

Erin se levantó para ir junto a él, y le puso una mano en el brazo. Bajo sus dedos podía notar sus músculos tensos, tensos de ira hacia sí mismo.

–No digas eso. Cualquier otra cosa podría haberte retrasado ese día.

Sam la miró y esbozó una sonrisa amarga.

–¿Tan fatalista es tu visión de la vida?

Erin sacudió la cabeza.

–Simplemente creo que las cosas suceden porque suceden y ya está. Atormentarse después de que hayan pasado no sirve de nada. No podemos hacer retroceder el tiempo, por más que lo deseemos.

–¿Y qué me dices del futuro? ¿Crees que podemos cambiar lo que va a ocurrir?

Había una nota de desesperación en su voz que hizo que Erin sintiera un impulso de consolarlo, de protegerlo de los demonios que lo atormentaban.

–No lo sé –dijo después de vacilar un instante–. Querría creer que aprendemos de nuestros errores.

–Sí –murmuró él–, yo también quiero creerlo.

Por su tono de voz parecía tan perdido, tan infeliz… Era como si no pensase de verdad lo que había dicho. Sin pensarlo, Erin se puso de puntillas y apretó sus labios contra los de él.

Él dio un respingo, como si hubiese recibido una descarga eléctrica, pero casi al instante notó que empezaba a relajarse.

Sam ladeó la cabeza y respondió al beso, al tiempo que le rodeaba la cintura con los brazos para atraerla hacia sí. Ella se dejó llevar, sin pararse a pensar en que no deberían estar haciendo aquello. Lo único en lo que podía pensar en ese momento era en lo bien que se sentía, y en el exquisito escalofrío que la recorrió cuando Sam abrió la boca para hacer el beso más profundo.

Su cuerpo, largo tiempo dormido, estaba ardiendo de repente.

Subió las manos por los brazos de Sam, sintiendo cómo se distendían los músculos que antes había notado tan tensos.

Cuando él la estrechó con fuerza entre sus brazos, una ráfaga de deseo la sacudió, y supo por la incipiente erección de Sam que él estaba sintiendo lo mismo. Dejó el sentido común a un lado y se apretó contra él.

Su cuerpo rugía, diciendo que lo necesitaba, que necesitaba sus caricias, y cuando él metió las manos por debajo de su camiseta se estremeció de placer. Arqueó la espalda, empujando sus caderas contra las de él, y los labios de Sam abandonaron los suyos para deslizarse por la línea de su mandíbula hasta llegar al cuello. Erin se estremeció de nuevo, y la excitó el roce áspero de su rostro sin afeitar.

Sam la hacía sentirse viva, femenina, deseable. Cuando sus labios iniciaron de nuevo el ascenso por su cuello para tomar otra vez los de ella, jadeó, y abrió la boca para dejar paso a su lengua, que inició una danza frenética con la suya.

Y entonces, de repente, de un modo cruel, el beso terminó. Jadeante y con los ojos brillantes, como un tejado de pizarra mojado por la lluvia, Sam desenganchó las manos de ella de su cuello y dio un paso atrás.

Ella habría querido protestar, alargar los brazos hacia él otra vez, besarlo de nuevo, pero, aturdida como estaba, apenas podía mantener el equilibrio.

–No deberíamos… –comenzó a decir él.

–¡No! No digas que no deberíamos haber hecho esto –le cortó ella con firmeza. Esbozó con dificultad una sonrisa y le dijo–: No hay nada de malo en lo que hemos hecho; los dos lo necesitábamos. Dejémoslo así, ¿quieres?

No podría soportar oírle decir lo contrario, oírle reducir a un error lo que acababan de compartir. Se dio la vuelta y obligó a sus piernas a llevarla hacia la puerta, lejos de él y de la tentación que suponía.

Capítulo Seis

Erin estaba hecha un manojo de nervios cuando llegó a sus habitaciones. Se paseó de un lado a otro de la sala de estar, y finalmente decidió sentarse, antes de hacer un agujero en la alfombra.

Nunca en toda su vida se había comportado de esa forma tan desinhibida, y era algo chocante y excitante a la vez. Ni siquiera en ese momento, al pensar en ello, se arrepentía de lo que había hecho. Pero… ¿y Sam?

No le había gustado oírle decir que no deberían haber hecho lo que habían hecho, pero sus palabras aún resonaban en su mente. Quizá hubiera estado mal; quizá se había aprovechado de él, de su dolor.

Estaba tan agitada que le era imposible conciliar el sueño. O al menos no mientras no descargase parte de la tensión que la atenazaba. Quizá le vendría bien darse un baño relajante, se dijo levantándose.

Iría a ver a Riley y luego derecha al cuarto de baño. Su pequeño seguía plácidamente dormido, y al mirarlo en su cunita se le inflamó el corazón de amor por él. ¡Lo quería tanto…! Daría su vida por él sin pensárselo.

¿Cómo podría alguna mujer no sentir lo mismo por sus hijos?, se preguntó, pensando en su madre. ¿Era posible que ni siquiera la hubiese querido un poco?

Ni siquiera su marido la había querido como ansiaba ser amada. Se habían casado por conveniencia, no porque hubiese una pasión ardiente entre ambos. ¿Era eso lo que ansiaba?, ¿entregarse a una pasión ardiente y mandar al diablo las consecuencias? ¿Habría besado por eso a Sam Thornton, a un hombre al que apenas conocía?

Salió de dormitorio de Riley y fue al cuarto de baño. Giró los viejos grifos de la bañera, y el agua caliente hizo que pronto el aire se llenase de vapor. Entonces recordó que en el armarito tenía un

bote de sales de baño. La ayudarían a relajarse.

Al abrir la puerta del armario cayó al lavabo una bolsa de aseo de color negro, y estaba a punto de tomarla para ponerla de nuevo en su sitio cuando se dio cuenta de que era la de James. La había traído del hospital la noche en que había muerto. Ni siquiera recordaba haberla puesto en aquel armario.

Abrió la cremallera de la bolsa de cuero, y el corazón le dio un vuelco al ver que dentro de ella había un cepillo. ¡El cepillo de James! Algo de lo que se podría tomar una muestra de ADN, y con lo que podría demostrar, de una vez por todas, que James, y no un extraño, era el padre de Riley.

Dejó la bolsa encima del lavabo, cerró los grifos y fue a la cocina a buscar una bolsa de plástico con cierre hermético, de las que usaba para congelar los alimentos, para guardar el cepillo. Al día siguiente, cuando llegase el mensajero con el estuche para la prueba de ADN, tomaría la muestra de Riley y así podría hacer que enviase el paquete de inmediato de vuelta al laboratorio. Y así desaparecerían de un plumazo sus preocupaciones.

A la mañana siguiente, cuando Sam bajó la escalera, tenía la cabeza como un bombo. Lo de la noche pasada había sido una locura, una locura deliciosa que lo había dejado lleno de frustración y sintiéndose culpable.

Besar a Erin había sido otra traición más que añadir a la lista de agravios a su difunta esposa. Pero, si tan mal había estado que la besara, ¿por qué se había sentido tan bien al hacerlo? ¿Por qué le había resultado aquel beso tan excitante, tan adictivo? ¿Por qué había querido más?

Le había costado un esfuerzo titánico apartarla de él. La deseaba de tal modo que no estaba seguro de si podría seguir allí, bajo el mismo techo que ella, y mantener las distancias. Sin embargo, la idea de marcharse se le antojaba aún peor.

Aún podía escuchar en su mente el eco de las palabras que le había dicho antes de irse: «No hemos hecho nada malo; era lo que necesitábamos en este momento». En ese momento… ¿Y qué pasaría la vez siguiente? ¿Y la vez siguiente a esa? ¿Aún sería el capaz de frenarse e impedir que las cosas fueran más allá? ¿Quería impedirlo

siquiera?

Al llegar a la puerta de la cocina, se quedó en el umbral, vacilante. Erin no estaba allí, y había dejado una nota sobre la mesa. Se acercó a leerla: «Buenos días, Sam. Te he dejado el desayuno en el comedor. Erin».

¿En el comedor? Era evidente que estaba evitándolo. Pues no le iba a resultar tan fácil, se dijo esbozando una sonrisa traviesa. Fue cojeando hasta el comedor, donde Erin había dispuesto la comida. Tomó un plato y se puso huevos revueltos, salchichas y unas tiras de beicon. Luego se sirvió una generosa taza de humeante café, regresó a la cocina y se sentó en el que había empezado a considerar «su sitio» en la mesa.

Justo cuando estaba acabándose el café entró Erin con un paquete bajo el brazo, y dio tal respingo al verlo, que casi se le cayó.

–No esperaba encontrarte aquí; me has dado un susto –dijo poniendo contra su pecho la parte donde ponía la dirección del destinatario–. ¿Le pasa algo al comedor?

Sam sacudió la cabeza.

–No, es solo que prefiero comer aquí –se quedó callado un momento y la miró a los ojos–. A menos que haya alguna objeción por tu parte.

–No –contestó ella en tono cauteloso, acercándose a la mesa–. No me importa. Es que pensé que preferirías que mantuviéramos las distancias después de…

Sam tomó su mano. Erin llevaba las uñas cortas, pero no se le había olvidado cómo se habían clavado en la camisa la noche anterior, ni las sensaciones que se habían desatado en su interior.

–¿Después del beso? Tenías razón en lo que dijiste, en que no había nada de malo en ello. Los dos hemos pasado por momentos difíciles, y creo que nos merecíamos aunque solo fuera un pequeño consuelo; gracias.

Al soltar su mano, vio que ella apretaba los dedos un momento, y se preguntó si estaría sintiendo en la palma el mismo cosquilleo que él. De hecho, solo con mirarla y recordar el beso de la noche anterior notó que estaba excitándose. La respiración de Erin se había vuelto agitada, y su pecho subía y bajaba de un modo casi hipnótico. Entreabrió los carnosos labios, como para decir algo pero

luego se quedó callada.

–Ya –balbució finalmente–. Tengo que salir esta mañana –añadió–; ¿necesitas alguna cosa?

Sam se quedó mirando sus labios unos segundos antes de alzar los ojos hacia los de ella.

–Por ahora no. Pero gracias.

Se levantó de la mesa y llevó el plato, la taza y los cubiertos al fregadero.

–Sam, no hace falta que hagas eso –le dijo Erin.

–No me cuesta nada fregar mis cosas. Además, si no quisiese hacerlo, no lo haría.

Erin asintió.

–Voy a ir a la ciudad con Riley, pero estaré de vuelta a la hora de comer.

–Por mí no tengas prisa; puedo prepararme cualquier cosa.

–Pero…

Sam levantó una mano para interrumpirla.

–Una de las cosas que dice en la página web es que aquí uno puede sentirse como en casa –le recordó con una sonrisa–, y yo en mi casa me cocino, friego los platos… No se me van a caer los anillos si no vuelves a tiempo y tengo que hacerme un huevo frito.

Erin esbozó una sonrisa vacilante.

–De acuerdo, te creo.

Estaba dándose la vuelta para marcharse, cuando Sam la llamó. Cuando Erin se detuvo y se giró de nuevo hacia él, levantó el brazo y le acarició la mejilla con los nudillos.

–Ten cuidado en la carretera.

–Lo tendré –murmuró ella.

Había pasado una semana desde aquel beso, una semana cargada de pensamientos y sentimientos confusos, aunque también excitantes. Siete días puntuados por roces accidentales, y otros que Erin sospechaba que no habían sido tan accidentales. No habían vuelto a besarse, pero Erin había recordado aquel beso una y otra vez, deseando que se repitiera.

La carta que le había llegado del laboratorio esa mañana por mensajería urgente estaba aún en el bolsillo trasero de los vaqueros.

No quería abrirla hasta que estuviese segura de que podría leerla con privacidad y sin interrupciones.

En ese momento Sam estaba arriba, trabajando en el estudio, y Riley estaba echándose su siesta. Sacó el sobre del bolsillo, se sirvió una taza de café y salió al jardín, donde había una mesa con sillas al sol.

Dejó la taza en la mesa, se sentó, y se quedó mirando el sobre en sus manos. Inspiró profundamente, y deslizó un dedo por debajo de la solapa para romperla. Extrajo el informe del laboratorio, y leyó cada palabra atentamente. No entendía bien del todo el argot médico, pero una cosa sí estaba clara, y la mano le temblaba cuando dobló el informe y volvió a guardarlo en el sobre: Riley no era hijo de James.

Erin volvió dentro con las piernas temblándole como si se le hubiesen vuelto de gelatina. Tomó el teléfono inalámbrico de la cocina, fue a su dormitorio y marcó el número de Morin & Morin.

–Erin, iba a llamarte ahora mismo –la saludó Janet–. ¿Cómo estás?

–No muy bien –admitió Erin.

–¿Tienes los resultados? –inquirió Janet.

–Sí, y… –Erin ahogó un sollozo–. Y no son buenas noticias: Riley no es hijo de James.

–Ya veo –murmuró Janet tras un breve silencio–. Bueno, eso me lleva al motivo por el que iba a llamarte. He recibido una orden judicial a petición de la otra parte por la que debes facilitar una muestra de ADN de Riley para que se haga una prueba y se determine la paternidad.

–No puedo hacer nada para impedirlo, ¿no? –inquirió Erin con voz temblorosa.

–Me temo que no. Además, la toma de la muestra tendrá que hacerse bajo la supervisión de los representantes legales de ambas partes. Puedo sugerirles que lo hagamos aquí, en nuestro bufete, si eso te hace sentirte más cómoda.

En ese momento nada podría hacerla sentirse más cómoda. Erin sacudió la cabeza, deseando poder negarse a hacerlo, aunque sabía que no le quedaba más remedio que claudicar. Tragó saliva y preguntó con un nudo en la garganta.

–¿Cuándo?

–Lo mejor sería hacerlo en los próximos días. ¿Qué te parece si hablo con los abogados de la otra parte y vuelvo a llamarte? Lo siento de verdad, Erin –le dijo Janet–, pero tenemos que hacerlo. Si ese hombre es el padre de Riley, tiene sus derechos; no puedes negárselos. Igual que no puedes negarle a Riley el derecho a conocer a su verdadero padre.

–Lo sé –contestó Erin con un suspiro.

Cuando colgó el teléfono se quedó sentada en la cama, aturdida. ¿Cómo podía ser que James no fuera el padre de Riley? Aquel era el golpe más cruel que le había asestado el destino. ¿Cómo podía haber cometido la clínica un error semejante? Se rodeó el estómago con los brazos y se balanceó atrás y adelante, conteniéndose para no echarse a llorar.

Tenía que mantener la calma, al menos hasta que se hiciese esa prueba y se supiesen los resultados. Barajó la posibilidad de que aquel hombre tampoco fuese el padre de su hijo. Quizá el padre fuese otro hombre, alguien que no tuviese el menor deseo de reclamar sus derechos de paternidad, alguien que no estuviese dispuesto a poner sus vidas patas arriba. Por no mencionar que Riley y ella podrían tener que abandonar su hogar.

Y lo que era peor aún: ¿y si la clínica había fertilizado un óvulo de otra mujer con el esperma de James? ¿Y si ahí fuera había otro niño que fuera su legítimo descendiente, con derecho a heredar Connell Lodge?

El pánico se estaba apoderando de ella. Se levantó de la cama; tenía que mantenerse ocupada para no pensar. Solo podía rogar por que la nueva prueba determinara que aquel hombre tampoco era el padre de Riley, porque así podrían continuar viviendo en Connell Lodge… siempre y cuando todo aquel asunto no llegase a oídos de los abogados de los Connell y descubriesen la verdad, una posibilidad que no quería plantearse siquiera.

Sabía lo que era no tener un hogar, y se había jurado que no volvería a pasar por eso. Y ahora, por Riley, tenía que esforzarse aún más por mantener un techo sobre sus cabezas. No podía dejar que su hijo perdiese el derecho a heredar lo que habría sido legítimamente suyo, si no hubiera sido por un estúpido error de la clínica.

La ira empezó a reemplazar al temor que amenazaba con

consumirla. Ira y determinación. Tenía que proteger lo que tenían, por el bien de Riley. Y lo iba a hacer, se interpusiera lo que se interpusiera en su camino.

Capítulo Siete

Esa noche Erin aún estaba nerviosa por todo aquello, y Riley debió notarlo de algún modo, porque empezó a llorar cuando fue a acostarlo. Viendo que ya no berreaba, pero seguía lloriqueando, lo depositó de nuevo en la cuna, a pesar de sus protestas. Tendría que acabar de calmarse él solo; ella tenía que trabajar.

Se colgó del cinturón el vigila bebés y fue a por los utensilios de limpieza. Aunque había gente que detestaba limpiar, a ella no le disgustaba. Era una rutina que le proporcionaba paz.

Cuando James la había contratado para trabajar allí, se había sentido como si hubiese aterrizado en el paraíso, recordó mientras limpiaba el polvo en la biblioteca. Aquello estaba a miles de años luz del camping de caravanas en el que había crecido, a las afueras de Sacramento, y también del edificio abandonado donde vivió con un grupo de gente sin techo, tras huir de los maltratos de su madre.

Aquello había acabado mal, muy mal. El solo recuerdo hizo que sintiera náuseas, y se llevó una mano a la cadera para subir el volumen del vigila bebés. Riley por fin se había calmado, pero aquel horrible recuerdo hizo que subiera para cerciorarse de que estaba bien, y respiró aliviada cuando abrió la puerta del cuarto y lo vio durmiendo, como un angelito. Lo estaba haciendo bien, esa vez lo estaba haciendo todo bien.

Oyó ruido en la cocina, y salió del cuarto de Riley cerrando suavemente la puerta tras de sí. Al llegar a la cocina, le sorprendió encontrar allí a Sam. Se había llevado la cena a su estudio en una bandeja, diciendo que ya tenía el libro encarrilado y que no quería tomarse un descanso.

Erin reprimió una sonrisa al ver su aspecto, inusualmente desaliñado.

–¿Un día duro? –le preguntó.

–Ni lo imaginas. Cualquiera con dos dedos de frente habría hecho una copia del archivo antes de guardar los cambios.

–¿De tu libro? ¿No habías hecho una copia?

Sam se pasó una mano por el corto cabello.

–Soy un idiota. Estaba modificando otro archivo, y sin querer lo he guardado encima del archivo del Capítulo que había estado escribiendo hoy. Así que todo el trabajo de hoy… como si no hubiera escrito una línea.

–Eh, venga, no seas tan duro contigo; todos cometemos errores. Además, ¿no eres un genio de la informática? Seguro que puedes recuperar esa información, ¿no?

Él soltó una risa sarcástica.

–Se supone que debería poder hacerlo, ¿verdad? Pues por más cosas que he probado, no hay manera.

–A lo mejor es que necesitas tomarte un descanso. Has estado trabajando todo el día sin parar. ¿Quieres venir a sentarte un rato a la sala de estar? Podemos tomarnos algo y charlar.

–Claro, me encantaría –respondió Sam.

–¿Me llevo café? –preguntó ella.

–La verdad es que no me vendría mal algo un poco más fuerte. Ahora mismo mataría por un trago de whisky –contestó él con una sonrisa.

Erin se rio.

–Ve a la sala de estar y ponte cómodo –le dijo señalando la otra puerta de la cocina, por la que ella había entrado–. Te sirvo el whisky y voy para allá.

Cuando Sam hubo salido, abrió la puerta del aparador donde guardaba las botellas de vino y los licores junto con los vasos y las copas. Alcanzó la botella de whisky, sacó un vaso de cristal tallado, y sirvió en el una cantidad generosa. Iba a salir ya de la cocina cuando se detuvo junto a la nevera en la que guardaba los vinos que necesitaban frío. A ella tampoco le iría mal un trago.

Dejó el vaso de Sam en la encimera y se sirvió una copa de *pinot gris*.

Tomó el vaso de whisky y salió de la cocina. Cuando entró en la sala de estar encontró a Sam mirando un collage de fotos de Riley que tenía colgado en la pared, empezando por su primera ecografía.

–Increíble, ¿no? –le dijo, tendiéndole su vaso de whisky.

–Ya lo creo; el milagro de la vida nunca deja de sorprenderme –respondió él tomando el vaso de su mano. Lo levantó y brindó por ella–: Por un trabajo bien hecho.

–Bueno, por ahora –murmuró ella, antes de beber un sorbo de su copa.

–Ahora eres tú la que estás siendo demasiado dura contigo misma. Estás haciendo un trabajo estupendo con Riley. Además, lo estás criando tú sola, y no debe ser fácil.

–No lo es. Pero cada segundo merece la pena.

–Brindo por eso también –contestó él, y tomó un sobo de whisky–. Ah, esto era justo lo que necesitaba.

Erin le señaló uno de los sofás para que se sentará, y ella tomó asiento en el de enfrente.

–¿Has pensado alguna vez en volver a casar…? –Sam se calló e inspiró antes de continuar–. Perdona, ha sido insensible por mi parte preguntarte eso. Detesto cuando la gente me lo pregunta a mí. Yo no tengo intención de volver a casarme, así que no sé por qué se me ha ocurrido sugerir siquiera que tú deberías hacerlo.

–No tienes que disculparte, Sam. No pasa nada. Yo tampoco tengo previsto volver a casarme; al menos hasta que Riley cumpla los dieciocho y pueda hacerse cargo de Connell Lodge. Es su herencia. Ha pasado de generación en generación, y mi misión es asegurarme de cuidar de la propiedad para cuando él sea mayor de edad.

–Eso parece una carga muy pesada, poner tu vida en espera por tu hijo. ¿Y si no quiere continuar con el negocio?

Erin se encogió de hombros.

–Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento. Entretanto, es nuestro hogar, y nuestro medio de vida. Es mi deber protegerlo.

–Pero… ¿es eso lo que quieres hacer?

–Es lo que tengo que hacer –contestó ella–. Como te decía, la gestión de la propiedad ha pasado de padres a hijos desde el primer propietario. Mi marido fue el último propietario, y Riley será el siguiente. Es su herencia.

Erin enfatizó esas últimas palabras, como si el decirlas con firmeza fuese a convertirlas en realidad.

¿Y si Riley fuera su hijo?, pensó Sam. ¿En qué situación dejaría eso a Erin? No le extrañaba que estuviera intentando retrasar lo más

posible la prueba del ADN. Connell Lodge era de su hijo por derecho de nacimiento… pero solo si su difunto marido era el padre biológico de su hijo.

Sam la miró y soltó un largo silbido.

–Eso es una responsabilidad tremenda.

–Lo sé. Y por eso tengo que hacer las cosas bien. Tengo que reflotar el negocio para que la herencia de Riley tenga algún valor. James y yo cerramos temporalmente cuando cayó enfermo, y tuvimos que despedir a todos los empleados. Fue una decisión muy dura, pero en esos momentos habría sido demasiado para mí, llevar el negocio sola, con él enfermo, y yo embarazada.

A Erin se le escapó un bostezo antes de que pudiera reprimirlo.

–Estás cansada –le dijo Sam levantándose de su asiento–. Y yo te estoy quitando tiempo.

–No, estoy bien –protestó ella–. Siéntate, anda.

Sam volvió a sentarse y, mientras Erin tomaba otro sorbo de su copa, observó sus gráciles movimientos. Desde su beso la semana anterior se había encontrado observándola en los momentos más extraños. A veces incluso dejaba abierta la puerta de su estudio a la hora a la que ella subía a arreglar su habitación o a cambiar las sábanas.

Cuando se inclinaba sobre la cama para alisar la colcha, el ver lo bien que se le ajustaban los vaqueros a la curva de sus caderas y de sus nalgas era un tormento delicioso.

–Perdona que te pregunte esto –comenzó a decirle, inclinándose hacia delante–, pero pareces algo distraída esta noche. ¿Estás dándole vueltas a algo?

Erin se rio con sarcasmo.

–Supongo que podríamos llamarlo así –admitió.

–¿Es algo en lo que pueda ayudarte? Aunque suene a cliché, ya sabes lo que dicen, que los problemas compartidos resultan más llevaderos.

–Me temo que no se me da bien compartir mis problemas con los demás –respondió ella–. Estoy demasiado acostumbrada a arreglármelas sola. Te agradezco el interés, pero no te preocupes; estoy bien. Es solo que hoy Riley ha estado un poco revuelto y se me ha acumulado el trabajo.

–Si quieres podría cuidar yo de él durante el día cuando estés

ocupada –le propuso Sam.

Contuvo el aliento, preguntándose si Erin accedería. Daría lo que fuera por pasar más tiempo con el pequeño. A cada día que pasaba estaba más seguro de que era su hijo, aunque tuviese que esperar a que Erin cumpliese con la orden judicial que la obligaba a llevar a cabo la prueba de ADN.

–No puedo cargarte con mis responsabilidades; ya estás bastante atareado con tu libro –repuso ella–. Además, no tienes experiencia cuidando bebés, ¿no? –Erin debió reparar en la expresión de su rostro, porque se apresuró a añadir–: Perdona, no he debido decir eso. Ha sido una falta de tacto.

–No importa –la tranquilizó él–, pero si no estoy ocupado y necesitas a alguien que esté pendiente de Riley mientras trabajas, de verdad que no me importaría hacerlo.

–¿Estás seguro? –Erin le dedicó una sonrisa maliciosa, que hizo que el corazón le palpitara con fuerza–. ¿Y si tienes que cambiarle el pañal?

–Pues se lo cambiaré lo mejor que pueda –contestó él con estoicismo.

Sería lo que tendría que hacer si Riley, como sospechaba, resultase ser hijo suyo. Tenía toda la intención de ser parte activa en la vida de su hijo.

–Lo pensaré –respondió ella con una sonrisa.

–Estás preciosa cuando sonríes –dijo Sam sin pensar–. Bueno, siempre estás preciosa, pero aún más cuando sonríes.

Las mejillas de Erin se tiñeron de un suave rubor.

–Gracias. No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me dijo algo así.

–Entonces, a partir de ahora lo haré más a menudo –murmuró él. Apuró el whisky de un trago, y se levantó–. Debería volver al estudio, a ver si puedo recuperar ese archivo. Gracias por tu compañía y por el whisky.

Erin también se levantó.

–No hay de qué. Había olvidado lo agradable que es sentarse a charlar y compartir una copa con alguien.

Erin volvió a sonreír, y Sam sintió el impacto de esa sonrisa como si algo lo hubiese sacudido. Dio un paso hacia ella, tomó su mano y se la llevó a los labios.

–Son esos placeres sencillos los que no valoramos lo suficiente, ¿verdad? –murmuró, mirándola a los ojos, al tiempo que se inclinaba para besarle el dorso de la mano.

Vio cómo se le dilataban las pupilas a Erin, pero no le soltó la mano, sino que la atrajo hacia sí, y le rodeó la cintura con los brazos. Erin no protestó; ni siquiera cuando inclinó la cabeza y tomó sus labios, deleitándose en el calor de su cuerpo.

La firmeza de sus senos apretados contra su pecho, la suave curva de su vientre contra su estómago, el valle entre sus caderas contra su creciente erección… Un gemido escapó de su garganta. Aquello era una locura, pero le era imposible resistirse. Y menos aún cuando ella entreabrió los labios y su lengua se enroscó con la suya.

Sus manos se deslizaron por debajo de la camiseta de ella, levantándola y dejando al descubierto su piel. Una piel sedosa y cálida, después del frío perpetuo que se había instalado en su alma desde la muerte de su esposa.

Despegó su boca de la de ella y le sacó la camiseta por la cabeza para luego arrojarla a un lado. Miró a Erin, y le sorprendió la vulnerabilidad que vio en sus ojos castaños.

–No sabes cómo te deseo, Erin –murmuró–. Si me dices que pare lo haré, pero si no quieres que pare, dime que tú también me deseas.

La sintió estremecerse en sus brazos, y dio un paso atrás, dándole un poco más de espacio, dándole la opción de rechazarlo, si era lo que quería.

–Yo… yo también te deseo –respondió ella en un tono quedo.

–¿Estás segura de que quieres esto?

–Sí, te deseo, Sam –contestó ella, con más firmeza–, pero no estoy segura de qué esperas tú de esto, o de mí.

A Sam se le encogió el corazón. Sabía a qué se refería, porque sus emociones eran igual de confusas en ese momento.

–Yo tampoco estoy seguro –se vio obligado a admitir–, pero sí sé que llevo demasiado tiempo sintiéndome solo y vacío por dentro. Y creo que tú también sabes lo que es eso –se quedó callado un momento, y el corazón le palpitó con fuerza cuando ella asintió lentamente, sin apartar sus ojos de él–. Creo que juntos podríamos alejar durante unos momentos al menos esa soledad. Nos lo

merecemos; ¿no te parece?

Erin se mordió los labios antes de darle la respuesta que su cuerpo ansiaba.

–¿Y mañana por la mañana? –le preguntó–. ¿Qué pasará entonces?

–Seguiré respetándote, igual que te respeto ahora –contestó él–; te lo prometo. No he podido dejar de pensar en ti desde que nos besamos la semana pasada. Y sé que entonces sentiste algo, igual que yo.

Tomó una de las manos de Erin y la puso en su pecho. ¿Podía sentir los latidos de su corazón? ¿Era consciente de hasta qué punto lo excitaba?

Los dedos de Erin se cerraron sobre su camisa, temblorosos, y Sam la miró preocupado, preguntándose si la habría presionado demasiado.

–Bésame otra vez… –le susurró ella–. Haz que desaparezca la soledad que siento.

Capítulo Ocho

Erin se sintió como si hubiese tropezado al borde de un precipicio y estuviese cayendo al abismo, sin saber lo dura que sería la caída cuando llegase al fondo del mismo. Cuando los labios de Sam se cerraron sobre los suyos, no pudo hacer más que confiar en que con él no se estrellaría. Le rodeó el cuello y dejó que su cuerpo se derritiese.

Las sensaciones que estaba experimentando eran tan deliciosas que no le habría importado hacerlo allí mismo con él, sobre la alfombra, pero no quería que su primera vez con él fuese un «aquí te pillo, aquí te mato».

Por eso, despegó sus labios de los de él, lo tomó de la mano, y lo condujo al dormitorio. Antes de ir a ver si estaban bien cerradas todas las ventanas había apartado las sábanas de la cama y había dejado encendida la lámpara de la mesilla de noche. Su tenue luz creaba un ambiente cálido e íntimo.

Tiró de la camisa de Sam para sacársela de los vaqueros, y con dedos temblorosos desabrochó uno a uno cada botón, dejando al descubierto poco a poco su torso, los oscuros pezones, el estómago plano, y el triángulo de vello púbico que desaparecía bajo la cinturilla del pantalón.

Le sacó la camisa por los hombros, y le ayudó a sacarse las mangas. Cuando la camisa cayó al suelo, se regaló la vista y deslizó los dedos por su pecho, ganando confianza y seguridad en sí misma cuanto más descendían.

Sam aspiró por la boca cuando rozó con la mano su miembro erecto, atrapado tras la cremallera de los vaqueros. Erin esbozó una sonrisa, con la satisfacción de saber que era ella quien lo había puesto en ese estado, que la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. La expectación que sentía era a la vez éxtasis y tormento.

Sus manos le desabrocharon torpemente el cinturón. Luego le bajó la cremallera con cuidado, y le bajó los pantalones. Al hacerlo, vislumbró una cicatriz que le recorría el muslo derecho, un

recordatorio permanente del trágico accidente que se había cobrado la vida de su esposa.

Se incorporó y le puso las manos en las caderas. Luego fue un poco más abajo, para rozar con las uñas la parte delantera de sus boxer, y disfrutó al oírlo gemir.

Sin embargo, Sam la detuvo, poniendo sus manos sobre las de ella.

–No dejes que lo estropee todo perdiendo el control antes de tiempo –le dijo con voz ronca, llevando las manos de nuevo a sus caderas–. Además, ahora me toca a mí.

Le acarició con el dorso de la mano uno de los senos, haciendo que se le pusiera la carne de gallina. Un cosquilleo de excitación le recorrió el cuerpo, y el vientre se le puso tenso cuando le bajó los tirantes del sujetador y desabrochó el enganche frontal para luego dejar caer la prenda al suelo.

Sam se quedó mirando sus senos fijamente, y ella se preguntó qué estaría pensando. Tenían estrías por el embarazo, y aunque para ella algo natural, y un orgullo en cierto modo, tal vez a él le desagradaran.

Sin embargo, no debía ser así, porque Sam tomó ambos senos en las palmas de sus manos y le acarició repetidamente los pezones endurecidos con los pulgares.

–¿Puedo besarlos? –le preguntó, en un tono casi emocionado.

Ella asintió y dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

Hacía mucho tiempo de la última vez que se había sentido así, deseada, de la última vez que había sentido que un hombre la necesitaba. Cuando los labios de Sam se cerraron sobre un pezón, gimió extasiada, y sus dedos se enredaron en su corto cabello mientras se deleitaba con las caricias de su lengua.

Después de dedicarle las mismas atenciones al otro seno, Sam le desabrochó los pantalones y ella le ayudó a bajárselos antes de arrojarlos a un lado. Ahora estaban en igualdad de condiciones, él ataviado únicamente con sus boxer, y ella con sus braguitas. Erin no habría sabido decir después quién dio el primer paso para eliminar aquella última barrera, pero en cuestión de segundos ya estaban los dos completamente desnudos.

Erin deslizó la mirada por el cuerpo de Sam hasta llegar a su

miembro erecto. Cerró sus dedos en torno a él, deleitándose con su tacto de seda.

Sam jadeó y se mordió el labio.

–Un preservativo… –murmuró–. Deja que vaya a por mis vaqueros.

A Erin se le escapó una risita.

–¿Acaso tenías esto planeado? –le dio un suave apretón a su miembro, que fue recompensado con un largo gemido.

–Digamos que, después del beso de la semana pasada, no estaría de más estar preparado –contestó él con una sonrisa de lobo.

Erin se apartó de él y se tumbó en la cama. Le encantaba la sensación de las sábanas de algodón en su piel. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había tumbado desnuda sobre ellas.

Sam, que ya se había puesto el preservativo, se tumbó junto a ella. Su mano se posó en la cadera de ella y subió lentamente por el costado hasta el pecho. Después volvió a descender, sin prisa, aproximándose peligrosamente hasta la unión entre sus piernas, y ella, que estaba ya húmeda y dispuesta, se arqueó hacia él.

Cuando los dedos de Sam se introdujeron entre sus pliegues húmedos, se removió impaciente, y él comenzó a acariciarle el clítoris con movimientos circulares. Tomó el labio inferior de Erin entre los suyos y lo succionó, imitando con la lengua el movimiento de sus dedos en aquel punto tan sensible de su cuerpo.

Poco después alcanzó el clímax, y un intenso gemido escapó de su garganta mientras cabalgaba sobre las olas del placer que la sacudieron.

Todavía estaba temblando cuando Sam la atrajo hacia sí, rodeándola con los brazos. El pulso acelerado de Erin volvió poco a poco a la normalidad, y de repente se dio cuenta de que tenía húmedas las mejillas. Se le habían saltado las lágrimas al llegar al orgasmo. Nunca había tenido una reacción así. Claro que tampoco había experimentado antes un placer semejante.

–¿Estás bien? –le preguntó Sam preocupado, apartándose un poco para mirarla.

–Mejor que nunca –contestó ella, sonriéndole conmovida, y tomó su rostro entre ambas manos.

Le acarició las mejillas con los pulgares, mirándolo a los ojos, y

en ese instante supo que estaba perdida, que se había enamorado sin remedio de él. Esa consideración, esa ternura, hacía que aflorara en su interior una sensación cálida que resultaba muy agradable después de tantos meses de fría soledad, de levantarse cada día simplemente porque tenía que hacerlo.

Por eso, le pareció lo más natural del mundo ponerse en ese momento a horcajadas sobre él, y comenzar a colmarle de atenciones, como él había hecho con ella. Quería demostrarle, aunque aún no tenía el valor suficiente para decírselo, cómo la hacía sentirse. Con Sam tembloroso debajo de ella por sus besos y sus caricias, descendió lentamente sobre su miembro erecto. Una descarga de placer la sacudió cuando se hundió por completo en él.

Se movió encima suyo, y él respondió, levantándole las caderas, embistiéndola suavemente, una y otra vez, hasta que sus sentidos ignoraron todo lo que la rodeaba. Poco después el éxtasis de ambos llegó a su culmen, y Erin experimentó una cascada tal de estallidos de placer, que por un instante creyó que iba a desmayarse.

Se derrumbó sobre su pecho. Los dos estaban sudorosos y jadeantes, y los corazones de ambos latían frenéticos, pero al unísono, como si fueran uno solo. Mientras se dejaba arrastrar por el sueño, un pensamiento le cruzó por la mente a Erin: esa soledad de la que Sam había hablado antes, esa que también se había convertido en su compañera, se había desvanecido; ya no se sentía vacía.

Debía haber dormido una hora o así. Cuando se despertó, su cuerpo todavía estaba deliciosamente relajado por lo satisfecha que la había dejado Sam. Sam dormía aún a su lado, con un brazo en torno a su cintura. Quería saber más de él, conocerlo mejor. Le había estado hablando un poco de su infancia y adolescencia en Nueva Zelanda, de cuando había decidido mudarse a San Francisco…, pero para ella todo eso era superficial.

De repente le parecía que no podía haber nada más importante que saber qué le hacía reír, cuáles eran sus sueños con respecto al futuro, qué le hacía feliz, cómo podía sacarlo de la tristeza en la que lo había sumido la muerte de su esposa. Le deslizó la mano por el muslo, siguiendo el trazado de la cicatriz.

No era la única que tenía, observó, ahora que podía verlo a la luz de la lámpara de la mesilla. Había otras, como la que le cruzaba el abdomen, y otras más difusas en su frente, en las que no se había fijado antes.

–¿He pasado el examen? –murmuró la profunda voz de Sam.

–Eres hermoso –respondió ella con todo su corazón.

Sam sacudió la cabeza.

–No es verdad.

–Pues claro que lo es –replicó ella incorporándose sobre un codo–. Tus cicatrices no son más que marcas de algo que sucedió.

–Son un recordatorio del hombre egoísta y arrogante que era.

–Yo no conocí a ese hombre, pero estoy empezando a conocer al hombre que eres ahora, y ese hombre me gusta; me gusta muchísimo.

Sam le puso una mano en la mejilla.

–Me alegra oír eso, porque tú también me gustas a mí; muchísimo.

Erin le sonrió, sintiendo que el corazón se le henchía de felicidad al oírle decir esas palabras.

–Háblame de tus heridas, Sam. Háblame de esta –se inclinó y le beso con ternura la cicatriz que tenía bajo las costillas.

–Daños en el bazo. Aunque ya no tendré que preocuparme por él si tengo otro accidente –le explicó con sarcasmo–. Tuvieron que extirpármelo. Y esto –añadió poniéndose la mano en el muslo–, fue una fractura compuesta del fémur con infección ósea después de la operación que me tuvo más tiempo en el hospital de lo que hubieran querido los médicos.

–¿No eres un buen paciente?

–No soy nada paciente –corrigió él. Su rostro se ensombreció–. Tuve demasiado tiempo para pensar en cómo debería haber hecho las cosas ese día para que no pasara lo que pasó. También aprendí mucho de mí mismo durante el tiempo que estuve ingresado, y no me gustó la mayor parte de lo que descubrí. Al final llegué a la conclusión de que tenía que cambiar. Que si vuelvo a casarme algún día no volveré a anteponer el trabajo a mi familia.

–Siento que tuvieras que pasar por todo eso –le susurró Erin acariciándole el estómago.

Su recuperación debía haber sido muy dura, pero el hecho de

que no se hubiera rendido era una prueba de su valía personal, del largo camino que había recorrido. ¿Podría aventurarse a soñar siquiera con que quisiera andar con ella el resto del camino?

Capítulo Nueve

Sam se limpió los restos de espuma de afeitar de la cara y se miró en el espejo del baño. Desde hacía unos días le resultaba casi imposible dejar de sonreír. En esas dos semanas, desde la primera vez que Erin y él habían hecho el amor, los días y las noches se habían ido sucediendo con placidez. El único día que había roto esa tranquila rutina había sido el día en que Erin había tenido que llevar a Riley al despacho de su abogada para que le tomaran la muestra de la prueba de ADN.

Al saber adónde iban y para qué le fue imposible mantenerse tranquilo el par de horas que estuvieron fuera, pero ahora al menos las cosas estaban moviéndose.

Además, cada día constataba que el vínculo entre Riley y él se estaba fortaleciendo. Sentía verdadero afecto por el pequeño y, aunque había intentado no dejarse llevar por las ilusiones, cada día veía en Riley algo de él, o de su familia.

En cuanto tuviese la confirmación de que era hijo suyo pondría en marcha nuevos planes. Planes que incluían a Erin en su futuro, un futuro en el que nunca habría imaginado que volvería a desear, o que podría siquiera ser posible.

En ese momento oyó su teléfono móvil. Lo había arrojado sobre la cama antes de ir a asearse, una cama en la que hacía días que no dormía, pensó, volviendo a sonreír.

Se ajustó la toalla que se había liado a la cintura al salir de la ducha, fue cojeando hasta la cama y miró la pantalla para ver quién llamaba. Un cosquilleo de nervios le recorrió la espalda al ver que era su abogado, David Fox. Apretó el botón para contestar, y lo saludó con prisa.

–Buenos días a ti también –dijo su abogado con sarcasmo.

Sam notó por el tono de su voz que estaba sonriendo.

–Ve al grano, Dave.

–Ya puedes sacar la caja de puros: el resultado es positivo. Eres el padre.

Sam se quedó sin habla. De repente se le había hecho un nudo en la garganta. Se dejó caer en el borde de la cama.

–¿Sam? ¿Estás bien?

Tragó saliva y carraspeó.

–¿No hay duda?, ¿no cabe la posibilidad de que sea un error? –su voz sonó ronca.

–Ninguna duda. Es tu hijo.

Sam apenas podía asimilar la noticia. Desde que le habían notificado el error que había cometido la clínica había rogado con todas sus fuerzas porque Riley fuera su hijo. Y ahora tenía la prueba, una prueba irrefutable de que lo era. Había sido padre, y Riley era su hijo.

–¿Y ahora qué? –le preguntó a su abogado.

–Se lo comunicamos a la madre y le sugeriremos un acuerdo de custodia compartida. Si se muestra reacia a colaborar, emprenderemos acciones legales para asegurarnos de que se respeten tus derechos como padre.

–Espera un poco para hacer eso, ¿quieres? Necesito… necesito un par de días.

¿Cómo se tomaría Erin la noticia?, se preguntó. ¿Supondría alguna diferencia que fuese él quien se lo dijese y que le confesase lo que sentía por ella?

–Por mí no hay problema; si es lo que quieres…

–Es lo que quiero –respondió Sam con firmeza, sin darle más explicaciones.

Dave no tenía ni idea de lo que se traía entre manos, ni de que había contratado a un investigador privado para encontrar a Erin. De hecho, dudaba que lo aprobase. Pero le daba igual. Lo había hecho porque quería conocer al niño y a la madre del niño. Y ahora tendría que planear el siguiente paso con extremo cuidado.

–De acuerdo entonces; esperaré tus instrucciones –dijo su abogado.

Sam colgó y se puso de pie. Una parte de él quería correr abajo –aunque malamente podía con la condenada pierna– y darle la noticia a Erin. Se moría por revelarle quién era y que esperaba que pudiesen convertirse en una familia. «Una familia…», repitió para sus adentros. Su familia.

* * *

Erin estaba tarareando en la cocina mientras preparaba la cesta de picnic. Había planeado una salida muy especial para ese día. Iba a llevar a Sam a pasar el día en el lago. Solos los dos.

Sasha había accedido a ir allí a cuidar de Riley, y ella bullía de excitación nada más de pensar en todo lo que tenía planeado. Iba a hacerle a Sam una excursión por el lago, para que admirase las vistas, harían un picnic con la comida que había preparado, y luego quizá pescarían un poco. Y después regresarían, anclarían tras una formación rocosa que conocía, donde tendrían intimidad, y allí le demostraría con palabras y con hechos cuánto lo amaba.

–Se te ve feliz.

La voz de Sam detrás de ella la sobresaltó, sacándola de sus pensamientos, y cuando sus brazos le rodearon la cintura y la besó en la nuca, un delicioso escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Se giró hacia él y lo besó en los labios.

–Buenos días. Y si se me ve feliz, es porque lo soy.

Notaba algo distinto en Sam, pensó escrutando sus apuestas facciones. Era como si irradiase una nueva energía, y el brillo de los ojos parecía iluminar todo el rostro.

–Espero que no tuvieras planeado trabajar hoy –añadió–, porque voy a raptarte y a llevarte a pasar el día fuera.

–Eso suena intrigante –contestó él con una sonrisa–. La verdad es que sí iba a trabajar, pero es difícil resistirse a tus dotes de persuasión. Además, a Riley también le vendrá bien salir un poco.

–En realidad mi plan solo nos incluye a nosotros. Sasha va a venir a quedarse con Riley –Erin se puso de puntillas y recalcó cada una de sus siguientes palabras con un beso–. Te-quiero-solo-para-mí.

–Deja que te ayude con eso –le dijo Sam cuando se apartó de él para bajar la cesta de la mesa al suelo–; parece que pesa.

–No hace falta –replicó ella–. Solo voy a llevarla fuera y a ponerla en el yate.

–¿Sabes?, no hay nada de malo en aceptar la ayuda de los demás de vez en cuando –apuntó Sam.

Ella le sonrió y contestó:

–Lo sé, pero es que quiero que sea una sorpresa; no puedes ver

lo que hay en la cesta.

Las facciones de él se suavizaron, y esbozó una media sonrisa.

–Buena excusa. Te replicaría a eso, pero solo por hoy lo dejaré estar.

–Bueno, si quieres ayudar… ¿te importaría ir a echarle un ojo a Riley? Está en mi sala de estar, tumbado en su mantita de juegos.

–Claro, no hay problema –contestó Sam.

–Gracias. Vuelvo en un minuto, y cuando llegue Sash, que ya no creo que tarde mucho, nos vamos.

Sin esperar a que Erin hubiera salido, Sam se fue a la salita donde estaba el pequeño.

–Hola, hombrecito –lo saludó, tumbándose junto a él en el suelo.

Riley se revolvió excitado en su mantita, agitado los brazos y las piernas.

Sam se rio, incapaz de contener su felicidad. El mirar a Riley y saber que era hijo suyo… Lo levantó de la mantita y lo sentó sobre su estómago, sujetándolo por los brazos y flexionando las rodillas para que la espalda del pequeño se apoyara en sus muslos. Riley sonrió y soltó una ristra de gorgoritos.

Sam no podía dejar de mirarlo. Tenía casi cinco meses,ya se había perdido buena parte de su desarrollo, pero allí tumbado con él en su regazo, se prometió que no se perdería ni un solo día más.

Habría querido decirle a Erin en la cocina que fuera lo que fuera que iban a hacer deberían llevarse a Riley con ellos, pero no habría podido explicarle el porqué. Todo a su tiempo, se dijo.

Probablemente Erin no se tomaría bien la noticia de que él era el padre de Riley, y menos aún cuando descubriese que había contratado a un detective para que diese con ella.

Sin embargo, aunque sabía que no aprobaría lo que había hecho, para él cada segundo de las semanas que llevaba en Connell Lodge había merecido la pena.

Erin y él estaban a un paso de algo muy especial; iban a formar una familia maravillosa. Además, Erin estaba enamorándose de él. Lo sentía en cada mirada, en cada pequeña cosa que hacía por él. Y no era arrogancia lo que le llevaba a pensar así; era la compenetración que sentía con ella.

Le hizo cosquillas a Riley en la tripita, y el pequeño lo recompensó con un risita infantil que le hizo reír a él también.

–Eres increíble –dijo Sam en voz alta, levantando al bebé y suspendiéndolo en el aire, encima de él.

Riley volvió a reírse, alargó sus bracitos hacia él, y le dio palmadas en las mejillas. Erin entró en ese momento.

–Vaya, se os ve encantados al uno con el otro –comentó.

–¿Y acaso hay algo de malo en eso? –respondió Sam con una sonrisa.

–Nada –contestó ella, sentándose en el suelo a su lado–. Formáis un bonito cuadro juntos.

Porque era lo natural: un padre con su hijo, pensó Sam. Solo que ella aún no lo sabía.

Fuera se oyó el ruido del coche de Sasha, aparcando junto a la casa, y poco después la puerta trasera abriéndose y cerrándose.

–¡Estamos aquí! –la llamó Erin.

–Perdona que llegue un poco tarde –se disculpó su amiga, entrando sin resuello–. Una de mis niñas estaba un poco pocha esta mañana, pero Tony se ha quedado en casa con ella y… Ah, hola –se calló de repente, al ver que Erin no estaba sola.

–Hola –contestó él–. Espero que lo de tu hija no sea nada grave.

–Deberías haber llamado para decírmelo y haberte quedado con ella –le reprochó Erin–. Podríamos haber cambiado nuestros planes.

–Ni hablar; no os preocupéis; no es más que ese dichoso virus que anda por ahí –les aseguró Sasha–. Lo que necesita es descansar y beber mucho. En un par de días estará bien. Además, a su padre no le viene mal aprender a hacer de enfermera de vez en cuando con sus hijos.

Erin se rio.

–Tony es un padre estupendo. Tienes mucha suerte.

–Yo no lo llamaría suerte. Ser padres es cosa de dos.

–Estoy de acuerdo –dijo Sam irguiéndose y apoyando a Riley en su pecho–; así es como debería ser.

–Y vosotros dos deberíais iros ya –les dijo Sasha a Erin y a él– y dejar que haga lo que he venido a hacer –le tendió los brazos a Riley, que se fue con ella encantado.

–Gracias por venir, Sash –le dijo Erin–; no sé qué haría sin ti.

–No tienes que darme las gracias; sabes que lo hago encantada.

Y ahora marchaos, venga.

–Bueno, ya la has oído; quien manda, manda: vámonos –le dijo Erin a Sam levantándose–. Hasta luego, Sash. Hasta luego, cosita –dijo inclinándose para darle un beso al pequeño en la mejilla. Al hacerlo, frunció el ceño y le preguntó a su amiga–: ¿No te parece que está un poco caliente?

Sasha le tocó la frente y sacudió la cabeza.

–Está bien, no te preocupes. Anda, marchaos y pasadlo bien.

–Bueno, pero llámame al móvil si hay algún problema, ¿eh? –le dijo Erin.

–Lo haré.

Capítulo Diez

Mientras regresaban en el yate a la bahía de Connell, Erin suspiró de puro contento. Les había hecho un tiempo estupendo, salvo por la brisa, algo fría, que soplaba sobre el lago. Miró a Sam, que iba conduciendo el yate, y suspiró para sus adentros, preguntándose qué haría sin él cuando volviese a San Francisco.

–¿Dónde quieres que eche el ancla? –le preguntó Sam, disminuyendo la velocidad.

–Un poco más allá –le respondió ella, señalándole el lugar que tenía en mente para el picnic–. Donde está ese saliente rocoso.

Sam maniobró hábilmente el yate hasta allí, soltó el ancla y apagó el motor.

–Ha sido estupendo –dijo–. Había olvidado cuánto me gusta navegar.

–Te manejas muy bien. ¿Salías a navegar cuando vivías en Nueva Zelanda?

–Sí, muy a menudo. Tenía un yate parecido a este. Lo echo de menos. A lo mejor compro uno cuando vuelva a San Francisco.

Erin sintió una punzada de tristeza en el pecho, pero se obligó a esbozar una sonrisa.

–¿Tienes hambre? –le preguntó.

–Ya lo creo. ¿Necesitas que te eche una mano con eso?

–Pues… saca la botella de vino que hay en la nevera. Y unos vasos del estante que hay encima. Yo iré poniendo la comida en la mesa.

Cuando Sam pasó a su lado para entrar en la pequeña cocina se rozó con ella, y un cosquilleo le recorrió la espalda. Estaba impaciente por que acabaran de comer para hacer todo lo que pensaba hacer con él, pensó con una sonrisa traviesa.

–¿Qué tiene tanta gracia? –inquirió él, llevando los vasos y el vino a la mesa que ella acababa de colocar en la cubierta.

–Pronto lo sabrás.

–Pronto, ¿eh? Estoy intrigado. ¿No vas a darme siquiera una

pista?

Erin sacudió la cabeza.

–No me preguntes más; luego.

Sam se rio, y cuando le puso la mano en la mejilla, Erin giró el rostro y le besó la palma.

–Esa es la única pista que te puedo dar; tendrás que conformarte con eso por ahora.

Sam enarcó una ceja.

–No sé si podré aguantar.

Erin sintió que le ardían las mejillas. Ella también estaba impaciente. Sacó un par de platos de la cesta de picnic, y varios recipientes de comida en los que había ensalada con pechuga de pollo y papaya, sándwiches y fruta, entre otras cosas. Se sentaron, y Sam les sirvió a ambos un vaso de vino.

–Por la perfecta anfitriona –dijo levantando el suyo en un brindis.

–Por el huésped perfecto –contestó ella, chocando su vaso con el de él.

Sam no apartó los ojos de ella mientras bebían, y Erin volvió a sentir otra vez ese cosquilleo recorriéndola de arriba abajo. Sam no dijo nada, pero Erin supo exactamente qué estaba pensando cuando bajó la vista a sus labios. Se relamió, saboreando el vino, pero disfrutó aún más de la expresión del rostro de Sam. Sus pupilas se habían dilatado, y sus mejillas habían adquirido un rubor que nada tenía que ver con la brisa o el sol. Apartó la vista, intentando concentrarse en la comida, y finalmente él hizo lo mismo.

El ruido del suave oleaje del lago chocando contra el yate era muy relajante, y además estaban solos en la bahía.

Comieron charlando de cosas triviales, y cuando ya habían acabado el postre Erin lo vio cambiar de postura en su asiento y contraer el rostro, como dolorido.

–¿Te está molestando la pierna?

–Un poco –admitió él.

–¿Y si te diera un masaje te aliviaría el dolor? –le propuso Erin. Antes de que pudiera contestar, se puso de pie y le tendió la mano–. Ven, vamos dentro para que te pongas cómodo.

Bajaron los escalones, pasaron la cocina y entraron en el camarote.

–Y ahora, vamos a ponerte cómodo –le dijo con una sonrisa sugerente.

–Lo que digáis, *milady* –bromeó él. Se sacó la sudadera por la cabeza y se quitó los vaqueros.

Erin deslizó una mano por su pecho, pasando por el estómago, y le acarició con las yemas de los dedos la creciente erección bajo sus boxer.

Lo hizo tumbarse en la cama, y se desvistió ella también, quedándose en ropa interior, antes de subir a la cama con él.

–Esto no está nada mal –murmuró Sam.

Erin sonrió y se puso de rodillas para alcanzar un frasco de aceite de masaje que había puesto en un estante junto a la cama. Aprovechando el momento, Sam alargó los brazos y deslizó las manos arriba y abajo por sus costados, haciendo que un cosquilleo eléctrico le recorriese la piel.

Ella se rio y le agarró las manos para detenerlo. No iba a dejar que la distrajera; ese día quería darle placer ella a él y demostrarle lo que sentía por él.

–Relájate y déjame hacer –le susurró, haciéndole bajar los brazos al colchón.

Desenroscó el frasco, se echó una pequeña cantidad en la mano y volvió a dejarlo en la estantería. Luego se inclinó, y comenzó a extenderle el aceite por la pierna, masajeándola al mismo tiempo.

–Dime si hago demasiada presión.

Sam se limitó a gruñir, pero no de dolor, sino todo lo contrario. Erin se puso un poco más de aceite en las manos y masajeó también la otra pierna antes de subir a su torso.

Las palmas de las manos le cosquilleaban por la fricción contra la cálida piel de Sam. Le masajeó también los hombros, y luego los brazos, hasta llegar a las manos.

–¿Todo bien? –le preguntó, en un tono lo más sexy que pudo.

–Umm-umm –murmuró él, mirándola con los ojos medio cerrados.

–Pues ahora se va a poner mejor –le prometió, volviendo a pasar las manos por su pecho, hasta la cinturilla de los boxer–. Levanta un poco las caderas.

Él obedeció, y Erin se los quitó y los arrojó al suelo.

–Y ahora, vamos a la parte divertida –murmuró, recorriendo con

sus dedos la cara interna de sus piernas.

Se inclinó, y sopló sobre el miembro erecto de Sam. Luego lo tomó en una mano, deleitándose con su suave tacto. Sus manos estaban resbalosas por el aceite, y las deslizó desde la base hasta la cabeza del pene de Sam, y luego hasta abajo otra vez, apretándolo suavemente al mismo tiempo. Sam gimió de placer.

–¿Te gusta? –lo picó ella.

–Sabes que sí, pequeña bruja –jadeó él.

–¿Y esto te gusta también?

Erin se inclinó de nuevo y trazó con la punta de la lengua el contorno de la cabeza de su pene. Sam dio un respingo, y sus muslos y sus caderas se tensaron.

–Sí… eso también –gruñó.

–Bien. Pues entonces espero que esto también te guste.

Cerró los labios en torno a su miembro y lo lamió y lo succionó como si estuviera hambrienta. Con una mano jugaba con su escroto, masajeándolo suavemente, y con la otra le frotaba la parte baja del pene al mismo ritmo lo succionaba.

Sam se estremeció, le enredó los dedos en el pelo, y al tiempo que dejaba escapar un intenso gemido al llegar al orgasmo, eyaculó en su boca.

Mientras él seguía arqueando las caderas hacia ella, jadeante, aminoró el ritmo de sus caricias, y finalmente dejó caer el pene, ya flácido, de su mano.

Se tumbó a su lado, y cuando Sam hubo recuperado el aliento, se giró hacia ella, la atrajo hacia sí y la besó de un modo tan sensual que pronto Erin empezó a notar una creciente humedad entre las piernas.

–Tu turno –murmuró Sam, antes de incorporarse y colocarse a horcajadas sobre ella.

–Sam, no tienes que… Simplemente me apetecía ser yo quien te dé placer a ti por una vez y demostrarte…

De repente Erin se quedó callada. Era el momento, pero las palabras que quería decir parecían habérsele atascado en la garganta, como si tuvieran miedo de salir al mundo, donde podrían ser usadas en su contra. Incluso podrían hacerle daño.

–Quería demostrarte lo mucho que significas para mí –terminó de decir, tomando su rostro entre ambas manos, rogando por que

sus ojos le transmitieran lo que sus labios no se atrevían a decir.

–Erin, ¿pero es que no lo entiendes? El sentimiento es mutuo –Sam suspiró y se inclinó hasta que sus rostros quedaron a solo unos centímetros el uno del otro. La mirada en sus ojos grises era tan intensa que ella fui incapaz de apartar la vista–. Jamás esperé volver a sentirme así, con nadie. Es un regalo de Dios.

La besó de nuevo, esa vez con tal ternura que los ojos se le llenaron de lágrimas. Sin embargo, las contuvo. No iba a llorar. Como él había dicho, lo que compartían era un regalo de Dios, y no quería desaprovecharlo.

Sam la besó en la mejilla, luego en el cuello, y fue descendiendo así, beso a beso. Cuando le desabrochó el sujetador, notó cómo se desparramaban sus senos en las manos ansiosas de Sam, y sintió el calor de su boca antes de que se cerrara sobre un pezón. Alternando entre uno y otro, los lamió, mordisqueó y succionó con ardor, arrancándole suspiros y gemidos a ella, que se revolvía excitada debajo de él.

Erin levantó las caderas en un ruego silencioso. El miembro de Sam estaba duro y enhiesto como una lanza, y trató de alargar una mano para asirlo y acariciarlo, pero él la agarró por las muñecas, le sujetó los brazos por encima de la cabeza y la besó apasionadamente.

Cuando despegó sus labios de los de ella y Erin abrió los ojos, él le soltó las manos y volvió a besarla antes de bajar de nuevo hasta sus senos, pero no se detuvo ahí, sino que siguió bajando hasta que sintió su cálido aliento a través de las braguitas de encaje.

En el momento en que empezó a lamerla, sin quitárselas, casi chilló de placer. Todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión. Sam le quitó por fin las braguitas, y no tardó ni dos segundos en comenzar a lamerla de nuevo, ya sin obstáculos, dibujando círculos con la lengua en torno a su clítoris. Prolongó aquel exquisito tormento unos segundos antes de cerrar sus labios sobre él y succionar. El orgasmo que sobrevino a Erin tuvo la misma fuerza que un terremoto, y desató en ella una cascada de oleadas de placer.

Para cuando recobró el uso de sus sentidos, Sam estaba tumbado de nuevo junto a ella, con una media sonrisa en los labios.

–¿Te ha gustado? –inquirió, picándola como había hecho ella

con él.

Erin se rio.

–Ya lo creo –admitió sonriendo de oreja a oreja–. Y puedes dejar que se te suba a la cabeza, porque te lo mereces.

Sam se incorporó sobre el codo para besarla de nuevo, y pronto Erin sintió que su deseo se reavivaba. Era como si, cuanto más la satisficiera, más quisiera darle a cambio.

–¿Tienes preservativos? –le preguntó Sam, despegando sus labios de los de ella.

–En la estantería –dijo ella señalándosela.

Sam se incorporó para sacar uno, rasgó el envoltorio y se lo puso. Luego, sin perder ni un instante, se colocó entre sus piernas y la penetró, hundiéndose en ella por completo.

–¡Oh, sí! –gimió contra su garganta.

Comenzó a moverse, entrando y saliendo de ella, al tiempo que Erin respondía a cada una de sus embestidas, arqueando las caderas, y alcanzaron juntos el orgasmo. Sam se derrumbó sobre ella, y Erin le rodeó con sus brazos, deleitándose en el tacto de su piel caliente y sudorosa.

Cuando Sam recobró el aliento se quitó de encima de ella y se abrazaron el uno al otro. Poco después la respiración de él se tornó acompasada, tranquila, y Erin supo que se había dormido.

–Te quiero –murmuró, y cerró los ojos y dejó que el sueño la arrastrara a ella también.

Capítulo Once

El insistente ruido del móvil arrancó a Erin del sueño. Se paró un momento, y luego empezó a sonar otra vez. Sam le quitó el brazo de encima para que pudiera bajarse de la cama. Desnuda, sacó el móvil del bolso y el estómago le dio un vuelco al ver que era Sasha quien llamaba.

–¿Sasha? Perdona que haya tardado en contestar; no tenía el bolso cerca. ¿Ha pasado algo?

De fondo se oía al bebé, llorando a pleno pulmón.

–Riley no está bien. Esta tarde se despertó de la siesta con un poco de fiebre, y no consigo consolarlo. Me parece que debería verlo un médico.

–Vamos para allá enseguida.

Erin se quedó con el móvil en la mano, horriblemente afligida. Cuando su bebé la necesitaba ella se había ido a pasarlo bien con un hombre al que apenas conocía. Una espantosa sensación de culpa se apoderó de ella.

–Erin, ¿qué pasa? ¿Está bien Riley? –inquirió Sam incorporándose, con voz soñolienta.

–No, tenemos que irnos. Sasha dice que se ha despertado con fiebre y… –a Erin se le hizo un nudo en la garganta de la ansiedad–. No dejaba de llorar. Nunca lo había oído llorar así.

Sam ya se había levantado y estaba vistiéndose a toda prisa.

–No te preocupes; llegaremos enseguida y lo llevaremos al hospital. Toma, vístete –le dijo recogiendo su ropa del suelo y tendiéndosela.

Erin se vistió con manos temblorosas y subieron a cubierta. Sam insistió en que en su estado no podía manejar el yate, y fue él quien encendió el motor, levó el ancla y condujo hasta el embarcadero.

Cuando entraron en la casa, Riley seguía llorando.

–Gracias a Dios que has vuelto –le dijo Sasha a Erin con voz trémula–. He tenido tres hijos, pero hay veces en las que solo una madre puede consolar a su bebé.

–No pasa nada, Sasha. No es culpa tuya –replicó ella tomando al pequeño. Al encontrarse en brazos de su madre, dejó de chillar, pero seguía llorando–. Shhh… Tranquilo, cariño, vamos a llevarte al médico, no te preocupes; te vas a poner bien.

–¿Qué puedo hacer para ayudar? –preguntó Sam.

–¿Puedes subir a su cuarto y bajarte el Maxicosi?

–Yo te ayudaré a preparar la bolsa de los pañales –se ofreció Sasha–, por si tenéis que esperar en urgencias.

Sam bajó poco después, y Sasha los dejó para volver con su familia, deseándoles que fuera todo bien.

–¿Lo tienes todo? –le preguntó Sam a Erin.

–Creo que sí –ella hizo memoria, lo cual era imposible con Riley llorando–. ¡Las llaves del coche! Creo que las he dejado en mi despacho. Deben estar debajo de los papeles que tengo en la mesa. ¿Puedes ir a buscarlas mientras siento a Riley en el Maxicosi y abrocho las correas?

–Claro.

Sam corrió al despacho de Erin y al entrar fue derecho a la mesa, como ella le había dicho. Al empezar a levantar los papeles, un sobre cayó al suelo y, con él, las llaves que estaba buscando. Cuando se agachó para recogerlas, el membrete del sobre llamó su atención. Era una carta de los laboratorios a los que David, su abogado, había recurrido para que se hiciera la prueba de ADN.

¿Por qué le habían mandado una carta a Erin? Sacó los papeles que contenía y vio que la fecha era de hacía dos semanas. La leyó por encima, y luego más despacio, intentando asimilar aquellas palabras.

¿Erin sabía ya que su difunto marido no era el padre de Riley? ¿Cómo podía ser que no hubiese dicho nada? ¿Por qué le había hecho esperar, pidiendo más información a sus abogados, y no había accedido a hacerle la prueba a Riley hasta que había recibido la orden judicial? De pronto le hervía la sangre. ¿Con qué derecho se creía a ocultarle la verdad? ¿Qué clase de persona haría algo así?

Volvió a guardar la carta en el sobre y la dejó de nuevo en la mesa. No podía dejarse llevar por la ira. Fueran cuales fueran sus motivos, debía concederle el beneficio de la duda a Erin, y tampoco

era momento para tener una discusión con ella. La prioridad era llevar cuanto antes a Riley al hospital.

Volvió abajo, le dio las llaves a Erin y salieron de la casa. Sin embargo, cuando ya estaban dentro del coche, Riley, que iba en la parte de atrás, se puso a llorar con más fuerza al encontrarse con que no tenía a su madre a su lado.

Erin miró a Sam angustiada.

–No puedo hacerlo –le dijo sollozando, con lágrimas rodándole por las mejillas–. No puedo conducir con Riley llorando de ese modo; tengo que ir detrás, con él. Conduce tú, por favor.

Antes de que él pudiera decir nada, Erin ya estaba abriendo la puerta para sentarse detrás con Riley.

–¡Sam, por favor!, tienes que hacerlo –le imploró al ver que él no se había movido de su asiento.

–Erin, no lo comprendes. No he conducido desde que…

–Sam, por favor, Riley y yo te necesitamos. Por favor… –le insistió Erin llorando.

Sam apretó los dientes y trató de contener la ansiedad que lo atenazaba. Un sudor frío le recorrió la espalda cuando se bajó del coche y lo rodeó para sentarse al volante. Le dolía el pecho al respirar, y se sentía como si se le hubiesen paralizado los músculos, como si se negasen a obedecer las órdenes de su cerebro, que intentaba decirle a su mano que girase la llave en el contacto para poner el coche en marcha. No podía… no podía hacer aquello.

–¿Sam? –lo llamó Erin.

–Lo sé, lo siento. Voy a hacerlo, pero es que necesito un momento.

–No tenemos un momento.

El miedo en la voz de Erin accionó un resorte en su cerebro, y por fin alargó una mano temblorosa para girar la llave en el contacto. El motor rugió, cobrando vida, y Sam se dio cuenta de que había pisado el acelerador de un modo automático. Se abrochó el cinturón, metió primera y quitó el freno de mano.

Cuando el coche empezó a moverse, contuvo a duras penas una arcada. El llanto de Riley parecía haber amainado un poco, y cuando miró por el retrovisor, sus ojos se encontraron con los de Erin.

–Puedes hacerlo, Sam –le dijo–, pero vas a tener que ir sun poco

más rápido –añadió esbozando una leve sonrisa.

Sam bajó la vista al velocímetro. Veinte kilómetros por hora. Se habría reído si no estuvieran en la situación en la que estaban.

Apretó el volante con ambas manos al tiempo que pisaba un poco más el acelerador. El coche avanzó más deprisa, pero le entró el pánico y levantó un poco el pie, y la velocidad descendió de nuevo. ¡Por amor de Dios! ¿Y si hacía aquello cuando saliesen a la carretera? ¿Y si hacía algo estúpido, como la última vez que se había puesto al volante de un coche, y truncaba las vidas de las dos personas que en ese momento dependían de él?

Ni siquiera había llegado a decirle a Erin lo que sentía, aunque eso poco importaba ya, pensó, dolido al recordar el sobre.

Le pediría explicaciones, ¡vaya si lo haría!, pero en ese momento lo importante era Riley, y tenía que demostrar, aunque solo fuera a sí mismo, que era el padre que Riley necesitaba.

Un alivio inmenso lo invadió cuando pocos minutos después llegaron a la clínica. Apenas hubo aparcado, Erin levantó del Maxicosi a Riley, que a medio camino había empezado a berrear de nuevo, sin que ella pudiera lograr calmarlo.

Erin salió del coche con el bolso colgado del hombro y Riley en brazos, contra su pecho.

–¿Puedes traer la bolsa de los pañales? –le pidió, dirigiéndose ya a la entrada.

–Claro –contestó él mientras Erin se alejaba.

Antes de que cerrara el coche con llave, Erin ya había entrado en el edificio. Se quedó apoyado un momento en la puerta del vehículo, con las llaves en la mano. Lo había logrado. Había conquistado su peor temor, y lo había hecho por su hijo. Inspiró profundamente, y echó a andar hacia el edificio, sintiéndose tremendamente orgulloso de lo que había conseguido.

Cuando entró, no veía a Erin y a Riley por ninguna parte, y la zona de espera estaba casi desierta, salvo por un par de personas.

–¿Puedo ayudarle? –le preguntó la chica que había tras el mostrador.

–Vengo acompañando a una mujer que ha llegado con un bebé hace un momento, Erin Connell.

–Ah, sí, pobrecillo. Uno de nuestros médicos está viéndolo ahora mismo.

–¿Puedo pasar?

–Ah, ¿es usted el padre? Estupendo, porque como el pequeño venía tan mal su esposa no ha podido darme todos los detalles que necesito para el formulario de ingreso. ¿Sería tan amable de ayudarme a acabar de cumplimentarlo y firmarlo?

–Bueno, yo…

Sam se cayó antes de continuar. Iba a decirle que no tenía autoridad para firmar en nombre de Erin, pero sí que la tenía; tenía todo el derecho a hacerlo. Era el padre de Riley le gustase o no a Erin, y como tal tomó el bolígrafo que le tendía la recepcionista y rellenó los detalles que faltaban. Apenas había firmado cuando le sonó el móvil.

La recepcionista le señaló un cartel en la pared que pedía que se apagasen los móviles o se pusiesen en modo silencioso. Él asintió y lo sacó del bolsillo para apagarlo, pero se detuvo al mirar la pantalla.

Quien lo llamaba era el detective privado que había contratado. No había tenido noticias de él desde que lo había llamado para informarle del paradero de Erin. Tenía que contestar esa llamada, tenía que saber qué más podía estar ocultándole Erin. Pulsó el botón para contestar y salió del edificio.

–¿Diga?

–Señor Thornton, me alegra haber podido contactar con usted. He conseguido más información sobre Erin Connell. Información que creo que podría serle útil para conseguir la custodia única.

¿Custodia única? Ni siquiera había considerado esa posibilidad.

–¿De qué se trata?

En ese momento dudaba que lo sorprendiese cualquier cosa que pudiese oír de Erin.

–Tiene un pasado un tanto… accidentado. Se escapó de su casa a los dieciséis años. Su madre denunció su desaparición y los servicios sociales la encontraron y la llevaron de vuelta con ella, pero volvió a escaparse una y otra vez. Cuando su madre murió por un incidente de violencia doméstica, Erin se marchó definitivamente.

Esa debía de ser la razón por la que estaba decidida a construir el hogar perfecto para su hijo, pensó Sam.

–Continúe –le dijo al detective–; deduzco que hay más.

–Ya lo creo. La arrestaron varias veces por delitos menores:

hurto, vagabundeo, y daños intencionados a la propiedad.

Sam frunció el ceño. ¿Quién era esa persona de la que le estaba hablando? No se parecía en nada a la Erin a la que conocía, a la mujer por la que, como un estúpido, había empezado a sentir algo. Asimilar todo aquello en un momento era demasiado para él. Se recordó el motivo por el que estaba allí, y se preguntó cómo estaría Riley. Tenía que estar a su lado.

–Escuche, ¿puedo llamarlo mañana para seguir hablando de esto? –le preguntó al detective.

–Claro, pero hay un par de cosas más que son importantes. ¿Sabía que la propiedad en la que está viviendo Erin Connell está sujeta a un fideicomiso?

–¿Un fideicomiso?

Erin no le había comentado nada de eso.

–Sí. La propiedad solo puede pasar de padres a hijos. Y eso significa que si se prueba que usted es el padre del bebé, ya no tendrá un techo bajo el que vivir.

–Ya se ha demostrado; se ha llevado a cabo la prueba de ADN y soy el padre –contestó él, empezando a comprender.

De modo que ese era el motivo por el que Erin había intentado a toda costa que no se hiciese esa prueba… Podía perderlo todo, y según parecía había estado dispuesta a ocultar la verdad para que eso no pasara. A su costa. Todo encajaba, y la ira que había estado intentando contener, resurgió con más fuerza.

–En ese caso supongo que debo felicitarle –dijo el detective.

–Gracias –contestó él con aspereza.

–Antes de que cuelgue… –añadió el detective–, hay otra cosa que debería saber.

–Continúe –lo instó él, impaciente.

–Erin Connell fue interrogada hace años en relación a la muerte de un bebé.

Capítulo Doce

Sam se notó palidecer. Dejó caer la bolsa de tela al suelo, y se apoyó en un poste que había a su lado.

–¿Que ella qué? –acertó a decir finalmente.

–Parece ser que estaba viviendo en una casa ocupada con otros vagabundos. Un bebé del grupo murió, y todos cerraron filas. La muerte no fue fortuita, pero no se presentaron cargos, y parece ser que la investigación sigue abierta.

–¿Cuándo ocurrió eso exactamente? –inquirió Sam, aunque había muchas otras preguntas que revoloteaban en su mente.

–Hará unos diez años, justo antes de que viniera aquí, a Tahoe.

Donde había embaucado a su jefe, el propietario de Connell Lodge, que había acabado proponiéndole matrimonio. ¿Podía ser que Erin hubiera tenido semejante sangre fría? Podría ser, se dijo, si de verdad había sido capaz de quedarse a un lado y no delatar al asesino de aquel bebé.

¿Qué clase de persona hacía algo así? Y, lo más importante, ¿podría suponer algún riesgo para la vida de Riley?

No, se replicó a sí mismo, había visto a Erin con Riley, había visto lo angustiada que se había sentido cuando su hijo había enfermado. Era una buena madre, una madre cariñosa dispuesta a proteger a su pequeño como una leona. Eso no podía negarlo. Pero, ¿y cómo persona? Alguien que había ocultado durante dos semanas la verdad respecto a la paternidad de su hijo dejaba mucho que desear.

–¿Podría enviarme por correo electrónico un informe con sus averiguaciones? –le pidió al detective.

–Ya lo he hecho –le confirmó este.

–Estupendo, gracias.

Sam colgó y sacudió la cabeza. ¡Y pensar que ese día había estado a punto de confesarle sus sentimientos! Era una suerte que no lo hubiese hecho, porque lo que sabía ahora de ella lo cambiaba todo.

Quizá hubiese cambiado y ya no fuese aquella chica que se había escapado de casa y había recurrido al hurto para sobrevivir, o quizá no. Era algo que no podía saber con seguridad. Pero, de cualquier modo, nada podía excusar que hubiese hecho esa prueba de ADN y lo hubiese ocultado.

Se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo y volvió dentro. Y justo a tiempo, pensó al ver a Erin aparecer con Riley en brazos, mucho más calmado.

–¿Todo bien? –le preguntó yendo junto a ella y acariciando la cabecita del pequeño.

–Sí, el pobrecito tiene una infección de garganta y de oído –le explicó Erin–. Debió pillar algún virus el otro día, cuando fui con él a la ciudad. Han conseguido bajarle la fiebre un poco, y me han recetado un antibiótico –se volvió hacia el mostrador y se dirigió a la recepcionista–. Me han dicho que tengo que rellenar y firmar un formulario antes de que nos vayamos.

La chica le respondió con una sonrisa:

–Ah, no se preocupe, su marido ya lo ha hecho; solo tienen que abonar esta cantidad –puso el impreso sobre el mostrador y se la señaló.

–Ya me encargo yo –le dijo Sam a Erin. Sacó su billetera y le tendió una tarjeta de crédito a la recepcionista.

Erin se quedó mirándolo anonadada, pero no hizo ningún comentario al respecto. Cuando salían, le dijo en voz baja:

–Agradezco el detalle, pero… ¿por qué te ha tomado la recepcionista por mi marido?

–Luego –le espetó él sucintamente–. Primero vayamos a comprar ese antibiótico y llevemos a Riley a casa.

Mientras ella sentaba a Riley en el Maxicosi, dentro del coche, él fue a la farmacia que había junto a la clínica y compró el antibiótico.

Cuando salió y se dirigió al coche, Erin, que se había quedado apoyada en la puerta, se irguió y le preguntó:

–¿Quieres que conduzca yo ahora?

Sam le tendió la bolsa con el antibiótico.

–¿Crees que Riley no llorará aunque no vayas tú a su lado?

–Pues no lo sé. La verdad es que ahora está tranquilo, pero…

–No me importa conducir de nuevo –la interrumpió él–. Iré

despacio, y si veo que no puedo con ello, te lo diré.

Se subieron al coche. La ansiedad volvió a aflorar en cuanto salieron a la carretera, pero luchó contra ella. Si de camino allí había sido capaz de sobreponerse, tenía que volver a hacerlo una vez más. Podía superar el miedo.

Cuando llegaron a Connell Lodge estaba exhausto por el esfuerzo titánico que había tenido que hacer para concentrarse, pero estaba orgulloso de sí mismo. Había ganado una batalla; ahora lo único que tenía que hacer era prepararse para la siguiente.

Riley empezó a lloriquear otra vez cuando entraron en la casa.

–Voy a acostarlo y prepararé algo de cenar –le dijo Erin.

Sam agradeció tener un rato a solas para ordenar sus pensamientos y decidir la mejor manera de abordar el asunto.

Subió a su habitación y se desvistió. Había sudado por la tensión que había sentido al volante, así que se dio una ducha rápida y se puso una sudadera y unos vaqueros limpios antes de bajar.

Cuando entró a la cocina, Erin levantó la vista de un estofado que había sacado de la nevera.

–¡Menudo día!, ¿eh? –comentó.

Puso el recipiente en el microondas, seleccionó la temperatura y el tiempo y lo puso en marcha.

Sam, que se notaba la garganta seca, carraspeó y dijo:

–Ya lo creo. ¿Qué tal Riley?, ¿se ha calmado?

–Sí, le he dado una dosis de antibiótico. Creo que por la mañana estará mucho mejor. O eso espero.

–Bien.

Sam inspiró profundamente y buscó la manera de decirle lo que quería decirle. Sin embargo, se quedó en blanco cuando Erin se le acercó, le rodeó la cintura con las manos y apoyó la cabeza en su pecho.

–Gracias por todo lo que has hecho hoy por nosotros –le dijo–. Sobre todo por conducir hasta la clínica y ahora, de regreso. Sé lo difícil que ha debido ser para ti –añadió, y le dio un abrazo.

Incómodo, Sam levantó una mano y le dio unas palmaditas en la espalda.

–Pero espero que lo que has hecho en la clínica no sea ilegal –

continuó Erin–. No deberías haber firmado esos papeles.

Oírle decir aquello fue la gota que colmó el vaso. Irritado, Sam apartó sus brazos y dio un paso atrás. Iba a contarle la verdad. La verdad que podría haber sabido antes si ella no se hubiera afanado en retrasar la prueba de ADN, y si no le hubiera ocultado que había solicitado una por su cuenta, con ADN de su marido. Sintió que una ira gélida le corría por las venas hasta llegarle al corazón, endureciéndolo ante la confusión que afloró a los ojos de Erin.

Se metió las manos en los bolsillos y le dijo:

–No he roto ninguna ley.

–¿Estás seguro? No eres el padre de Riley, ni su tutor legal.

–Ahí es donde te equivocas –le espetó él con firmeza–: soy el padre de Riley. La parte demandante.

A Erin se le cortó el aliento al oírle decir esas palabras. ¿Sam era la parte demandante? Se agarró al respaldo de una silla; de pronto, le temblaban las piernas.

–No… no puede ser cierto –murmuró–. No puedo creerlo.

Los ojos de Sam la miraban fijamente, desprovistos de toda emoción. No había en ellos ni un ápice de la compasión y el cariño que había visto en días anteriores.

–Pues créetelo. Lo he sabido esta misma mañana. Iba a decírtelo cuando salimos con el yate y… –a Sam se le quebró la voz, y resopló, como irritado consigo mismo–. ¡Y pensar que había sido tan estúpido como para creer que podríamos tener un futuro juntos! Pero eso fue antes de descubrir que hace semanas que sabes que James Connell no era el padre de Riley. ¿Por qué no se lo dijiste a mis abogados? No tenías ningún derecho a ocultar esa información.

Estaba furioso; Erin podía verlo en la tensión de su cuerpo y de sus facciones, en sus labios apretados.

–¡No te creo! –le espetó–. Estás mintiéndome. ¿Acaso tienes algo que pruebe lo que dices? Riley es mi hijo; mío. Tengo el deber de protegerlo; de proteger lo que es suyo.

–Sí, pero nada de esto es suyo –Sam extendió los brazos, señalando a su alrededor–. ¿No es verdad? Lo sería si su padre fuese James Connell, pero los dos sabemos que no lo es, así que estás engañando a los depositarios de la propiedad, dejando que sigan

creyendo que sí lo es.

–¿Cómo sabes…? –Erin se calló e inspiró temblorosa–. Eso no es asunto tuyo. Quiero que te marches ahora mismo. ¡No quiero que sigas aquí ni un minuto más!

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, lágrimas de rabia, producto del temor que amenazaba con apoderarse de ella.

–Sabes que estás ocupando la propiedad de forma ilegal –continuó Sam–. ¿Cómo podías querer negarle a Riley la oportunidad de que su padre formase parte de su vida?

Erin se mordió el labio. No iba a contestarle. No podía hacerlo; él nunca comprendería que aquel era su hogar, su santuario. El único lugar en el que había encontrado una cierta estabilidad y en el que se sentía segura, el único lugar donde sentía que había encontrado su sitio.

–¿Qué?, ¿no dices nada? –la increpó Sam–. ¿Por qué será que no me sorprende? –su voz rezumaba desprecio–. Me marcharé por la mañana, pero te aseguro que por la tarde tendrás noticias mías por mis abogados.

Se dio la vuelta para salir de la cocina, pero vaciló un momento al llegar a la puerta, y se giró hacia ella.

Erin se irguió, preparándose para el siguiente golpe.

–¿Sabes? –le dijo Sam–, pensaba ofrecerte un trato de custodia compartida, un derecho que parece que te empeñabas en negarme, pero ya puedes olvidarte. El juego se ha acabado.

–¿Cómo te atreves? –le gritó ella cuando se dio la vuelta–. Ningún juez te daría la custodia de un niño. Mataste a tu mujer. ¿Cómo puedes esperar ser un buen padre cuando le fallaste a tu mujer?

Sam se giró bruscamente hacia ella, con el rostro desencajado por la ira, y Erin dio un respingo cuando habló, lanzándole las palabras como si fuesen afiladas dagas.

–Ten mucho cuidado, Erin. Yo que tú no lanzaría la primera piedra. Conozco tu pasado: sé que te escapaste de casa, que cometiste hurtos… todo.

En ese instante Erin supo que de algún modo había descubierto su peor secreto, y su peor pesadilla.

–¿Có-cómo sabes…?

–El cómo no importa. No voy a parar, Erin, no hasta que saque a

la luz cada detalle de tu presente y de tu pasado, las cosas que puedan arrojar la peor impresión de ti ante un juez cuando tenga que considerar si eres apta para hacerte cargo de Riley.

Capítulo Trece

El microondas emitió un largo pitido, indicando que había terminado de calentar la comida, pero Erin lo ignoró por completo y se dejó caer en una de las sillas de la cocina, temblando por lo que acababa de ocurrir.

Las amenazas de Sam la habían aterrado, pero en ese momento lo que estaba atormentándola eran los recuerdos del pasado que él había hecho aflorar, de su vida antes de mudarse allí, a Tahoe.

Aunque creía que lo había dejado atrás, encontrando un trabajo y convirtiéndose en una buena ciudadana y luego en esposa y madre, de repente volvía a ser presa del horror y la vergüenza.

La muerte de aquel bebé en la casa ocupada en la que había vivido con otros sin techo había sido algo espantoso. Y el que la hubieran acusado de querer proteger al culpable había sido su peor pesadilla.

Ella no estaba allí la noche en que la pequeña murió. Había estado bebiendo, bebiendo mucho, y se había quedado dormida en un callejón. Y allí había pasado toda la noche hasta que un barrendero la despertó a la mañana siguiente. Cuando regresó a la casa la policía estaba allí, y la llevaron con los otros a comisaría para interrogarla.

No se había puesto de acuerdo con los otros para ocultar al causante de la muerte de la niña, pero sí la habían amenazado, describiéndole de un modo muy convincente lo que le ocurriría si le contaba a la policía lo que había ocurrido.

Sabía que eso no excusaba el que no les hubiese dicho la verdad, pero, como se dijo entonces, ¿quién la habría creído? No era más que una adolescente que se había escapado de casa, alguien que vivía en las calles, sobreviviendo gracias a su ingenio. Sin embargo, el sentimiento de culpa la había acompañado todos esos años.

Aquello había marcado un antes y un después. Había decidido que tenía que darle un giro a su vida, y se había mudado a Tahoe. En el hostal en el que se alojaba se enteró de que había una vacante

para trabajar en Connell Lodge… y el resto era historia.

Sin embargo, si Sam cumplía las amenazas que había hecho, de revelar ante un juez cómo había sido su pasado… aquello no le daría muy buena imagen, desde luego, y más en comparación con el pluscuamperfecto Sam Thornton, un millonario, genio de la informática.

Había sido un golpe bajo achacarle durante la discusión la muerte de su esposa. Era evidente que se culpaba a sí mismo todo el tiempo y que se había estado castigando por ello. Además, cualquier juez vería que era un buen hombre y que sería un padre maravilloso.

Aun dejando todo eso a un lado, ella no podía permitirse una batalla legal. Lo único que tenía era Connell Lodge, pero puesto que Riley no era hijo de James, la propiedad sería donada, ante la ausencia de un legítimo heredero, al estado de California.

No tenía nada, absolutamente nada, y no tenía adonde ir, ni tenía un trabajo, ni estudios, ni futuro.

Cuando le arrebataran Connell Lodge la balanza de la justicia se inclinaría a favor de Sam, y le adjudicarían la custodia de Riley, estaba segura.

Por un momento pensó en huir de allí. Meter en el maletero del coche lo básico, sacar a Riley de su cuna y llevárselo con ella lejos, muy lejos, donde Sam no pudiera encontrarlos. Sin embargo, sabía que no podía hacer eso. No sería justo para Riley.

¿Pero qué otra opción le quedaba entonces? Si Sam era el padre de su hijo, sí, tenía derechos como tal, pero hasta que tuviera pruebas de lo que decía, y una orden judicial de que entregara a su bebé, no pensaba apartarse de él.

Cansada, tiró a la basura la comida que había calentado en el microondas. Había perdido el apetito. Fue a su habitación, se dio una ducha, se puso el camisón y se metió en la cama, pero se pasó toda la noche mirando el techo, incapaz de conciliar el sueño, y atormentada ante la idea de perder a su hijo.

A la mañana siguiente, cuando se levantó, todavía estaba medio zombi por la falta de sueño. Suerte que a las tres de la mañana habían empezado a cerrársele los ojos y se había quedado dormida.

Sin embargo, Riley se despertaba temprano cada mañana, y esa no fue una excepción. Cuando fue a su cuarto y lo sacó de la cuna,

comprobó con alivio que ya no tenía nada de fiebre y que volvía a ser el niño sonriente de siempre.

Erin se entregó a la rutina diaria de todas las mañanas, esforzándose por no pensar, y cuando llegó a la cocina con su pequeño en brazos casi estaba empezando a sentirse normal, a pesar de la ansiedad que se le había instalado en el pecho y el estómago.

No llevaba allí mucho rato cuando oyó entrar a Sam.

–Mi chófer llegará dentro de poco –le dijo con brusquedad.

Erin se volvió hacia él, pero Sam estaba haciéndole cosquillas a Riley, que estaba tumbado en su hamaca. Su hijo prorrumpió en risitas y balbució, agitando excitado sus piececitos.

Mientras los observaba, Erin se dio cuenta de repente de lo mucho que se parecían y se preguntó cómo no lo había visto antes. Claro que había habido otras cosas en las que tampoco se había parado a pensar, como que Sam hubiese hecho una reserva poco después de que recibiera la carta de la clínica y de los abogados del hombre que decía ser el padre de su hijo. La había engañado desde el principio, y el solo pensarlo hizo que la sangre le hirviese en las venas.

–Puedes esperar fuera –le contestó con aspereza, antes de volver a la papilla que le estaba preparando a Riley.

–Sí, ya me imagino que eso es lo que querrías que hiciera. Pero no se trata de lo que tú quieres, Erin. Yo también tengo derechos como padre.

Sus palabras fueron como golpes para ella. Irguió los hombros y se volvió de nuevo hacia él, intentando mantener la compostura.

–Gracias por tu sinceridad. Probablemente ha sido una de las pocas verdades que me has dicho desde que llegaste aquí. Y ahora, si nos disculpas, me llevo a Riley a mi sala de estar para darle de desayunar. Asegúrate de cerrar bien la puerta cuando te marches, por favor.

Levantó a Riley de la hamaquita, tomó el cuenco de la papilla y salió de la cocina, cerrando con pestillo tras de sí.

Unas horas más tarde Sasha se pasó por allí para ver cómo estaba Riley. Se alegró de que el pequeño estuviera mejor, y se quedó tan anonadada como Erin cuando se sentaron en la cocina a

tomarse un café y le contó las últimas noticias.

–¿Que es el padre de Riley? –exclamó con los ojos como platos.

–Eso dice, pero tendrá que demostrarlo con pruebas; pruebas legales.

–Aunque la verdad es que tengo que admitir que había algo en Sam que desde un principio que me resultaba familiar. Sí que se parecen Riley y él –añadió Sasha.

Erin suspiró y apoyó la cabeza en las manos. Su amiga también lo había notado.

–No sé qué voy a hacer, Sash. Llevo todas las de perder.

–No seas tonta; tú sigues siendo su madre.

–Sí, pero me ha dicho que va a pedir la custodia única, y lo más probable es que se la den porque… porque en el pasado hice cosas de las que me avergüenzo. Y él lo sabe todo, y estoy segura de que lo usará en mi contra si es necesario para conseguir la custodia de Riley. Con todo el dinero que tiene puede permitirse a los mejores abogados, y yo no.

Sasha le apretó la mano a Erin.

–No empieces a preocuparte antes de tiempo, mujer. Esperemos a ver cómo se desarrollan las cosas. Además, si hace falta Tony y yo te ayudaremos con lo del dinero.

Los ojos de Erin se llenaron de lágrimas de emoción por el apoyo incondicional de su amiga.

–Y testificaremos a tu favor en el juicio –añadió Sasha–. Fuimos amigos de James durante años, y te conocemos desde que llegaste aquí. Sabemos que eres una buena persona y una madre increíble. Eso tiene que contar, ¿no?

Eso esperaba ella también.

El día se le hizo larguísimo cuando Sasha se marchó. Recordó que tenía que adecentar el yate, así que tomó los útiles de limpieza necesarios, abrigó a Sam, lo sentó en su carrito y se lo llevó con ella. Ya en el yate, lo puso en cubierta, en un rincón soleado, protegiéndolo del sol con la sombrilla del carrito, y pronto se quedó dormido.

Entrar en el camarote fue lo más duro. La cama seguía como la habían dejado, con las sábanas revueltas y la colcha caída en el suelo. ¡Y pensar que el día anterior se había sentido tan feliz, y tan llena de esperanza con respecto al futuro!

Cuando acabó de recoger y limpiar volvió a la casa, y Riley aún seguía dormido cuando le pasó del carrito a la cuna. Parecía que el antibiótico le provocaba somnolencia, pero no había nada más reparador para la salud que el sueño.

Subió a limpiar la habitación de Sam, y cuando se hubo asegurado de que no quedaba ni rastro de su paso por allí, volvió abajo y fue a su despacho. No podía posponerlo más; tenía que llamar a Janet y contarle lo ocurrido. Necesitaba su consejo.

–Hola, Erin –la saludó la abogada cuando se puso al teléfono–. Precisamente iba a llamarte hoy.

–¿Por la noticia de que Sam Thornton es el demandante? –contestó Erin–. Ya me he enterado.

–No, no era por eso, pero… ¿de verdad?, ¿tu huésped es el padre de Riley? –exclamó Janet sorprendida.

–Eso parece. Creo que sus abogados van a mandarme hoy el resultado de la prueba de ADN.

–Vaya –Janet se quedó callada un momento–. ¿Y cómo te sientes?

–Amenazada.

Erin inspiró y le explicó cuál era la situación, concluyendo con que Sam la había acusado de mentir para poder seguir viviendo en Connell Lodge.

–¿Hay algún modo de impugnar los términos del fideicomiso?

–Buena pregunta –contestó Janet–. Haré lo que pueda para averiguarlo. Tengo un colega al que le encantaría ocuparse de esto. Es un experto en el tema.

–¿Y cobra mucho?

–Por eso no tienes que preocuparte; me debe un favor.

Erin suspiró aliviada.

–¿Y qué era lo que querías decirme? –le preguntó a Janet.

–Pues verás, parece que ha habido una anomalía con tu prueba de ADN, y quieren repetirla. Me han enviado el estuche para tomarte otra muestra, así que si pudieras pasarte esta tarde se lo enviaré de vuelta por un servicio de mensajería a última hora.

A Erin le había parecido extraño que le pidiesen una muestra de ADN a ella también, además de la de Riley, pero Janet le había dicho que era algo rutinario, para poder tener el perfil completo del ADN de Riley, y no había vuelto a acordarse de ello.

Miró su reloj y le dijo a Janet que se acercaría cuando Riley se despertase de la siesta. Cuando colgó, se sentía más intranquila que antes. Aunque agradecía el apoyo de Sasha y de Janet, no podía acallar el temor de que la situación pudiese empeorar.

Capítulo Catorce

Sam no dejaba de andar de un lado a otro en el despacho de su abogado.

–¿Te das cuenta de lo que esto significa? –le dijo su abogado–. Es un punto más a tu favor; Riley no solo es tu hijo, sino también el de Laura.

Sam todavía no podía creérselo. Cerró los ojos un instante y sacudió la cabeza.

–Pero entonces… ¿no hay duda? –inquirió volviéndose hacia David–. ¿Erin no es la madre biológica?

–Ninguna duda –David, sentado tras su escritorio, levantó el informe del laboratorio, y lo agitó en su mano–. Está todo aquí; según parece a Erin Connell le implantaron el embrión equivocado. Como Laura y tú no llegasteis a tiempo a vuestra cita, alguien metió la pata hasta el fondo.

Sam volvió a sentarse, cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz. Había sido un regalo del cielo descubrir que Riley era hijo suyo, pero descubrir también que era hijo de Laura… Aquello era demasiada felicidad; una felicidad que no merecía. Laura en cambio sí. ¡Había deseado tanto ser madre…! Y se aseguraría de que Riley creciese sabiendo que había sido una persona maravillosa.

–¡Qué desastre! –murmuró, a falta una palabra mejor.

–Pues a mí me parece que no te podían haber salido mejor las cosas.

–¿Y Erin? ¿Lo sabe ya?

–Se lo hemos comunicado a su abogada, así que sí, supongo que ya debe saberlo.

–Estará destrozada.

–Eso no es problema tuyo –se limitó a decir su abogado.

–David, ten corazón –protestó Sam–. Es verdad que ha hecho todo lo posible por obstaculizar el esclarecimiento de este asunto, pero también hay que verlo desde su perspectiva.

–¿A qué viene este cambio de actitud? Hace solo diez días

estabas tan enfadado que pensé que ibas a pedirme que raptáramos a Riley para arrancarlo de las garras de esa «perversa» mujer.

Sam se levantó y empezó a pasearse de nuevo arriba y abajo.

–Lo sé –admitió–. Pero he tenido tiempo para calmarme, para pensar y… Erin adora a Riley. Por eso intentó a toda costa obstaculizar lo de las pruebas de ADN. Y detesto admitirlo, pero si yo hubiese estado en su lugar, probablemente habría hecho lo mismo.

–¿Quieres cambiar la solicitud de custodia única? –inquirió David confundido.

–Por supuesto que no –respondió él con firmeza. Eso era lo único de lo que estaba seguro. Y ahora más que nunca–. Pero quizá podríamos ofrecerle un acuerdo de derechos de visita. Después de todo es ella quien lo ha traído al mundo. Le ha dado el pecho y lo ha criado durante casi seis meses –añadió. David abrió la boca, pero Sam alzó una mano para interrumpirle–. Y le ofreceremos una compensación económica; una compensación generosa. No quiero que acabe en la calle por todo esto. Al fin y al cabo en toda esta situación no es más que una víctima, como yo.

–¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo así, Sam? –le preguntó David, y cuando él se quedó mirándolo, sacudió la cabeza–. Ya lo sé, ya lo sé, tú eres el cliente y por tanto eres quien manda. En fin, si estás seguro de que eso es lo que quieres que haga, lo haré. Aunque es posible que se le contemplen ciertos derechos como madre de alquiler. Quizá podríamos anticiparnos reconociéndole esos derechos y definiéndolos por escrito. Redactaré un acuerdo con todo eso y te llamaré para que lo revisemos juntos y me des tu visto bueno. En cuanto a la compensación económica… ¿qué cantidad tenías pensada?

Cuando le dijo la suma, Sam enarcó las cejas y lo miró de hito en hito.

–Lo dices en serio, ¿verdad? –inquirió.

–No he hablado más en serio en toda mi vida. Llámame cuando tengas listo ese documento.

Sam salió del despacho de su abogado con la sensación de que no estaba haciendo lo suficiente. Pero no era así, se dijo, intentando convencerse. Con la compensación Erin podría comprarse una casa, y si quería podría volver a intentar tener otro hijo con fecundación

in vitro. Más no podía hacer.

* * *

Cuando entró en la cocina, Erin arrojó sobre la mesa las cartas que había recogido de su apartado de correos en la ciudad. Debería haber ido antes, pero últimamente no había estado con muchos ánimos para salir de casa. Sasha, al verla tan alicaída, había empezado a ir a verla cada día, y se lo agradecía, pero necesitaba tiempo para estar a solas. Tiempo para llorar por todo lo que iba a perder: su hogar, y la vida que había llevado hasta entonces.

Riley se había quedado dormido en su carrito, y había conseguido pasarlo a su cuna sin que se despertase. No podía dejar que Sam se hiciese con la custodia; lucharía con uñas y dientes. Iba a ser duro, y más aún ahora que el bufete que gestionaba el fideicomiso de Connell Lodge le había dado una fecha para que abandonase la casa, puesto que Riley no era hijo de James.

Últimamente era como si le viniesen los golpes de todos los lados. Encendió la cafetera, tomó las cartas que había arrojado sobre la mesa, y se puso a separarlas: las relacionadas con Connell Lodge, las personales y las que no eran más que publicidad. Al llegar a la penúltima vaciló, porque reconoció el membrete al instante.

Una carta de los abogados de Sam… Un escalofrío le recorrió la espalda, y la dejó a un lado. No se sentía preparada para leerla, tenía demasiado miedo de las amenazas que sin duda contenía.

Janet la había telefoneado varias veces en los últimos días, e incluso le había dejado un par de mensajes en el contestador, pero estaba tan deprimida que no le había devuelto aún la llamada.

Se sirvió una taza de café, se la llevó a la mesa y se sentó, preguntándose si debería llamar a Janet antes de abrir la carta. Quizá lo que tenía que decirle la prepararía para el contenido de aquella carta. No, su instinto le decía que, fuera cual fuera el motivo por el que la había llamado, no cambiaría lo que estaba escrito en la carta.

Tendría que apechugar con ello. Tomó el sobre, lo abrió, y sacó unos papeles impresos doblados y unidos a la carta mediante un clip. Leyó la carta una, dos, tres veces. Aquello no tenía sentido, era

imposible.

Dejó a un lado la carta y miró los documentos que se adjuntaban. Eran los resultados de las pruebas de ADN que le habían hecho: la primera y la segunda. Sacudió la cabeza, incapaz de creer la evidencia que tenía ante sus ojos. No era la madre de Riley…

–¡No!

Aquella exclamación angustiada escapó de sus labios al tiempo que una punzada espantosa le atravesaba el pecho. ¿Que no era la madre de Riley? Pero eso era imposible… No podía ser cierto. Lo había sentido moverse dentro de sí, lo había llevado en su vientre durante nueve meses. Casi había perdido la vida en el parto, un parto con tantas complicaciones que los médicos le había dicho que ya no podría tener más hijos.

¡No! Riley era su bebé, su hijo, al que quería con toda su alma. No bastaba con que la clínica hubiese cometido un error al fertilizar sus óvulos. ¿Ahora resultaba que le habían implantado el embrión de otra pareja?

El café se había enfriado por completo para cuando reunió el valor suficiente para leer los documentos que se adjuntaban con la carta. Según parecía el «error» había sido deliberado. La persona que había destapado las irregularidades en la clínica había acabado por contarlo todo: Por error, se había destruido el único embrión viable de sus óvulos y el esperma de James, y le habían dado instrucciones al «chivato» para que encontrara otro embrión con el que reemplazarlo para tapar el fallo que habían cometido. El embrión elegido había sido uno de los tres de otra pareja, una pareja que no había acudido a la cita por un accidente de coche en el que la mujer había perdido la vida.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que le rodaron, una tras otra, por las mejillas. De pronto sintió que estaba temblando, y sus sollozos fueron en aumento, llenando el silencio con la angustia que se agitaba en su interior.

Cuando se calmó, reconoció con pesar la dura realidad: en todos los sentidos Sam llevaba las de ganar. ¿Cómo podría alguien negarle sus derechos como padre de un niño que llevaba su ADN y el de su esposa? Sería como negarle a Riley el derecho a que su padre formara parte de su vida, un padre que lo adoraba. Lo había visto

en sus ojos, en cómo lo trataba, en cada momento que había pasado con el pequeño.

Pero ella era quien lo había traído al mundo; era la única madre que Riley conocía y la necesitaba. En ese momento recordó algo que solía decir James cuando perdían a un buen empleado: «Nadie es imprescindible». Y era cierto.

Aunque su corazón protestaba, diciendo que aquello era diferente, que ella lo había traído al mundo y estaba criándolo, la lógica le decía que ante la ley eso no significaba nada. A todos los efectos había sido el equivalente de una madre de alquiler; había dado a luz al hijo de otra pareja.

La sola idea se le antojaba insoportable. ¿Cómo podía la gente de la clínica haber hecho algo así? Con la vista nublada por las lágrimas, que no dejaban de caer, miró los otros papeles, y vio que uno de ellos era un documento referente a un supuesto régimen de visitas que se acordaría, y el otro un acuerdo de compensación.

¿De compensación? ¿Qué demonios…? Mientras lo leía el dolor punzante en su pecho se tiñó de auténtica furia cuando vio las condiciones que le proponía Sam. En resumen, estaba dispuesto a darle un millón de dólares en un único pago, como gesto de gratitud por haber gestado a su hijo y haberlo criado durante los primeros seis meses de su vida. Se preveía que dispusiera de un tiempo para destetar a Riley y que empezara a tomar solo biberones de leche de continuación y papillas antes de entregárselo a su padre.

¿Gratitud? Erin apretó la mandíbula y tragó saliva. ¿Se sentía agradecido porque le había dado un hijo al que podría llevarse a casa, como si fuera un cachorrito? ¿Cómo se atrevía a reducir a un mero «servicio remunerado» los nueve meses de su embarazo y los que habían venido después? Habían sido meses llenos de dicha, pero también había habido momentos muy duros, como la enfermedad y la muerte de James, y el haber tenido que sacar adelante a Riley ella sola.

Dejó los papeles en la mesa, conteniéndose para no romperlos en pedazos. ¿Un millón de dólares? ¿Era ese el valor que le daba a la vida de un niño? ¿Iba a pagarle para tener a su hijo? No, ni hablar. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo podía ponerle precio a una vida, a lo que ella había tenido que pasar, a lo que iba a perder porque iba a quitárselo?

Se levantó tan bruscamente que la silla cayó al suelo. Tomó el teléfono inalámbrico y marcó el número de Janet. Su secretaria le dijo que en ese momento estaba ocupada, pero le dio cita para el día siguiente.

Cuando colgó, Erin volvió a sentarse y leyó de nuevo todos los papeles hasta asegurarse de que había entendido bien todo lo que se decía en ellos. ¿Qué podía hacer?

Capítulo Quince

–¿Cómo que se niega a aceptar el dinero? ¿Por qué? ¿Acaso no es suficiente? ¿Te ha dicho que quiere más? –Sam estaba furioso.

–No quiere dinero, así de simple –contestó la voz de David, su abogado, al otro lado de la línea.

–Pero tiene que aceptarlo.

–En realidad no. Lo único que pide es que le des dos semanas más para destetar al niño.

–Riley. Se llama Riley.

–Pero supongo que querrás cambiarle el nombre, ¿no? ¿No teníais pensado Laura y tú algún otro nombre?

Sam apretó el teléfono con tal fuerza que crujió.

–No, no voy a cambiarle el nombre. Y voy a hacer lo que esté en mi mano para que Erin acepte ese dinero.

–Pues buena suerte. Por lo que dice su abogada no tiene intención de aceptar ni un centavo.

Cuando colgó, Sam se puso a andar arriba y abajo por su despacho, cuyos grandes ventanales se asomaban a Union Square. No podía dejar de preguntarse por qué. Erin no iba a luchar por la custodia de Riley, había ignorado su oferta respecto a los derechos de visita, y además, había rechazado la compensación económica que le había propuesto.

¿Qué demonios estaba pasando? Erin no estaba precisamente en posición de rechazar aquel dinero. Tenía que verla, que hablar con ella, hacerla entrar en razón.

Después de haber leído el informe del detective, había descubierto que Erin no había tenido nada que ver con la muerte de aquel bebé porque ni siquiera había estado allí cuando había ocurrido. Había sentido vergüenza de sí mismo por haberla prejuzgado, como habían hecho los policías que la habían interrogado, y era peor aún, porque a diferencia de esos policías él la conocía y sabía que era una buena persona y una buena madre.

Al pensar en lo angustiada que la había visto la noche en que

habían tenido que llevar a Riley a urgencias, había comprendido por fin por qué se había empeñado en retrasar las pruebas del ADN y por qué había mentido para no perder Connell Lodge. Había hecho todo eso porque quería a Riley. Iba a ir a Tahoe, y no volvería hasta que la hubiese convencido de que aceptara su dinero.

Volvió a su escritorio y levantó el teléfono para hablar con su secretaria.

–Julia, resérvame un billete en el próximo vuelo que salga a Tahoe. Y si no hay ningún vuelo comercial en las próximas dos horas, búscame un vuelo chárter. Ah, y asegúrate de que tengo un coche de alquiler esperándome cuando llegue.

–¿Un coche de alquiler? ¿Quieres decir un coche con chófer?

–No, conduciré yo.

Su secretaria vaciló.

–¿Estás seguro?

Sam reprimió el miedo irracional que le producía la idea de ponerse de nuevo al volante.

–Muy seguro.

Había sido una semana espantosa, sabiendo que cada vez que le daba el pecho a Riley estaba un paso más cerca de la última vez que lo haría, que tendría que empezar a darle el biberón, y luego decirle adiós. Para siempre. Había ignorado por completo la propuesta que le había hecho Sam de concederle derechos de visita. En el fondo sabía que era lo mejor. Mejor que poder ver a Riley solo unas pocas horas cada varias semanas. Esa tortura, a la larga, sería aún más dolorosa que dejar de verlo. No podría soportar tener que separarse de él cada vez.

Había acostado a Riley hacía ya un rato, y se le había encogido el corazón al ponerlo en su cunita y salir del cuarto. Últimamente lo único que quería hacer era abrazarlo.

Quizá la razón era que la habían informado que tendría que abandonar Connell Lodge el mismo día en que había acordado cederle la custodia a Sam. Era como si toda su felicidad fuese a ser cercenada en un momento.

Había ido a la cocina a prepararse una infusión cuando oyó un coche deteniéndose en la parte trasera. Miró el reloj. Eran casi las

ocho de la tarde. No esperaba a nadie, y menos a esas horas, pero solo sus amigos aparcaban en la parte de atrás.

Oyó cerrarse la puerta del coche, y a continuación pasos acercándose a la casa, pasos pesados, irregulares. El corazón le dio un vuelco. Solo conocía a una persona que caminara así. Se llevó una mano al pecho, nerviosa.

¿Qué estaba haciendo Sam allí? Esperaba que no hubiese cambiado de idea respecto a dejarle a Riley unas semanas más; ¡por amor de Dios, él iba a tenerlo el resto de su vida! ¿Qué suponían para él un par de semanas más?

Aunque estaba esperando los golpes en la puerta, cuando los oyó, dio un respingo. Obligó a sus piernas a llevarla hasta allí y abrió.

–¿Qué quieres?

–Buenas tardes a ti también –contestó él con sarcasmo, mirándola a los ojos.

Erin se fijó en el cansancio que reflejaba su rostro, sin duda por el largo viaje, pero intentó convencerse de que no le preocupaba.

–Ya no admito huéspedes –le dijo con frialdad–. Tendrás que buscar otro sitio donde alojarte.

Iba a cerrar la puerta, pero Sam se lo impidió, plantando una mano en ella.

–No he venido a quedarme. Por favor –le pidió–, tenemos que hablar.

–Ya hemos hablado de todo lo que teníamos que hablar por medio de nuestros abogados.

–No, no es verdad. Déjame pasar, Erin. Si no, me quedaré aquí aporreando la puerta hasta que lo hagas.

Su mirada obstinada le dijo a Erin que iba en serio. Sin decir nada, se hizo a un lado y lo observó mientras entraba cojeando en la cocina. Cojeaba más que de costumbre, observó, pero se dijo que no le importaba, aun cuando de modo automático le ofreció una silla.

Sam se sentó, estiró la pierna y se la frotó distraído.

–¿Ya has acostado a Riley?

–Pues claro –Erin se cruzó de brazos, esperando lo que se temía que había ido a decirle.

–Lástima; esperaba poder verlo.

–En ese caso quizá deberías haberme avisado de que ibas a venir.

Se quedaron un buen rato en silencio y ella, incapaz de soportar el modo en que estaba escrutándola con la mirada, le dio la espalda y fue a sacar una taza del aparador.

–Me estoy preparando una infusión. ¿Te apetece un café o algo? –le preguntó a regañadientes, girándose para mirarlo.

Él pareció sorprendido por el ofrecimiento.

–Un café estaría bien, gracias.

Cuando el café estuvo listo, volvió a la mesa con su taza y la de él. Por un instante pensó que debería invitarlo a pasar a la sala de estar, para que estuviese más cómodo, pero la ira prevaleció, y se sentó frente a él, negándose a decir nada. Que hablase él y le dijese para qué había ido allí.

Sam tomó un sorbo de su café y suspiró.

–Está muy bueno, gracias.

El silencio se prolongó, y Erin fue a tomar su taza, pero al ver que le temblaba la mano la dejó caer de nuevo en su regazo. No iba a mostrar ante él ningún signo de debilidad, se dijo apretando los puños.

–¿Por qué no quieres aceptar el dinero? –le preguntó Sam después de tomar otro sorbo de café–. Sé que lo necesitas. ¿Es una cuestión de orgullo? En tu situación no puedes permitirte dejar que te ciegue el orgullo, Erin. Sé que vas a perder la propiedad.

–¿Y a ti qué te importa? Ya tienes lo que querías.

Por un momento a Erin le pareció ver compasión en su mirada, pero se dijo que debía ser cosa de su imaginación.

–Te mereces ese compensación, Erin. Por favor, deja que haga esto por ti.

Ella sacudió la cabeza.

–¿Cómo puedes hablar de compensación? ¿De verdad crees que puedes ponerle precio a la vida de tu hijo, Sam? ¿Es de eso de lo que se trata?

–¡No, por supuesto que no! –protestó él.

–¿Y entonces por qué me ofreces ese dinero?

–Porque me preocupo por ti. Lo hago por tu bien.

–Eso es mentira y lo sabes. Si te importara no me habrías engañado desde el principio, viniendo aquí sin decirme quién eras y

por qué habías venido –Erin sacudió la cabeza con vehemencia–. No lo haces por mí. Ni siquiera por Riley. Lo que estás intentando es aplacar tu conciencia, porque te sientes culpable por quitarme lo único que le da significado a mi vida.

Supo que había dado en el clavo cuando él apretó los labios y sus ojos se oscurecieron.

–Muy bien, y si admito que me siento culpable, ¿aceptarás ese dinero?

Ella soltó una risa amarga.

–No me lo puedo creer. ¿Qué piensas?, ¿que con dinero se solucionan todos los problemas? ¿Es que no entiendes que ese dinero que me ofreces es un insulto?

–¿Acaso no es suficiente?, ¿quieres más?

Erin advirtió enfado en su voz. Mejor así, pensó, mejor que se enfadara a que siguiera comportándose como ese hombre racional y sin emociones que había entrado por la puerta.

–Ni con todo el dinero del mundo sería suficiente.

–¿Por qué? ¿Porque crees de verdad que estoy intentando comprar a mi hijo?

–No sé, dímelo tú, porque si no lo es, desde luego es lo que parece. Ya tienes a Riley; firmé esos papeles renunciando a mis derechos como madre –Erin cerró los ojos un instante, esforzándose por no perder el control sobre sí misma–. ¿Tienes idea de lo duro que ha sido para mí renunciar a él? Yo no fui a esa clínica para ser una madre de alquiler. Desde el momento en que me quedé embarazada creí que el hijo que llevaba en mi vientre era mío y de mi marido. Durante esos nueve meses seguí creyéndolo. Y para mí sigue siendo mi hijo, digan lo que digan esas pruebas de ADN. Por eso he hecho lo que era lo mejor para él. ¡Ay de ti si llegas a fallarle alguna vez!

–No le fallaré. Si no me sintiera preparado para ejercer de padre no habría luchado tanto por conseguir su custodia. He aprendido de los errores del pasado, y soy muy afortunado de que el destino me haya dado otra oportunidad. Y no voy a desaprovecharla –Sam se pasó una mano por el cabello–. Mira, Erin, sé que quieres a Riley –le dijo en un tono que la irritó profundamente, como quien intenta aplacar y hacer entrar en razón a un niño enrabietado–. Y me gustaría que aceptaras el régimen de visitas que…

–¡Régimen de visitas! –Erin casi escupió aquellas palabras–. No quiero visitarle; quiero ser su madre, ser parte de su vida todo el tiempo. No quiero ser solo una mujer que vaya a verlo de forma ocasional un fin de semana. No quiero verlo solo unas horas para luego tener que marcharme y dejarlo atrás, una y otra vez. ¿Es que no te imaginas cómo me destrozaría eso, lo cruel que sería?

–¿Me estás diciendo que no quieres volver a verlo?

–Es lo mejor para los dos. ¿Y si vuelves a casarte? Esa mujer se convertiría en la madre de Riley, y si yo siguiera yendo a visitarlo eso no haría más que confundirlo.

–No puedo creer que vayas a hacer esto.

–Déjalo estar –le rogó ella, sacudiendo la cabeza–. No voy a cambiar de idea.

–Pues sigo queriendo que aceptes el dinero. Para mí es importante, y no es por aplacar mi conciencia. Sé que no he obrado bien, que no debería haberte ocultado quién era. Y sé que nada podrá compensar lo que estás pasando, pero precisamente por eso tienes que aceptarlo. Y si no es suficiente, nombra tú la cantidad.

Erin sacudió de nuevo la cabeza. Nunca lo entendería. Ajeno al dolor que la consumía, Sam siguió insistiendo:

–Erin, quiero que tengas ese dinero para que te puedas comprar una casa, y quizá tener otro bebé. Podrías ir a otra clínica y así…

De pronto Erin sintió que la ira volvía a apoderarse de ella.

–¿Y así qué? ¿Así podría tener otro hijo y olvidarme de Riley? –le dijo alzando el tono de voz.

–No, no es eso lo que quería decir –replicó él, levantando la voz también.

–Quédate con tu sucio dinero –le dijo Erin con desprecio–. No lo quiero.

–¿Pero es que no te das cuenta? Tener otro hijo podría ayudarte.

–No, no me ayudaría. Y además es imposible.

–Erin, sé que no es como si hubieras tenido que desprenderte de un cachorrito y yo no te estoy ofreciendo otro a cambio. No soy tan insensible. Pero eres una madre estupenda y te mereces tener a tu propio hijo; deja que te ayude.

Erin bajó la vista a sus manos, apretadas sobre su regazo, y le dijo con voz quebrada:

–No puedes ayudarme.

–¿Por qué no? ¿Porque no quieres dejar que lo haga? Mira, yo… lo siento si tu orgullo te impide aceptar mi ayuda, pero esa razón no me sirve. Dame una, una sola razón por la que no pueda ayudarte.

Ella levantó el rostro hacia él y se obligó a mirarlo a los ojos. Inspiró profundamente y espiró despacio.

–Porque según los médicos no puedo tener más hijos; por eso.

Capítulo Dieciséis

Sam se quedó mirándola boquiabierto, anonadado por lo que acababa de oír. ¿No podía tener más hijos? ¿Por qué el informe que le había enviado el detective no decía nada de eso?

–Si no te importa, querría que te marcharas ya –le dijo Erin con voz queda.

–No voy a irme hasta que me lo cuentes todo. ¿Por qué no puedes tener más hijos?

–Si te lo cuento, ¿te irás?

El dolor por lo que acababa de confesarle era palpable en su rostro. Sam asintió en silencio.

–Ya había salido de cuentas y todavía no me había puesto de parto –comenzó Erin–. Tuvieron que provocarlo. El médico quería hacerme una cesárea, pero yo me negué, porque quería que mi bebé naciese de forma natural –tomó la taza con ambas manos y bebió un buen trago de la infusión. Luego la dejó de nuevo en la mesa y se quedó mirándola, como si eso le resultase más fácil que mirarlo a él a los ojos–. Los dolores eran muy fuertes cuando empecé a empujar, y de repente, en un momento dado, sentí un dolor tan espantoso que ni siquiera la epidural que me habían puesto logró enmascararlo. Supe que algo no iba bien y se lo dije a la enfermera. Antes de que supiera qué estaba pasando me llevaron corriendo a un quirófano. Para entonces estaba empezando a perder el conocimiento. No recuerdo mucho más, excepto que cuando volví en mí me dijeron que Riley había nacido, y que lo habían llevado a la unidad de cuidados intensivos para neonatos –hizo una pausa–. Según parece ese dolor tan fuerte se debió a un desgarro del útero. Cuando ocurrió, Riley se quedó sin oxígeno, pero por suerte actuaron deprisa y lograron que respirara. Podría haber sido mucho peor. Después de cuatro noches en la unidad de cuidados intensivos le dieron el alta.

–¿Y tú? –inquirió Sam espantado.

–Yo… bueno, yo no tuve tanta suerte. El desgarro del útero

había causado demasiados daños. Tuvieron que hacerme una histerectomía completa –Erin inspiró profundamente y alzó la vista hacia él–. Y eso es todo; por eso no puedo tener más hijos.

Se levantó de la mesa y fue hacia la puerta trasera. Sus hombros caídos le indicaron a Sam lo duro que había sido para ella contarle aquello. Erin abrió la puerta y, sosteniéndola, se volvió hacia él.

–Y ahora márchate.

Sam se sentía fatal en ese momento y detestaba dejarla en ese estado, pero le había asegurado que se iría cuando hubiese respondido a su pregunta, y no podía faltar a su palabra, así que se marchó.

Sin embargo, no podía impedir que volviese, y pensaba hacerlo, a primera hora de la mañana siguiente.

* * *

Fue a una tienda veinticuatro horas no muy lejos del motel donde se alojaba y compró algunas cosas de aseo y un paquete de calzoncillos.

Ya en el motel, después de llamar a su secretaria y dejarle un mensaje diciéndole que tal vez tardase un par de días en volver, se metió en la cama.

Las horas pasaron lentamente, y no conseguía dormirse. Después de lo que le había contado Erin, le resultaba aún más difícil de aceptar la decisión de Erin de renunciar a Riley.

Al tratarla como la había tratado, al pensar lo peor de ella, había cometido un terrible error. Las cosas no deberían haber acabado así. Hasta que había descubierto aquella carta del laboratorio en su despacho, había albergado la esperanza de que pudieran pasar juntos el resto de sus días. Ahora comprendía que Erin hubiese ocultado los resultados de la prueba de ADN, que no hubiese querido renunciar a aquel niño que tanto le había costado traer al mundo, y que lo era todo para ella.

¿Podría dar marcha atrás, cambiar las cosas? Lo dudaba. Le había hecho mucho daño a Erin; ¿por qué estaría dispuesta a darle otra oportunidad, a confiar en él? Si él estuviera en su lugar, tampoco lo haría. Se esforzó en pensar una solución que pudiese funcionar para los tres, pero cuando los primeros rayos de sol

comenzaron a filtrarse por las cortinas de la ventana, todavía no había logrado dar con una. Lo único que podría hacer sería disculparse por lo que le había hecho pasar, y rogar por que, a partir de ahí, ella se mostrase receptiva.

De camino a Connell Lodge rezó porque así fuera pues, durante esa larga noche se había dado cuenta de que todavía quería a Erin. Su pasado le daba igual, y tampoco le importaba que le hubiese ocultado los resultados de aquella prueba. La amaba. Lo único que tenía que hacer era convencerla de ello.

–¿Qué quieres ahora? –le espetó Erin con brusquedad cuando le abrió la puerta, con Riley en brazos.

En el instante en que el pequeño lo vio, le tendió los bracitos y empezó a balbucir excitado. El corazón de Sam rebosó de dicha. Riley quería ir con él. Era la sensación más increíble del mundo. Y sin embargo, al mismo tiempo, comprendió mejor que nunca lo duró que sería para Erin renunciar a él.

¿La habrían hecho abandonar toda esperanza las amenazas que le había lanzado aquella noche, semanas atrás? ¿Por eso había renunciado a luchar por su bebé?

–¿Puedo? –le preguntó, señalando a Riley.

Después de lo que le pareció una eternidad, Erin asintió y le pasó al pequeño.

–Supongo que será mejor que pases –dijo de mala gana.

–Gracias.

Erin lo condujo hasta la sala de estar, donde estaba la mantita de juegos de Riley.

–Puedes tumbarlo ahí –le indicó señalándosela.

Sam obedeció a regañadientes, y se sorprendió al ver al pequeño rodar de lado a lado.

–¡Eh! –exclamó, volviéndose sonriente hacia Erin–. ¿Has visto lo que ha hecho?

–Sí, lleva haciéndolo desde hace unos días.

El tono agridulce en su voz se le clavó a Sam en el alma. Erin había podido presenciar aquel nuevo paso en el desarrollo de Riley, pero había otros muchos que se perdería. Sus primeras palabras, sus primeros pasos…

–¿Por qué has vuelto? –le preguntó Erin–. Creía que anoche te había dejado muy clara mi postura.

–Lo hiciste, pero quería pedirte perdón. Tenías razón. Por alguna estúpida razón es verdad que pensaba que ofreciéndote dinero me sentiría menos culpable, pero estaba equivocado. No pretendía herirte más, Erin. Cuando me fui, hace semanas, estaba tan enfadado que no me paré a pensar en lo que estaba a punto de hacerte. Solo podía pensar en que me había perdido seis meses de la vida de mi hijo. Lo siento mucho. Fue muy egoísta por mi parte.

Erin se quedó mirándolo atónita, y al ver que no decía nada, añadió:

–Tenía algo de información acerca de tu marido y de ti, pero quería saber más. Quería saber exactamente qué clase de persona era la mujer que había dado a luz a mi hijo. No supe nada de tu pasado hasta la noche en que tuvimos que llevar a Riley a urgencias –le explicó–. Ese día, por la mañana, mi abogado había llamado para darme el resultado de la prueba de ADN que confirmaba que Riley era mi hijo, y cuando estábamos en el lago pensé que era el momento perfecto para decírtelo, pero entonces llamó Sasha para decir que Riley estaba enfermo, y cuando fui a buscar las llaves a tu despacho encontré por accidente la carta en la que te decían que James no era el padre. Al mirar la fecha vi que te la habían mandado hacía semanas, y tú no le habías dicho nada a mi abogado. Me puse furioso, pero no era momento para discusiones. Lo importante en ese momento era que un médico viera a Riley.

–Y yo te hice conducir –murmuró ella, como si se sintiese culpable.

Sam inspiró antes de continuar.

–Cuando el médico estaba viendo a Riley y tú estabas con él, me llamó al móvil el detective al que había contratado, y me habló de lo que había descubierto acerca de tu pasado.

Erin palideció y se rodeó la cintura con los brazos.

–Sé que no llevé una vida precisamente ejemplar.

–Tampoco tuviste una infancia idílica. Háblame de ello.

Erin se rio con amargura.

–¿De qué?, ¿de lo «feliz» que era viviendo con mi madre?, ¿o de cómo era vivir en la calle? La bebida me ayudaba a no pensar en lo descontenta que estaba conmigo misma. Pero supongo que ese

detective ya te habrá contado todo eso; ¿por qué quieres que te hable de eso?

–Porque necesito conocer tu versión de los hechos.

Erin se sentó en una silla, él se sentó también, y ella empezó a hablar.

–Mi madre nunca me quiso. Me culpaba todo el tiempo de que mi padre nos hubiera abandonado antes de que yo naciera. Vivíamos en la miseria, y también me decía que eso era culpa mía. Aprendí a esconderme de ella cuando llegaba a casa borracha, a agacharme y taparme la cabeza cuando empezaba a pegarme. Tan pronto como fui lo bastante mayor como para valerme por sí misma me escapé. Acabé en un hogar de acogida con una familia estupenda, pero solo duró un tiempo. Mi madre dijo que había cambiado y que quería ocuparse de mí. Era mentira, por supuesto: no había cambiado, y sigo sin entender por qué lo hizo, a menos que fuera porque quisiera que mi vida fuese tan infeliz como la suya. Me escapé varias veces más, volvieron a llevarme con ella, hasta que un día ella murió, de una paliza del tipo con el que estaba, y dejaron de buscarme.

–Háblame de ese bebé que murió –le pidió Sam.

Erin tragó saliva antes de volver a hablar con voz temblorosa.

–No conocía bien a los padres de esa pequeña. Estábamos viviendo en un edificio abandonado, con otros sin techo. La gente iba y venía, y nadie era amigo de nadie. Un día llegó esa pareja con su bebé, una niñita que no podía tener más que unos meses. Cuando se enfadaban el uno con el otro lo pagaban con ella. No le pegaban, ni nada de eso, al menos al principio. Era más cosas como no cambiarle el pañal y echarle la culpa al otro de no haberlo hecho o no haber comprado pañales. También la pellizcaban para hacer que llorara cuando el otro la tenía en brazos. Todos veíamos lo que estaba pasando –reconoció–. Yo intentaba ayudar a la madre siempre que podía, pero él me impidió que siguiera haciéndolo.

–¿Él? –inquirió Sam.

–El padre. Una noche me amenazó. Me empujó de cara contra la pared y me retorció el brazo tras la espalda. Me dijo que no me metiera entre su mujer y él, o que me mataría. Desde ese día mantuve las distancias con ellos. Una noche yo había salido y había estado bebiendo con unos conocidos. Volví borracha, y no llegué al

edificio ocupado donde vivíamos. Me quedé dormida en un callejón, y a la mañana siguiente cuando me desperté y regresé me encontré con que la policía estaba allí. Habían golpeado a la pequeña y estaba muy mal. Nos llevaron a todos a la comisaría para interrogarnos. La niñita murió, y yo me sentí fatal porque sentía que deberíamos haber hecho algo para protegerla, como enfrentarnos a los padres o avisar a los servicios sociales. La policía no halló pruebas suficientes para presentar cargos contra ellos, y yo me juré que si algún día tenía un hijo sería una buena madre. El resto de la historia ya la conoces.

Sam la había escuchado con el corazón encogido. Erin lo había pasado realmente mal, y su respeto por ella no había hecho sino aumentar al oír todo aquello.

–Eres una mujer increíble, Erin Connell.

–No, no lo soy.

–Mira, dejé que mis emociones nublaran mi opinión de ti –le dijo Sam–, estaba equivocado, pero desde el principio supe que eras una mujer increíble.

–¿Tus emociones? –Erin alzó la vista hacia él y se quedó mirándolo.

–El día en que salimos a navegar al lago me di cuenta de que estaba enamorándome de ti.

Erin palideció.

–Y eso también lo he fastidiado, ¿no es así? –inquirió con voz entrecortada.

–No, claro que no. Yo pensaba… esperaba… que quizá tú también estuvieras enamorándote de mí. ¿Estaba en un error?

Capítulo Diecisiete

Riley escogió ese momento para empezar a lloriquear, y Erin se levantó como un resorte. Dijo que era casi la hora de su siesta, pero que antes tenía que darle el biberón, y se fue a la cocina, aprovechando la interrupción para no contestar a su pregunta. ¿Se habría equivocado después de todo y no sentía nada por él? Sam se levantó y tomó a Riley en brazos para que dejara de llorar.

Erin regresó poco después con un biberón en la mano y se lo tendió.

–Toma. No está de más que empieces a acostumbrarte; dentro de poco tendrás que hacerlo tú.

De algún modo, en los pocos minutos que había estado en la cocina, había vuelto a apuntalar sus defensas. La vulnerabilidad que había quedado al descubierto hacía unos momentos había desaparecido. Sam tomó el biberón y se lo acercó a Riley, que abrió la boca y empezó a succionar con ansia, golpeando con sus manitas el costado del biberón y la mano de Sam.

–¿Ya has dejado de darle el pecho?

–Estaba en las condiciones de los papeles que firmé, que tenía que empezar a destetarlo antes de que te hicieras cargo de él.

Para cuando acabó el biberón, Riley estaba ya medio dormido.

–¿Tengo que hacer que eche los gases? –le preguntó Sam a Erin, que no estaba muy seguro de qué debía hacer–. ¿O se espabilará demasiado y luego no se dormirá?

De pronto empezó a agobiarle la idea de tener que hacer aquello todos los días. Contrataría a una niñera, por supuesto, porque no le quedaba otro remedio, pero aun así quería implicarse lo más posible en su cuidado.

Erin se levantó y fue a la cómoda para sacar una toalla y colocársela en el hombro.

–No te preocupes, se dormirá.

Cuando hubo echado los gases, Sam se lo tendió de nuevo a Erin, que lo llevó a su cuarto a acostarlo.

–Esto es muy duro para ti, ¿no? –le dijo Sam cuando volvió.

–Duro es decir poco.

–¿Y entonces por qué has dejado de luchar? ¿Por qué me has cedido la custodia de Riley?

Ella lo miró con incredulidad.

–Creo que es bastante obvio.

–Sé que no tienes dinero y que pronto te quedarás sin casa y sin trabajo, pero eso no son obstáculos insalvables –Sam sabía que iba a molestarla, pero quería una respuesta sincera, así que le preguntó–: ¿Por qué te has rendido?

Los ojos de Erin relampaguearon.

–¿Cómo te atreves?

–Necesito saberlo, Erin. ¿Por qué?

–Tuve que hacer lo que era mejor para Riley.

–Vamos, Erin. ¿Y acaso contigo no está bien? Eres una buena madre, una madre entregada.

Erin contrajo el rostro.

–Puede ser. Pero con eso no basta. El amor de una madre no pone comida en la mesa, ni sirve para comprarle ropa a un niño o darle una educación y oportunidades en la vida.

Se levantó del sillón en el que se había sentado, fue hasta la pared, donde tenía colgadas unas fotos de Riley, y acarició su rostro con las yemas de los dedos.

–Yo lo he traído al mundo, pero Riley es tuyo. Y lo quieres. Has luchado por él y sé que lo cuidarás bien y serás un buen padre. Si no hubiera sido así, habría luchado con uñas y dientes; te lo puedo asegurar.

De pronto Sam lo comprendió. Estaba dándole a Riley lo que a ella la vida no le había dado: un padre que lo querría, un hogar, seguridad. Un futuro.

Se sentía orgulloso de poder ofrecerle todo aquello a su hijo, pero también lo quería para Erin. Fue hasta donde estaba y, poniéndole las manos en los hombros, la hizo girarse hacia él. Al hacerlo, le notó los huesos a través de la blusa. Le había parecido que estaba muy desmejorada, pero no se imaginaba que hubiese perdido tanto peso. Tenía que arreglar las cosas. Solo esperaba que ella se lo permitiese.

–Erin, antes te he preguntado si tú también estabas

enamorándote de mí. Quiero creer que no estaba equivocado.

–¿Por qué? ¿Para que tengas otra cosa que echarme en cara? ¿Para que vuelvas a hacerme daño? No te molestes; no merece la pena.

Erin tenía la voz tomada y estaba rehuyendo su mirada, pero Sam vio lágrimas en sus ojos. Sabía que le había hecho daño, pero su dolor iba más allá de todo aquello. Era un dolor que se remontaba a su infancia, a esa niña que había crecido sin un padre, y a cargo de un madre que no la había querido.

–Te he juzgado mal, Erin. Y es un error que quiero rectificar. Eres todo lo que pensé de ti cuando te conocí: eres una madre cariñosa y protectora, además de una mujer hermosa y capaz.

Erin sacudió la cabeza, pero él la tomó de la barbilla para que lo mirara.

–Ahora me doy cuenta de que fue ese día, el día que te conocí, cuando empecé a enamorarme de ti. Y puedo asegurarte que luché contra ello; ¡vaya si luché! Había estado viviendo un infierno desde la muerte de mi esposa, y me había convencido de que no me merecía volver a ser feliz. Estaba seguro de que si volvía a enamorarme de otra mujer acabaría fallándole, como había hecho con Laura. Pero mi corazón no quería escuchar cuando me decía que no eras para mí –hizo una pausa antes de continuar–. La noche que me besaste… ese beso era todo lo que había soñado que un beso debía ser, y quería más. Y por eso te presioné, aunque podía ver que tú también estabas luchando contra la atracción que sentías por mí. Por eso querría pensar que la primera vez que hicimos el amor de verdad lo hicimos, que no fue solo sexo. Para mí no lo fue, desde luego. Te quiero, Erin.

–No, no puedes quererme. He sido una mala persona. He hecho cosas malas. Intenté apartarte de tu propio hijo. ¿Cómo podrías quererme?

Sam leyó entre líneas lo que no estaba diciéndole:«¿cómo podrías querer a alguien que no es digna de ser querida?». Había tenido una vida muy dura, y había sufrido mucho, pero si se lo permitía, estaba decidido a hacer todo lo que estuviese en su mano para que no volviese a sufrir nunca más.

–Quiero a la mujer que tengo ante mí, a la Erin que conozco; a ti. He dudado de mí y de mi opinión de ti, y permití que me nublara

la mente lo que descubrí de tu pasado, sin pararme a pensar en lo mucho que te has esforzado para dejarlo atrás. Para convertirte en la persona que merecías ser –le dijo–. Te pido perdón por todo lo que te he hecho pasar. Te mereces algo mejor que esta vida, y a alguien mejor que a mí, pero espero que puedas darme otra oportunidad. Deja que te demuestre cuánto te quiero, cuánto admiro tu fuerza y la clase de persona en la que te has convertido –un gemido ahogado escapó de los labios de Erin cuando hincó una rodilla frente a ella–. Erin, me has enseñado que puedo volver a amar, que la gente puede cambiar, incluso la gente que ha cometido terribles errores. Has hecho de mí un hombre mejor, un hombre que te quiere con todo su corazón. ¿Querrás casarte conmigo, ser mi esposa y la madre de Riley… para siempre?

* * *

Erin sintió que le flaqueaban las rodillas, pero supo que Sam la sostendría, que no la dejaría caer. Y no solo en ese momento, sino durante el resto de su vida.

–¿Estás seguro? –le preguntó.

–No he estado tan seguro de nada en toda mi vida –asintió él.

Con solo mirarlo a la cara Erin supo que le estaba diciendo la verdad. De repente sentía el corazón ligero y henchido de felicidad. El dolor y la tristeza, no solo de las últimas semanas, sino de los últimos años, comenzaron a disolverse, y un nuevo sentimiento los reemplazó: Sam la amaba. ¡A ella! Apenas podía creerlo.

–Yo también te quiero, Sam –murmuró en un hilo de voz.

Era tal la emoción que sentía, que le costaba articular las palabras.

Él le sonrió también, con esa sonrisa dulce y algo traviesa que siempre hacía que se le llenase el estómago de mariposas.

–¿Y qué me dices?, ¿te casarás conmigo?

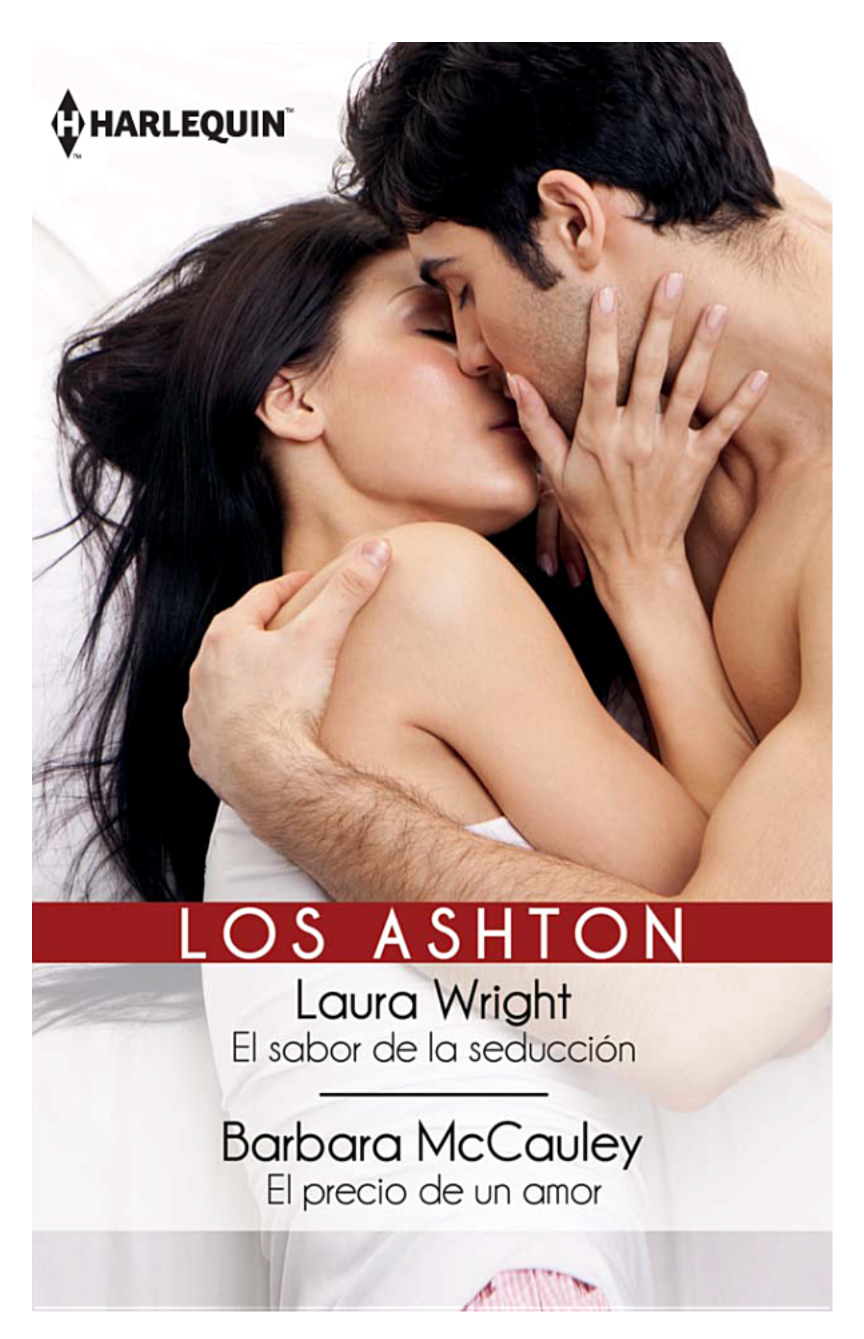
–Sí, lo haré. Pero no porque seas el padre de Riley. Eso quiero que quede bien claro. Quiero casarme contigo porque te quiero con toda mi alma y todo mi corazón. Quiero ser tu pareja, tu amante y tu mejor amiga durante el resto de mi vida.

Sam la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí, apretándola contra su corazón.

–Nunca más tendrás que preocuparte por enfrentarte a nada tú sola, Erin, porque yo estaré siempre aquí, a tu lado. Siempre.

Erin levantó la cabeza cuando él inclinó la suya, y respondió al beso de Sam, saboreando en sus labios la promesa que acababa de hacerle, sabiendo que la amaba y la valoraba, y que ahora tenía un futuro, un futuro que iban a compartir. Los tres. Sam, Riley y ella. Juntos. Y sabía que sería un futuro largo y feliz con Sam a su lado.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.


HARLEQUIN
LOS ASHTON
Laura Wright
El sabor de la seducción
Barbara McCauley
El precio de un amor